



El séptimo círculo

Derek Marlowe

La hermana de alguien



Lectulandia

A las cinco de la mañana, una niña de 14 años de identidad desconocida, es asesinada. Según la policía, es «la hermana de alguien». Pero para Walter Brackett investigador privado, descubrir al asesino de la niña es la oportunidad que necesita para superar una década en la que no llegó a su oficina ningún caso de alguna significación. Decide, pues, descubrir la verdad sobre la muerte de la niña, un verdadero desafío ya que la identidad del asesino es tan desconocida como la de su víctima. El orgulloso y solitario detective de Derek Marlowe es un personaje para recordar: un hombre más honorable que su profesión, cansado de luchar, pero temeroso del fracaso, empeñado en una búsqueda que ha de constituir el amor más grande de su vida. El lector ha de saborear en *La hermana de alguien* un divertido y delicioso juego de ingenio.

Derek Marlowe

La hermana de alguien

El séptimo círculo - 310

ePub r1.0

Titivillus 09.10.2022

Título original: *Somebody's Sister*
Derek Marlowe, 1974
Traducción: Selva C. del Pino

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Herb Caen

Sábado

Obertura

LA pantalla que tenía delante representaba su propia imagen —familiar unas veces, distorsionada otras, alguna fuera de foco—, como una serie de transparencias coloreadas, proyectadas al azar por una máquina enloquecida. Se entremezclaban, borrosas, un rectángulo en rojo y negro, infinidad de pecas en la nariz; una rápida sucesión de cosas abstractas, difíciles de identificar, (¿un foco de luz?, ¿la luna?); una secuencia de paisajes, titilando delante de la vista, apareciendo y desapareciendo, borroneándose nuevamente, girando, inmovilizándose. Y ella puede ver (¿Cómo los llaman? ¿Remaches?), puede ver los enormes remaches, e incluso comienza a contarlos antes de que aparezca otra diapositiva, otra transparencia.

Repara en el ruido, que parece muy cercano, una banda sonora personal, adecuada a su propia visión; pero sus oídos no pueden registrar los detalles. Los colores ciegan, la música de las bocinas subraya las vistas discontinuas, y de pronto, el carretel llega al final, saltan los engranajes, se rasga el film, y la pantalla se convierte un caleidoscopio infantil, una súbita cascada de arroyuelos y encajes, afluentes de diseños, piezas irreemplazables de un rompecabezas. Y entonces, súbitamente, hay aire fresco y ella puede ver dónde se encuentra. *Ahora* sabe. Se preocupa por su vestido y lo siente romperse. Ruido de astillas. Música. Siente el gorro (una palabra absurda), es sensible a él (*Cuando era una niña podía pararme sobre la cabeza durante cinco minutos y medio y apuesto a que tú no lo haces*). Y entonces el celuloide, finalmente, inevitablemente, suelta sus amarras y estalla, y la rueda gira sin fuerzas hasta detenerse. Como la niña. O lo que queda de ella. Sobre el puente Golden Gate. A las cinco de la mañana.

Hay otros coches, naturalmente. Algunos incluso aminoran la velocidad cuando sus conductores advierten que el cuerpo muerto comprimido entre trozos de metal y salpicado de partículas de vidrio, es el de una jovencita. Pero no se detienen. Nunca en el puente. Eso, para quien conoce los reglamentos, sería ilegal.

Excepto, por supuesto, que se trate de un testigo.

UNO

UNA casa de alquiler, una milla al norte de Alemany Boulevard, San Francisco, al oeste de Mission Street. Un hombre, vestido solo con un par de *shorts* azules, se afeita con una máquina Gillette (el modelo antiguo, compuesto de tres partes separadas). Se afeita cuidadosamente y siguiendo un itinerario transitado, con muy pocas variaciones, durante cerca de treinta y cinco años. Es decir, la hoja de afeitar comienza su corto recorrido paralelo a la base de la oreja izquierda y completa su viaje sobre el labio superior; lavada y seca, vuelve a ser colocada en el extremo izquierdo del estante. Resulta dudoso que el hombre tenga conciencia de la monotonía uniforme de sus actos, por supuesto, ya que son triviales y se encuentra preocupado por otra cosa. El estribillo de una canción popular ha acosado su memoria desde que se despertó, pero no puede recordar el título. Desde la cama a la ducha, y luego al lavabo, ha repasado cada acción realizada el día anterior, volviendo a entrar en los bares, recordando la música escuchada en la radio del coche, y continuará la búsqueda mucho más allá de la que usted o yo pudiéramos hacerlo, hasta que el nombre de la canción se abra paso en su cerebro y pueda descansar. Tales detalles son importantes para él; tics, gestos, insignificantes amaneramientos que todos aceptamos como algo natural, los advierte y los registra, pues ellos no solo lo han ayudado a ganarse la vida, sino también a mantenerse vivo.

La habitación, como quien la ocupa, aparentemente no ofrece atractivos. Las paredes son, o mejor dicho eran, siena quemada. El techo tiene el mismo color, aunque un poco más claro y desigual, mostrando el efecto del humo de los ceniceros. Hay tres ceniceros: uno en el brazo de una silla, otro junto al lavabo y el tercero sobre el escritorio, al lado de la ventana. Este (el tercer cenicero, verde claro y blanco) tiene un motivo de *El jardín de Alá*, y sin duda podría considerárselo un souvenir, si quisiéramos especular acerca de cuántas bocas famosas, y ya muertas, lo utilizaron. Sería un pasatiempo sin sentido, ya que nada hay en la habitación que justifique tal anacronismo. El escritorio,

el teléfono, los muebles, incluso el descolorido anotador, son todos objetos contemporáneos, y han servido al hombre durante un cuarto de siglo, aunque esta frase lo sorprendería. Son falsas apariencias, una especie de hibernación creada por él mismo. No ha habido, exactamente, tal estancamiento. Han ocurrido ciertos acontecimientos en las últimas tres décadas (acontecimientos poco ortodoxos, si usted quiere, pero aun así acontecimientos), y también están las recompensas. Esto, al menos, no puede negarse.

Interrogado sobre su profesión, si se encuentra de buen humor, el hombre probablemente señalará un fichero ubicado en un rincón de la habitación, abrirá un cajón y mostrará una hilera de carpetas, dispuestas prolijamente por orden alfabético, y conteniendo cada una el resumen de algunas semanas en la vida de una persona. Los nombres —a menos que estuviese el suyo—, con toda seguridad no significarán nada para usted, ya que no son celebridades en ningún sentido, salvo para quien acostumbrara leer el periódico local y, ocasionalmente, para la Policía del Estado. Todo lo que podemos decir es que se trata de asuntos de adulterio, pérdida o muerte, y que la mayoría de esos incidentes se produjeron antes del año 1964. Si tiene importancia o no que los años posteriores estén vacíos (al menos de acuerdo con lo que demuestra el fichero), el hombre no lo dirá. Para él solo significa que así debían suceder las cosas y se limitará a cerrar otra vez el cajón y volver a su propia rutina personal de cada día. A las nueve y cuarto de la mañana debía afeitarse.

Olvidamos dos objetos que pueden tener importancia o interés. Son fotografías, y están enmarcadas y colocadas en la pared, a la derecha del escritorio. La primera es de una mujer. No es bella, en un sentido convencional; tampoco su pose pretende serlo. Sin conocerla, uno siente que le simpatiza y que confiaría en ella. El rostro abnegado de alguien a quien no damos importancia hasta que es demasiado tarde. Tiene una inscripción: *A Walter, con el amor de siempre. Dorothy. Navidad, 1961.*

Debajo, más grande, hay una instantánea tomada, como puede advertir un observador atento, en esa misma habitación. Dos hombres, ambos con traje cruzado, sonríen a la cámara con una mirada de orgullo casi infantil mientras sostienen el cartel de una oficina: BRACKETT AND KEMBLE.

El hombre que está afeitándose es Brackett.

Para ser más exactos, se trata de Walter (*jamás* Wally) Brackett, y de acuerdo con mis conocimientos, no tiene parentesco alguno con Charles Brackett, el famoso escritor. En realidad, no tiene parientes, salvo esos primos americanos que insisten en reaparecer tres o cuatro veces cada generación,

habitualmente en San Pablo, Minnesota. Brackett es inglés, de Surrey, pero abandonó su país definitivamente después de la Segunda Guerra Mundial, simplemente porque estaba aburrido. Inicialmente había proyectado viajar al África (el mapa del continente era rosado en ese tiempo. Como los terratenientes). Pero cambió de parecer a mitad de camino, sin motivo aparente, y tomó el primer barco que partía de Lisboa. Cuando llegó finalmente a destino, Brackett se encontró en San Francisco; no halló nada que le disgustara en la ciudad y desde entonces vivía allí.

Actualmente tiene cincuenta y tres años y los representa. No se debe a que haya malgastado la juventud o la madurez, sino a que tiene el temperamento y las facciones que proporcionan los años cuando se los acepta sin mirar atrás. Y el resultado, consecuentemente, no es halagador. El cabello comienza a ralear a los costados de la frente y su cintura ha engrosado; pero Brackett no es vanidoso como algunos de sus contemporáneos, que luchan por mantenerse «en línea». Si debe elegir entre el ascensor o las escaleras, tomará el ascensor, aunque solo suba dos pisos, pues ha decidido hace mucho tiempo que cualquier forma deliberada de hacer ejercicio (isométricos, *squash*, fatigantes, esa clase de cosas) no solo ocupan tiempo sino que son absurdos. En una época en que los héroes parecen esperar que el referee cuente hasta diez, Brackett, con sus noventa kilos, su buena vida y sus huesos blandos, no podría pasar inadvertido, tanto en un bar céntrico como en una cancha de *croquet* del barrio. Alguien dijo una vez, muy poco caritativamente, que su rostro parecía un *soufflé* cuando se abre la puerta del horno demasiado pronto.

Son las nueve y veinticinco y hoy es el día en que visita a Kemble. Pero no tiene prisa. Lentamente se aleja del lavabo y va hacia un armario de madera oscura.

Saca una camisa blanca de un cajón y le quita el sobre de plástico. No elige la camisa, ya que es la única limpia que tiene; pero es una camisa buena, y solamente su estilo delata su antigüedad. Hace juego con el traje cruzado. Una corbata azul claro y un par de zapatos gruesos tipo Oxford completan el atuendo de Brackett. La canción sigue intrigándolo y permanece de pie, los brazos cruzados, mirando abstraído su imagen reflejada en el espejo. Una frente ancha sobre una nariz demasiado derecha —se la había roto dos veces, pero se la arreglaron cuidadosamente en 1951 y 1956. Ojos grises, y una boca que alguna vez había recordado a una mujer a la de John Garfield. «¿*John* qué?» «*Garfield, mi amor. Recuerda, “Cuerpo y alma”*».

Si Brackett fuera honesto consigo mismo admitiría que cada vez le agradaba menos visitar a Kemble. No se debía a que sintiera menos afecto por

su socio; había advertido que los encuentros semanales lo alteraban en extremo, sin alcanzar a comprender el motivo.

Una vez (muchos años atrás) las visitas eran excitantes; ambos hombres hacían planes para el futuro, cuando Kemble dejara la casa de reposo (*Autumn Glades*) y volvieran a ser BRACKETT Y KEMBLE otra vez, como si nada hubiera cambiado. Pero ese momento aún no había llegado y Brackett creía que jamás llegaría. Sus conversaciones eran una prueba evidente, pues habían variado de un inmenso optimismo a meras banalidades, decayendo imperceptiblemente —como las hojas secas de un árbol, que inesperadamente dejan cada rama al descubierto— y pudo ver a Kemble tal como estaba: un hombre prematuramente retirado, sentado en un patio, leyendo revistas de historietas y esperando la muerte. Tal era el resumen de lo que sucedía y Brackett odiaba ese estado de cosas. Odiaba mirar esas criaturas patéticas que recorrían las praderas de Hoovered en sillas de ruedas, con mantas sobre las rodillas, o sábanas sobre las cabezas. Claro que hoy iría. Llegaría puntual y representaría su papel (le agradaba hacerlo: la sonrisa, las bromas. Las mentiras) y también se despediría a la hora de siempre. «Porque tú sabes, Harry, lo que demora el tránsito en esta ciudad».

Brackett sacó las llaves del cajón del escritorio y, durante unos instantes, observó su arma, un Police Special, que yacía en un nido de ganchitos para papeles. Incluso la levantó, sorprendido de lo fría que estaba, y de pronto volvió a dejarla en el cajón, como si fuera una criatura obscena a la que sacara equivocadamente a la luz. Salió apresuradamente de la habitación, bajando a la fiambrería, sin mirar atrás. A la fiambrería se la conocía como «lo del Gordito», El nombre no reflejaba, como es de suponer, el tamaño de su dueño (un pequeño húngaro llamado Liebermann, que había nacido exactamente en el lado oeste del Danubio, en Ellis Island, New York), sino que recordaba la visita que hizo a la fiambrería el legendario actor Roscoe «Gordito» Arbuckle, la noche de la famosa soiré en la habitación 1227 del Hotel San Francisco. Como para mantener vigente el mito, una fotografía del actor colgaba entre los fiambres, pero la quitó un representante de la Coca-Cola y la reemplazó por un Almanaque del año 1941. Francamente, nadie cree una palabra de toda la leyenda, pero da cierto encanto a la mugre del negocio, cuyos clientes pueden contarse con los dientes de un tenedor. Brackett, más por necesidad que por elección, era uno de ellos.

Como todos los sábados a la mañana, el paquete ya estaba esperándolo sobre el mostrador. Lo recogió y agradeció al húngaro antes de dirigirse a la puerta.

—No olvide saludar a Mr. Kemble en mi nombre —gritó Liebermann a sus espaldas.

—Siempre lo hago, Mr. Liebermann.

Pueden esperarme problemas; pero mientras brille la luna, haya música, amor y ron. No, no era así.

Brackett dejó atrás cajas y cestos, a la coqueta jovencita que colgaba de la pared, y salió a la calle, dirigiéndose a su coche. No era su calle preferida en San Francisco, pero tampoco era Nob Hill. Era simplemente la calle donde vivía; conocía a la gente, los bares y los ruidos nocturnos. Allí lo conocían, lo que ya era algo. Incluso Brackett debía admitirlo (cuando se apagaban las luces y las pastillas para dormir no le hacían efecto). Una vez su esposa le había dicho que era un hombre orgulloso y Brackett lo aceptó, agregando que estaba orgulloso de ser orgulloso. Era una broma sin importancia, pero sentía lo que decía. Sin ese orgullo (una mezcla de tenacidad y la doctrina de Micawber) en esos años de soledad, cuando Dorothy y Kemble ya no estaban con él, jamás hubiera sobrevivido. De alguna manera se hubiera venido abajo; no por caer en las redes del alcohol o las drogas, sino simplemente por una ausencia absoluta de realización personal.

Mientras se alejaba eligió un programa musical en la radio del coche; se trataba de Cole Porter. No miró por el espejo retrovisor hasta que llegó a Mission Street. De haberlo hecho, hubiera descubierto el coche policial. Lo habría visto detenerse ante la fiambrería y habría observado que sus puertas se abrían. Pero la mente de Brackett estaba en otro lado. Acababa de recordar un bar entre Valley y la Veintinueve, que conociera bien. No había bailarines, ni empellones, ni trompadas. Solo paz y luz tenue y un único trago antes de encontrarse con Kemble. Nada más.

Apostaría cualquier cosa a que lo demolieron.

DOS

—PENSÉ que me traerías un *Batanan* esta semana, Me hubiera gustado un *Batanan*, Walter. *Sargento Rock* ha cambiado desde que Kubert dejó de dibujarlo. No tengo nada en contra de Russ Heath, pero no me agrada tanto como Kubert. Este conoce bien su oficio. ¿*Silver Surfer*? Bueno... es entretenida, supongo. No puedo decir que me gusta, pero no es mala. Claro que lamento lo de Kubert, Era un artista, Walter. Nunca debió dejar *Sargento Rock*. No es lo mismo...

Brackett no respondió, pero se sentó en una silla endeble, junto a Kemble y lo observó mientras revisaba las revistas de historietas. Las sacaba de a una del paquete, con sumo cuidado, y volvía a dejarlas a un lado.

—¿*Amor joven*? —dijo Kemble sorprendido, levantando una de las revistas—. ¿Desde cuándo Peter Liebermann lee *Amor joven*?

—Pete está en el colegio, Harry, Estas revistas las lee Sarah.

—¿Sarah Liebermann? ¿Ya sabe leer Sarah Liebermann?

—Tiene doce años.

—¿Doce años?

—Eso dije.

—¿Doce años? No lo hubiera creído. Doce. Bueno, jamás lo hubiera creído.

—Crecen rápido.

—Rápido. Y leen. Pero *Amor joven*, Walter. ¿Sarah lee esto? Dentro de dos años será una chica peligrosa. Créeme, Walter. Esta clase de chicas...

Brackett se apoyó en el respaldo de su silla y contempló la pradera, los campos de golf que se divisaban detrás de ellas y el Océano Pacífico aún más atrás.

—¿Cómo te sientes, Harry?

—Tal vez pueda cambiar estas por una serie de *Detectives*. Podré hacerlo. ¿Crees que podré, Walter?

—Se te ve bien. Realmente bien.

Kemble lo miró y enseguida apartó la mirada, tímidamente apretaba el paquete con fuerza y resaltaban las manchas del hígado en su piel.

—¿Recuerdas lo que me prometiste la semana pasada? —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Que nadie llamaría nunca más al otro *Ojos azules*.

—¿Te prometí eso?

—Bien, estuve pensando. Tal vez ya sea tiempo de que hagas un inventario de tu vida, Walter.

—Estoy bien.

—¿Sabes a lo que me refiero?

—Solo tengo cincuenta y tres años.

—Y dentro de diez años... Fíjate en Sarah Liebermann. Trece años.

—Doce.

—Es lo mismo. Te despiertas una mañana y compruebas que una década ha pasado.

—Me siento bien.

Silencio. En una habitación, encima de ellos, alguien escuchaba un disco de Johnny Mathis.

Entonces Brackett escuchó la voz de Kemble, nerviosa, casi disculpándose:

—¿Viene... viene la gente a solicitar nuestros servicios todavía, Walter? ¿Tenemos *clientes*?

—Seguro que los tenemos. Ya te lo he dicho...

—¿Cuándo me lo dijiste?

—Te lo dije. La semana pasada una mujer me pidió que encontrara a su marido.

De improviso Kemble sonrió:

—Un caso de alimentos, ¿verdad? Bueno, podemos manejar bien un asunto así. ¿Fue la semana pasada?

—El domingo.

—Iba a decirte que había sido el domingo. Advierte que siempre se acuerdan el domingo. Las esposas ven la silla vacía, los chicos en la casa. Siempre acuden los domingos cuando quieren iniciar una solicitud de alimentos. ¿Lo encontraste?

Brackett negó con la cabeza, no para demostrar derrota sino para darse tiempo a pensar la respuesta. Finalmente decidió quedarse callado. Kemble se olvidaría.

—Es mejor que me vaya, Harry. Ya sabes lo que es el tránsito en esta ciudad.

—El doctor dice que pronto habré recobrado mi antigua personalidad.

—Una *joven* personalidad.

—Una *joven* personalidad. Sí. Le pregunté, por eso te lo cuento, me lo aseguró.

—Saldrás adelante, Harry.

Al levantarse, Brackett recogió su sombrero; de improviso, Kemble se inclinó hacia él y le tocó el brazo.

—¿Walter?

—¿Sí?

Un nuevo silencio. Brackett miró a su socio directamente en el rostro. Miró sus ojos, vio la lasitud que había invadido su cuerpo como las termitas invaden la madera. Las cicatrices estaban a la vista.

—Walter... anoche soñé nuevamente con Dorothy.

Una nueva pausa y después Kemble murmuró «Lo siento» y se alejó, mientras Brackett bajaba los escalones del patio, hacia el césped.

—Adiós, Harry. Te veré el próximo sábado. A la misma hora.

Cruzó la pradera camino de los portones, sintiéndose tan llamativo como una pirámide. Se propuso no mirar atrás, pero no pudo evitar hacerlo, y vio a Kemble sentado en su silla, los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza gacha como en penitencia. Una de las revistas se había caído al suelo y sus hojas se movían a los pies de Kemble como un insecto molesto.

Brackett miró a lo lejos; apartó los ojos de la visión de enfermeras, de sillas de ruedas, del edificio, del olor de decadencia, y se prometió una vez más que no volvería. Fue en ese momento cuando escuchó que alguien se aproximaba y le decía:

—¿Su nombre es Walter Brackett?

Levantó la vista, los ojos encandilados por el sol.

—Sí.

—Necesitamos que identifique a alguien.

Brackett miró atentamente el uniforme y después a quien lo usaba. Junto a los portones estaba un coche de la policía.

—¿A quién? —preguntó confundido.

—Usted nos lo dirá. ¿Tiene auto?

—Sí. Está...

—Síguenos.

—¿A dónde?

—A la morgue. ¿Ha estado allí?

—¿En Central?

—Esa misma. ¿La conoce?

—Sí —dijo Brackett suavemente—, ya he estado allí.

En el patio, Kemble había levantado la cabeza y observaba a los dos hombres que caminaban hacia la salida; después recogió la revista y cuidadosamente fue alisando las páginas una a una antes de abrirla, colocarla sobre su regazo, comenzar la lectura. Se trataba de *Linterna Verde*, número 85, con dibujos de Adams.

Un *delicado romance*. Brackett casi cruza con la luz roja. Pero así se presentaban las cosas. Se relajó. *Un delicado romance*, por supuesto.

La morgue quedaba a la izquierda del estacionamiento, detrás de una barrera de rosales que necesitaban una poda.

—¿Qué les hace pensar que puedo ayudarlos? —preguntó Brackett.

—Ella tenía una tarjeta suya.

—¿Ella?

—Era cuanto llevaba Solo su tarjeta.

—¿Brackett y Kemble?

—No la vi. Me enviaron a buscarlo a usted.

La puerta exterior no comunicaba directamente con la morgue seguramente para no desagradar a quien, por casualidad, quisiera curiosear. Pero aunque lo hiciera, no hallaría nada que resultara deprimente, excepto la pintura. El visitante se encontraría solo con una especie de sala de espera, brillantemente iluminada e impersonal; vería también dos puertas con entrada prohibida, un escritorio largo, y detrás a un sargento oficinista con camisa de mangas cortas que le sonreiría, le preguntaría su nombre y le recordaría la prohibición de fumar. En Central el sargento oficinista se llamaba Henderson y parecía el policía rudo pero honesto de una película de segunda categoría. Claro que, según Brackett observó a través de los años, *todos* los policías americanos tienen el mismo aspecto, como si la naturaleza tratara deliberadamente de imitar al arte. Un arte de poca categoría, tal vez, pero eso no invalidaba la comparación.

Brackett fue presentado a Henderson, quien lo contempló rápidamente, como queriendo asegurarse de que Brackett no sufriría un ataque de histeria ni se desmayaría al enfrentarse con el cadáver. Decidió que eso no sucedería y lo condujo hacia una de las puertas.

—Sentimos haberlo alejado de su camino, Mr. Brackett.

—No queda muy lejos.

—¿Ha estado antes en una morgue?

—Creí haber estado *aquí*, pero no parece el mismo lugar.

—Modernización —respondió el sargento—. ¿Qué opina?

—Para serle sincero, no creo que interese mi opinión.

—Para los muertos no había problemas. Pero para quienes trabajan aquí resultaba muy insalubre. ¿Sabe a lo que me refiero?

Brackett asintió sin mucho interés y siguió a Henderson a través de la puerta, hasta que llegaron a un separador de vidrio. A la derecha se veían dos o tres mesas largas, sobre las cuales había un micrófono suspendido de un cable. Una hilera de piletas, atados de ropa sucia, delantales de goma, bisturíes prolijamente alineados y una foto de Raquel Welch pinchada en la pared.

—¿Es usted inglés? —preguntó Henderson.

—Nací en Inglaterra.

Una camilla se acercaba guiada por un portero. Sobre la camilla había un cuerpo cubierto por una sábana.

—Una vez llevé a mi esposa a Inglaterra. Solo por una semana. Visitamos Brighton. ¿Estuvo en Brighton alguna vez? Queda sobre el mar.

—No.

—Hay allí un Palacio Chino. ¿Lo conoce?

—Se refiere al Pavilion —dijo Brackett, observando cómo dejaban la camilla en el extremo más lejano de la mampara de vidrio. Se sintió súbitamente impaciente por saber a quién pertenecía el cuerpo, no por temor de ver el rostro de alguien a quien quisiera (no amaba a nadie en verdad), sino por simple curiosidad. Le habían dicho que se trataba de una mujer y que llevaba su tarjeta. Lo lógico era pensar que se trataba de uno de sus clientes, excepto que no había tenido ningún cliente de alguna importancia en los últimos cinco años, contra lo que le dijera a Kemble.

—¿Es así como lo llaman? ¿El Pavilion? —Henderson seguía hablando. Brackett lo miró y después dijo:

—¿Puedo verla ahora?

—¿Qué? Oh, seguro.

Henderson hizo una seña al portero y aquel retiró la sábana discretamente, hasta los hombros de la jovencita. Brackett observó el rostro, las pecas, la boca de trazo delicado. Le hubiera agradado retirar unos cabellos que le cubrían los ojos. No lo hizo; sorprendido, advirtió las cicatrices en las mejillas y la frente; la nariz rota; pero todo eso parecía superfluo. Se limitó a observar

el rostro de una chiquilla muy hermosa y eso lo hizo sentirse mal. No porque estuviera muerta, sino por el hecho doloroso de que nadie la conocía.

—¿Cómo murió? —preguntó Brackett.

—Un choque de autos en el puente Golden Gate. ¡Caray! El informe asegura que había ácido.

—¿Ácido?

—Sí. Ácido. Drogas. Siempre sucede igual.

Brackett observó los hombros de la joven (no tendría más de catorce o quince años); después volvió a mirar el cabello. Rubia. Era una tontería, pero a él jamás le habían agradado las rubias. Era casi un crimen admitir semejante cosa, sobre todo en California. Tal vez se debiera a que había algo manifiestamente sexual en las rubias. Una vez había discutido ese tema con Kemble y recordaba su sonrisa y su comentario acerca de que Dorothy era rubia. De cierta manera, en aquel momento, las cosas las veía distintas.

—¿La conoce? —preguntó Henderson.

—Creo que su nombre es Mary Malewski —respondió Brackett.

—Eso no basta. Necesitamos una identificación positiva.

—Ya lo sé. Necesito fijarme en mis ficheros.

—¿Es cliente suya?

—Me visitó una vez. Me dijo que llegó en... oh, no lo recuerdo. Creo que fue en el mes de mayo último.

Brackett se dirigió a la puerta.

—Lo llamaré desde la oficina. Si es la misma chica pienso que también tendré registrada alguna dirección. Puede servirles.

—Si nos ayuda a sacarla de aquí con toda seguridad que servirá.

—Estoy seguro de que su nombre es Malewski.

—¿Tiene hijos, Brackett?

—No.

—Puede sentirse feliz. ¿Sabe lo que quiere ser mi hijo?

—Me desagrada preguntar.

—Nada. Eso quiere ser. Nada.

Brackett abrió la puerta de comunicación con la sala de espera cuando Henderson lo detuvo y se le acercó.

—Usted es detective privado, ¿verdad?

No necesitaba la respuesta de Brackett; este tampoco consideró necesario contestarle. Reconoció el tono de voz y casi podía adivinar las palabras siguientes.

—Bien, no es nada personal, Brackett, pero opino que su trabajo apesta. Para mí, usted es un buscavidas. Un maldito buscavidas. Es mi opinión personal. Un maldito gordo buscavidas.

Brackett miró de nuevo a la muchachita. Un ventilador colocado encima de la cabeza hacía mover el cabello que en ese momento flotaba sobre su boca, casi como si respirara.

—Lo llamaré tan pronto como llegue a la oficina —dijo, caminando hacia el escritorio.

Fue entonces cuando vio a Loomis. No sabía que ese era su nombre (pronto lo aprendería), ni lo había visto anteriormente. En realidad, no sabía absolutamente nada respecto a Loomis, porque en caso contrario se hubiera alejado tan rápido como el límite de velocidad se lo permitiera.

Pero Brackett, como la generalidad de los mortales, no poseía poderes especiales para adivinar las cosas. Solo podía ver lo que tenía delante y en Loomis vio algo que había observado en una sola ocasión anterior. No era un simple estado de nervios, como parecía. Era algo más. Loomis, Brackett lo presintió inmediatamente, estaba lleno de terror, ese terror de alguien que no sospecha cómo, pero que sabe que en cualquier momento van a matarlo. Así de simple. Por eso fue que Brackett se detuvo junto al escritorio y lo miró esperando una oportunidad para hablarle. Ese fue, por supuesto, el mayor error que cometió en su vida.

TRES

¿QUIÉN es ese? —preguntó Brackett.

El sargento oficinista miró rápidamente a Loomis con expresión de desagrado, como si se tratara de otro cuerpo recogido en la carretera, llevado a la morgue, pesado y vaciado. Casi se podía esperar que respondiera la pregunta leyendo la etiqueta atada al dedo pulgar del pie del hombre.

—Un testigo —respondió.

—¿De la chica?

—Vio todo lo sucedido.

—¿Un conductor?

—Un peatón.

—¿Un peatón? —dijo Brackett, asombrado—. ¿En el puente de Golden Gate? ¿A qué hora tuvo lugar el accidente?

—¿Quién lo sabe? A las cuatro, cuatro y media, esta mañana.

—¿Y este hombre pasaba caminando?

—Hizo una declaración. Jesús, debería leer su declaración.

—¿Me permiten hacerlo?

—No.

Si Loomis alcanzó a oír la conversación, no lo demostró. Permaneció sentado, mirando el piso, como si posara para una fotografía, una silueta contra el mar. Su actitud permitió a Brackett observar su apariencia física, y lo que pudo ver le resultó deprimente. Claro que había ciertos detalles personales: un anillo de oro en la mano izquierda, gemelos lisos, ovalados, zapatos que se lustraban todos los días, un traje liviano algo usado y una camisa de algodón. Pero todos estos detalles eran meros agregados a un cierto tipo, no a un cierto individuo. Como Brackett bien lo sabía, si uno comienza por un individuo, uno *puede* terminar con un tipo determinado. Por el contrario, comenzando por un tipo se termina en la nada. Rico o no, la figura sentada cerca de la puerta no revelaba ninguna cosa. Excepto una: la total negación de su personalidad no era un simple capricho para adaptarse a una

clase o a un *status*. Era un acto deliberado para pasar inadvertido dentro de lo que lo rodeaba, y eso despertó la curiosidad de Brackett. Se trataba de una persona acostumbrada a viajar en avión, a tomar cócteles y comprar el «Times» en el Hilton. Poseía tarjetas de créditos, uñas bien cuidadas, y era consciente de su apariencia, de cada uno de sus actos. Pero estaba asustado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Brackett tranquilamente.

—Loomis —respondió Henderson, mirando la declaración.

—¿Tiene prontuario?

—¿Cómo saberlo?

—Bien, ¿está arrestado?

—Cristo, no. Se trata simplemente de un testigo, ya se lo dije. Declaró por su voluntad.

—Entonces, ¿por qué lo retienen? —preguntó Brackett.

—¡Retenerlo! —Henderson gritó hacia la puerta—. ¿*Quién* lo demora? Desde el amanecer estamos tratando de deshacernos de él, pero no quiere irse.

—¿Por qué no?

—Porque quiere salir de aquí en un coche oficial, solo por eso.

—Así que usted ya le advirtió que esta no es la parada de taxis.

—Ya le advertí que esta no era...

Brackett sonrió y se acercó a Loomis.

—¿Mr. Loomis? Hay un auto afuera, lo llevaré a su casa.

No reaccionó.

—Está junto a la salida —prosiguió Brackett sin darle mayor importancia a sus palabras—, siento que no sea un patrullero, pero no les permiten transportar pasajeros, excepto que estén bajo arresto. Usted no está detenido, Mr. Loomis.

Tampoco hubo ahora reacción alguna. Brackett sabía que lo había oído y que no serviría de nada insistir. Había perdido, eso era todo. Si Loomis tenía problemas (lo que era indudable), prefería guardarlos para sí. Había que dejarlo solo. Brackett abrió la puerta.

—Era tan joven.

Brackett se detuvo y miró a Loomis. Había vuelto la cabeza y alcanzó a verle los ojos, hundidos y caídos.

—Tan joven...

La voz sonaba segura. Un leve acento, probablemente de Kentucky. La deducción no era difícil, lo reconoció: también Dorothy era de Kentucky.

—¿Quién era muy joven? —preguntó Brackett con calma, acercándose al banco.

—Un precioso vestido... todo hecho jirones. Un precioso vestido. Le faltaba un zapato. No pude encontrarlo. Busqué en el asiento posterior. Me lo propuse. En el asiento de atrás yo... Pero no piense nada indebido. No sucedió nada indebido. Ya lo verá. Grotesco. ¿Así se dice? *Herpes Bizarro*. ¿Recuerda el chiste?

Brackett no le respondió. Miró a Henderson y lo vio ocupado, escribiendo a máquina un informe. De improviso habló Loomis:

—¿Alguna vez vio a alguien asesinado?

La pregunta estaba directamente dirigida a Brackett y este dudó antes de responder:

—Una o dos veces.

—¿Qué vio?

—El término de una vida. Solo eso.

—¡No! ¡Oh, no! —la voz de Loomis se elevó con énfasis—. No el término de una vida. La muerte. «Oh, por favor, no dobles en Union Square, Baby. Odio esas palmeras». Muerta, esa chiquilla.

Brackett vio cómo el sargento giraba la cabeza para mirar a Loomis primero y luego a Brackett.

—¿Qué malditas palmeras? —gritó Henderson. Brackett no le hizo caso y se sentó en el banco, inclinándose hacia Loomis.

—¿Conocía a la chica, Mr. Loomis?

—¿Conocerla?

—Sí. ¿La conocía?

—Como le dije al sargento, no la conocía.

Brackett volvió a mirar a Loomis, vio el temor en sus ojos y permaneció callado.

—La vi —continuó Loomis, refugiándose una vez más en su propio yo—. Yo estaba... parado y apenas la vi y le miré el rostro. La vi morir. Vi cómo nos la quitaban. Su muerte... Fue como... No se ría... Fue como si la joven hubiera hecho la rabona al mundo. ¿Entiende lo que digo? Como Huckleberry Finn. Simplemente se apagó su luz, ya no tiene más luz. Haciéndonos la rabona a todos nosotros. ¿Comprende, verdad?

—Por supuesto —dijo Brackett—. Por eso usted no saltó, ¿no es cierto? ¿Porque vio a la chica?

Brackett escuchó un leve gemido y Loomis miró hacia otro lado, guardando silencio.

Mr. Loomis, permítame llevarlo a su casa.

No se movió. Brackett abrió su billetera y sacó una tarjeta que colocó entre las manos de Loomis.

—Aquí tiene mi tarjeta. Me llamo Walter Brackett...

Loomis ya había leído la tarjeta y lo miraba con una expresión que impulsó a Brackett a preguntarle:

—¿Me conoce?

Loomis parecía decidido a hablar, pero cambió de parecer y negó con la cabeza. Brackett lo observó atentamente y comprendió que nada quedaba por decir ni hacer allí. Se limitó a agregar:

—Mr. Loomis, me voy. Si no tiene inconveniente y no le desagrada un Buick '62, hay uno del otro lado de la puerta. Estará allí dos minutos, lo veré afuera. Adiós.

Una serie de acontecimientos nunca sigue un esquema determinado. Nada está predestinado, no interesa cuál filosofía o religión se adopte. Los acontecimientos se presentan y nos limitamos a aceptarlos o rechazarlos a medida que ocurren. La astrología, un dios o un psiquiatra pueden guiarnos en un sentido amplio, pero solo un hombre débil confía en tal pueril dirección. Esta puede no ser su filosofía de vida, pero era la de Brackett y por eso no esperaba nada cuando se sentó tras el volante de su coche. Solo esperaría dos minutos, y si Loomis no aparecía en el ínterin, tendría que ir a esconder su agonía en algún otro lugar. Sería una lástima, ya que Brackett, por naturaleza, era un hombre curioso. Pero no insistiría. El hecho es que, después de decidirlo así, Brackett permaneció en el Buick nueve minutos en vez de dos; claro que la filosofía no paga el alquiler... Esperó con el convencimiento de que cualquier persona asustada es un posible cliente, especialmente cuando su apariencia indica que su posición económica se lo permite. Loomis, pese a las tácticas de Brackett, aparentemente pensaba de otra manera, porque no apareció.

Brackett bajó la vista (el trapequista caído otra vez en la red) y había puesto en marcha el motor, cuando se abrió de improviso la puerta delantera y una voz dijo:

—¡Walter! Walter Brackett. Demonio, ¡ha pasado tanto tiempo!

Brackett giró la mirada, azorado, hacia el rostro tostado por el sol de un hombre de unos cuarenta y cinco años, que gesticulaba mientras permanecía con una mano en la puerta del coche y la otra en el techo. Vestía traje tostado, con dos botones y corbata de seda. La hebilla del cinturón era de Tiffany — rectangular, de bronce, hechas para anunciar cualquier cosa, de Wells Fargo a

Barnum y Bailey. Esta tenía el bajorrelieves de un depósito con la palabra *Central & Union Pacific Railroad Co.*

—No creo que me hayas olvidado, Walter, después de tantas chuletas compartidas en lo de Tadich.

Brackett sonrió asintiendo. Se llamaba Herb Johanssen. Tenía tres hijos y una esposa. Solía ser patrullero diez años atrás, o más tal vez, y todos lo querían, incluso Brackett.

—Por supuesto, pero no te reconocí sin tu bastón de policía. ¿Por dónde has andado?

—Buena pregunta —replicó Johanssen, acomodándose en el borde del asiento—. Me han cambiado de lugar con tanta frecuencia que me siento como un mazo de naipes.

—¿Qué eres ahora? ¿Sargento detective?

—*Teniente* detective —enfaticó Johanssen—. Homicidios.

Brackett estaba impresionado y así se lo dijo.

Johanssen sonrió. No era, pese a su ascendencia escandinava, ni alto ni rubio. En realidad, estaba gordo, casi calvo y, en apariencia, tan intimidatorio como una reverencia. Los ascensos, como la belleza, se adhieren a lo más profundo del ser humano.

—Así que finalmente estás de regreso —dijo Brackett—, después de... ¿once años?

Johanssen asintió y después miró a Brackett.

—¿Qué haces tú aquí, Walter en un día tan horrible como el de hoy?

—Una identificación. Una chica fue muerta en el puente.

—Oh, sí, escuché algo.

Silencio. Ambos hombres miraban a través del parabrisas, los ojos en el estacionamiento. Parecía que no tenían nada más que decirse.

—Bien... —dijo Brackett—. Tal vez podamos compartir otras chuletas uno de estos días.

—Seguro. Pero esta vez pagaré yo. Dime... ¿cómo andan tus cosas?

Brackett hizo un ademán afirmativo.

—¿Sigues viviendo encima de lo del Gordito? —preguntó Johanssen.

—El alquiler es bajo.

—¿Qué hay de Kemble? Escuché decir que...

—Está bien —lo interrumpió Brackett rápidamente.

—Me alegro de saberlo. Sabes, nunca creí que alguien sobreviviera a semejante paliza, pero tampoco pude imaginar a Harry imposibilitado.

—Claro, Harry siempre ha sido fuerte.

—¿Dónde está ahora?

—Retirado. De oficio.

—Es una pena. Era muy bueno. Te lo aseguro, Walter, si Harry hubiera sido un policía, yo *nunca* hubiera llegado a comisario.

—¿Y es eso lo que realmente deseabas? —le preguntó Brackett.

Johanssen sonrió y apoyó su mano en el brazo de Brackett.

—Me alegro de haberte encontrado...

Brackett no le respondió. Volvió a mirar hacia la morgue; pero la puerta continuaba cerrada. Había perdido.

—Todavía conservas el mismo coche —dijo Johanssen, pasando una mano por el tablero de instrumentos, como si fuera el perro de un vecino—. Recuerdo la primera vez que lo usaste. Diablos, me sentí celoso.

—Será mejor que me vaya —dijo Brackett y esperó que Johanssen saliera del coche sin mirarlo. Sí. Conservaba el mismo coche.

—No te olvides de las chuletas —dijo Johanssen cerrando la puerta.

Brackett sonrió apenas y salió lentamente del estacionamiento. Cuando alcanzó la calle, se detuvo y miró hacia atrás por el espejo retrovisor. Johanssen seguía observándolo. Lo vio hacer adiós con la mano, lo vio arreglar cuidadosamente la cartera de uno de los bolsillos de su traje de doscientos dólares; lo vio enmarcado en la pared de ladrillo rojo del edificio que albergaba a su éxito.

Brackett se sintió viejo.

Condujo a lo largo de los rascacielos de vidrios polarizados de Montgomery (uno de ellos exhibía la audacia de estar construido como un bonete), pasó por los bancos y oficinas, hasta que la calle se hizo más angosta. Las fachadas cambiaron del blanco al sepia, al negro, y otra vez al blanco, y Brackett entró en la familiaridad parroquial de su viejo barrio. Hizo las habituales llamadas, concurrió a los mismos bares y pidió la devolución de sus tarjetas en los habituales comercios, pues no contaba con los medios necesarios para hacer imprimir nuevas.

Se detuvo en la esquina de Van Burén y Blake (una cuadra que jamás debió sobrevivir al terremoto). Siempre lo hacía, parte por costumbre y parte por masoquismo. Miró la casa donde había vivido su esposa antes de convertirse en Mrs. Brackett. Su madre aún vivía en las mismas habitaciones, y durante un tiempo, después de la muerte de Dorothy, Brackett solía visitarla. Subía las escaleras y la acompañaba durante una hora más o menos, tomando café, después de bajar el volumen del televisor, sin silenciarlo del todo: como un murmullo acompañaba desde un rincón su diálogo. En las

primeras visitas ambos evitaban hablar de Dorothy, soslayando el tema; pero pasado un mes, cuando las fotografías fueron enmarcadas y colocadas en la repisa de la chimenea, no hablaron de otra cosa; la madre volvía a relatar recuerdos de la adolescencia mientras Brackett rememoraba el casamiento, incluso el dolor de los últimos años, cuando el pimpollo de azahar se había marchitado.

Fue entonces cuando, inevitablemente, cesaron sus visitas. Sucedió cuando Dorothy Mannering comenzó a competir con Dorothy Brackett, hija versus esposa. Brackett salió repentinamente un día, después de permanecer solo unos pocos minutos con su suegra, y aunque nunca se dijo, la madre sabía que jamás regresaría. En cierto modo se sintió agradecida. Incluso, cuando Brackett fue una vez a visitarla, después de una ausencia de dos meses, no le abrió la puerta, aunque él oyó el televisor. Golpeó con fuerza cuatro o cinco veces, sin importarle las miradas del hijo de un vecino que estaba en el corredor; como no le respondiera, dio vuelta y salió a la calle. Fue la última vez que estuvo en el edificio.

Brackett hizo volver el Buick a la calle principal. En días normales y siendo un hombre rutinario, habría conducido hacia Monterrey o Carmelo, o tal vez hacia Big Sur para gozar del aire fresco. Si es que todavía existía. En vez de hacerlo, cambió el itinerario sabatino (reapareció la imagen de un mechón de cabellos. *Siempre sucede lo mismo*). Regresó a su departamento y comprobó, pasados unos minutos, que la ficha de Mary Malewski no estaba en su lugar.

CUATRO

EN UN primer momento, Brackett pensó que se había equivocado. Cabía la posibilidad de que no recordara el nombre correctamente (un hecho poco probable de cualquier manera), y sin embargo no habían transcurrido más de tres meses desde entonces; su sistema de archivo era tan digno de confianza como las mareas.

—¿Sargento Henderson? Habla Walter Brackett.

—¿Quién?

—Brackett. El rico y sinvergüenza vividor que estuvo con usted esta mañana.

—Oh, sí. ¿Averiguó algo?

—La chica se llamaba Mary Malewski. Lo tengo registrado en mi cuaderno de citas, pero no tengo su dirección.

—Pensé que tenía una ficha de la chica.

—La tenía, pero... la perdí.

—Jesucristo, qué clase de... Escuche, Brackett, ¿está seguro de que el nombre es Malewski?

—Al menos es el que la joven me dio. Pero no busque en la guía telefónica. Ya lo hice. No está registrada ni la conocen.

—Usted es muy útil. ¿Lo sabía?

—Sí. Lo sé.

Brackett colgó el receptor y miró frente a sí a la silla vacía. Podía recordar a la chiquilla, sentada en esa silla. Vestía una camisa atada a la cintura y *jeans*; parecía nerviosa mientras le relataba cierta historia tendiente a encontrar a su padre. Brackett le dijo que trataría de hallarlo y anotó su nombre y una antigua dirección en New York. Después comenzó a hacerle otras preguntas: *¿Por qué quería encontrar a su padre? ¿Por qué no a su madre? ¿Cuántos años tenía?* De pronto la joven comenzó a responder incoherentemente y le dijo que necesitaba dinero. Finalmente Brackett le dio un billete de diez dólares, de su propio dinero, diciéndole que si sus deseos de

contratarlo eran reales lo llamara al día siguiente. Un cínico diría, probablemente, que ese dinero ayudó a matarla, pero Brackett no deseaba pensar en eso. Solamente sabía que Mary Malewski nunca volvió a llamar y que una ficha sin importancia —no eran más de dos páginas—, había desaparecido. Nada más. El interrogante, en caso de que interesara, sería el porqué. Y a Brackett le interesaba mucho. Odiaba esos mosquitos invisibles que perturbaban su rutina; piezas de un rompecabezas que no lograba encajar en su lugar. Convulsionaban su esquema mental, particularmente cuando correspondían al cuerpo muerto de una chiquilla.

—¡Mr. Liebermann! —gritó Brackett desde lo alto de la escalera.

El rostro ansioso del húngaro apareció inmediatamente abajo.

—Mr. Liebermann... ¿vino alguien a visitarme mientras estaba ausente?

—La policía...

—Eso la yo sé. ¿Alguien más?

—No, Mr. Brackett.

—¿Está seguro?

—Bien, estuve afuera, en la parte de atrás, durante un rato.

—Pero ¿nadie entró en mi habitación?

Por supuesto que también pudieron sustraerla en cualquier momento durante los últimos tres meses; pero aun así, las visitas no formaban cola para verlo.

—No, Mr. Brackett, solo yo.

Brackett miró a Liebermann.

—¿*Usted* entró en mi habitación? ¿Para qué?

—Bueno... quería dejarle un mensaje. El hombre dijo que era importante.

—¿Qué mensaje?

—Lo coloqué debajo del cenicero. Como usted y Mr. Kemble siempre me enseñaron. No es así cómo...

Brackett ya había regresado a su habitación y desdoblaba un ridículo trocito de papel (papel manteca, del tamaño de un cuadrado de un tablero de ajedrez) y trataba de descifrar la caligrafía de Liebermann. Parecía el nombre de un hombre, un motel y una hora. La hora era legible y podía adivinar el nombre del motel.

—Lo llamó por teléfono diez minutos antes de que usted llegara, Mr. Brackett.

El húngaro estaba en la puerta de la habitación con cara de penitente.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Brackett—. ¿Veemey? ¿Veemin?

—Estoy seguro de que lo escribí correctamente, Mr. Brackett.

—Seguramente que así lo hizo, pero no consigo leerlo. Mire.

Liebermann tomó el papel y Brackett esperó pacientemente a que buscara sus anteojos y los calzara sobre cada oreja.

—Bueno, el motel se llama...

—El nombre del hombre. Solo eso.

—Me dijo que usted lo conocía...

—Su nombre, por Dios.

—Loomis —respondió Liebermann como si todo el mundo lo supiera—.

Mr. Loomis. ¿Puede ser?

Brackett miró el papel y después se volvió hacia la ventana.

—¿Le dijo que quería?

—Solamente que necesitaba hablar con usted.

Mary Malewski. Una ficha desaparecida. Y ahora Loomis. Pequeñas piezas sueltas. Eso eran. Pequeñas piezas de un rompecabezas.

El primer anuncio (un rombo amarillo y negro) estaba pegado a la derecha de la vidriera, en sentido norte noreste, si se miraba la ventana desde la calle. Decía SÁNDWICHES, y especificaba en orden descendente: carne asada, *corned beef*, jamón de Virginia, pavo, *pastrami*. En cada esquina, escrita en letras grandes, la palabra CALIENTES, dentro de un círculo color rojo. Debajo del adorno había un rectángulo pequeño con las palabras COMA AQUÍ. Hacia el sur, y completando la parte inferior de la vidriera había una hilera de fuentes, de diversas formas, en ocre y azafrán, con pollo frito, almejas rellenas, pescado frito y cereales con manteca caliente; los precios iban desde 99 centavos a 1,69. Hacia el norte, un tubo de neón, otro anuncio. Hacia el oeste, señero, un cartel gigante anunciaba POLLOS ASADOS CALIENTES a 2,19, sobre un fondo escarlata. Debajo las palabras: PARA JUDÍOS: PERMITIDO y NO PERMITIDO, unidas ambas, por un par de ojos.

Los ojos son verdaderos, aunque es disculpable que uno no lo crea así. Ni parpadean, ni se mueven, ni demuestran emoción alguna. Simplemente miran a través del vidrio, entre las letras y al otro lado de la calle. Como si se limitaran a dejar pasar el tiempo.

Brackett terminó su almuerzo (ensalada de papas preparada por Mrs. Liebermann) y repasó sus actividades del día. Era la una y cuarenta y ocho y la cita estaba fijada para las dos y media.

—¿Hablo con el motel «Estacione y descanse»? —preguntó, sosteniendo el tubo con una mano, mientras con la otra trataba de llenar una copa con *whisky* americano.

—Sí, señor —le respondieron—. ¿En qué puedo servirle?

—¿Es ese el único «Estacione y descanse» de Bay Area?

—Sí, señor.

—¿Pero tienen otras sucursales?

—En cada Estado, señor. Cada estrella de nuestra bandera nacional es un «Estacione y descanse».

—¿Pero el suyo es el único en Sausalito?

—Sin duda, señor.

—Entonces, ¿hay un Mr. Loomis hospedado allí?

—Bueno, en realidad no es nuestra costumbre...

—¿No lo es? Correcto. Se lo diré al gobernador Reagan.

Un prolongado silencio y después regresó la voz. Mucho más suave.

—¿Quién dijo que llamaba, señor?

—No lo dije. Quiero que me informe acerca de Mr. Loomis.

—Bien... Un momento, señor.

Brackett tomó un sorbo de su bebida. Le molestaba admitirlo, pero un buen *whisky* americano es superior al escocés. Especialmente si se lo toma puro.

—¿Se trata de Mr. J. Loomis?

—¿Cuántos Loomis hay en el motel?

—Solamente uno.

—¿En qué habitación?

—Cuarenta y uno. Lo comunico...

—No, le llevaré personalmente el mensaje. Gracias.

—Usted las me...

Brackett colgó el receptor y escribió *Loomis J.* en un trozo de papel blanco; después se sentó al escritorio, cerca de diez minutos, recordando la conversación mantenida en la morgue. La mayoría de lo que habían hablado fue también anotado. Parecía importante —no para Brackett sino para Loomis. Pero, si deseaba conversar, ¿por qué rehusó la invitación para hacerlo en el coche?

Brackett se puso de pie y posó su mirada en la fotografía de Dorothy. Miró el rostro de su esposa y leyó la inscripción como si fuera la primera vez que la veía. Se sentía feliz de que a Dorothy le hubiera agradado el regalo.

—¿Cómo adivinaste que esto es exactamente lo que deseaba?

—Bueno, ¿soy detective, verdad?

Si, lo era. Y lo había sido durante veinticinco años, desde el momento en que se asoció con Kemble. Al principio había aceptado el trabajo con

auténtico romanticismo, como si se tratara de Spade y Marlowe y el mundo estuviera lleno de hombres gordos y débiles hermanas esperando para contratarlos. Siguieron confiando en sus sueños mientras hacían imprimir tarjetas y pintaban sus nombres en la puerta de la oficina, hasta que muy pronto comprendieron que seguían pegados a las páginas de *Detectives* de diez centavos. De eso estaban convencidos.

Cuando les sonrió el éxito y los diez centavos se convirtieron en billetes grandes, pensaron que su sociedad jamás terminaría; pero terminó de improviso, abruptamente, en una noche, cuando sacaron de una zanja lo que quedaba de Kemble. Brackett siguió adelante. Continuó, por supuesto, porque el teléfono seguía sonando. Su espíritu, sin embargo, estaba acabado y él lo sabía, aunque nunca lo admitiría. Seguiría representando su parte aun cuando el telón ya había descendido y los espectadores se habían alejado. Un envejecido y amargado comediante que se negaba a abandonar el escenario; demasiado terco para aceptar que los cimientos habían cedido.

—¿Mr. Brackett?

Y Brackett seguía siendo detective, aunque su nombre se viera en letras pequeñas. Ahora tenía un buen cliente. Con Loomis volvería al negocio.

—¿Mr. Brackett?

Incluso podría comprar un coche nuevo. Un Jaguar o un Citroën. Nada demasiado ostentoso.

—Mr. Brackett, golpeé dos veces.

La mujer estaba de pie en mitad de la habitación.

—Se trata de mi perro. Esperaba... que usted pudiera encontrarlo.

Brackett se volvió lentamente hacia la mujer, mientras ella levantaba la vista, como si el perro perdido significara todo en el mundo para ella.

—Pensé... que podía tener alguna noticia.

—Lo siento, Mrs. Markstein —dijo Brackett—, no lo he visto.

La mujer miró la correa que llevaba en la mano y, a regañadientes, caminó hacia la puerta.

—¿Cree que se perdió definitivamente, Mr. Brackett?

No le respondió. La puerta se cerró y Brackett siguió oyendo los pasos que bajaban la escalera lentamente, hasta llegar a la fiambrería.

El coche se balanceó en lo alto de la rampa, como un bañista que, en lo alto del trampolín, se atemorizara por la profundidad del agua; después, lentamente, se hundió en la semioscuridad del sótano. Un negro, empleado del garaje, que estaba apoyado contra una baranda de metal, levantó la cabeza

e hizo señas al vehículo para que se ubicara en el lugar señalado con flechas en el piso de cemento.

El conductor mantuvo las ventanillas cerradas, como le habían indicado, y, conduciendo lentamente, llegó hasta el girador circular. Entonces, casi inmediatamente, oyó las máquinas, las ruedas dentadas que se comunicaban; el coche, girando sobre sí mismo, quedó enfrentando la hilera de cepillos y cueros y las corrientes de agua. Las ruedas encajaron en unas guías de metal y el coche se sacudió hacia adelante; el jabón inundó el parabrisas, transformando el vidrio en un cielo nebuloso. Los parlantes dejaron oír la música, cuando el pasajero, emergiendo del suelo, detuvo el dial de la radio en un disco de la Big Band (*Sing Sing Sing*. La trompeta de Harry James). El coche fue llevado a través de una cortina, después otra, y el conductor podía observar cómo los cepillos giratorios gigantes trepaban por la cubierta del motor y seguían por el techo, como criaturas de la noche atraídas por la luz. Una tercera cortina y el agua descendió; la orquesta tocó los compases finales, el auditorio aplaudió. El conductor comenzó a sentirse acometido por el terror al ver que su acompañante, súbitamente, tiraba del freno de mano, colocaba el coche en sentido contrario y las ruedas comenzaban a trabarse. Se trabaron, se inmovilizaron y el coche se volcó hacia un costado, en una explosión de agua y vidrios destrozados. El conductor se volvió al escuchar un piano, se volvió cuando un rodillo perdido se estrellaba contra el costado más cercano. Se volvió hacia el pasajero, mientras el jabón se filtraba a través de las bisagras de las puertas y por entre los pedales sobre sus zapatos. Abría la boca para gritar, cuando una voz le advirtió:

—Mantenía abierta, Baby, y chupa esto.

CINCO

BRACKETT condujo apresurado en dirección a Sausalito; dudó solamente al cruzar el Golden Gate, acuciado por la curiosidad de saber dónde había ocurrido el accidente; pero el tránsito era demasiado rápido, con los turistas del mediodía que se apresuraban hacia Muir Woods, hacia los pinos gigantescos de California. Después de la casilla de peaje, Brackett dobló a la izquierda, bajando por el oeste de la Bahía, pasó por la zona importante de Sausalito (Trident Restaurant quedaba a la derecha) hasta que finalmente divisó las señales de neón, el cartel que advertía que había lugares disponibles, y se detuvo fuera del «Estacione y descanse».

Este era igual que cualquier otro motel y eso, al menos para Brackett, era de esperar. Para Brackett, ni las hamburguesas, ni el *baseball*, ni la Coca-Cola serían nunca los verdaderos símbolos americanos, a pesar de la propaganda. La imagen de la nación estaba en el motel sencillo y simple; allí los padres de la patria habían impreso el sello a la nación (adoptando seudónimos). El «Estacione y descanse», consciente de que se trataba de Sausalito y no del centro de Detroit, había tratado de demostrar una cierta categoría. Un patio ridículo, más una fuente, formaban una especie de atrio, rodeado por las habitaciones, aunque no habría engañado ni a un murciélago. Brackett no prestó atención al decorado y caminó directamente hacia la habitación 41. Quedaba en el primer piso, en una esquina alejada y estaba tan silenciosa como una urna funeraria.

Brackett golpeó dos veces; después abrió la puerta, sorprendido de encontrarla sin llave. La habitación estaba vacía. Esto saltaba a la vista, lo mismo que la silla colocada patas arriba, la lámpara rota y una maleta que esparcía su contenido por el piso. El teléfono estaba descolgado. También resultaba obvio que allí había tenido lugar una refriega, claro que una de corta duración. No había sangre ni signos de violencia seria; simplemente las huellas de un intruso que había sorprendido a Loomis, y después de la necesaria resistencia, le había obligado, seguramente con un arma, a que

saliera con él de la habitación; había cerrado la puerta y lo había sacado de allí.

Brackett lanzó un juramento, culpándose al comprobar que seguramente todo había sucedido mientras él bebía su segundo *whisky* o admiraba la vista de la bahía. Su único consuelo era saber que había llegado puntual. En realidad, cinco minutos antes de lo previsto. Claro que era una patética excusa. Debió preverlo. Había visto el rostro de Loomis, su terror. Debió prever lo que sucedería. Admitió con dolor que diez años atrás, incluso cinco, *lo habría hecho*.

Los remordimientos podían esperar, ya habría tiempo. Revisó la maleta, sin encontrar nada; abrió la puerta que comunicaba con el baño pero tampoco vio nada, excepto el lavatorio, dos toallas, una crema de afeitar en aerosol, una caja de Kleenex, y una mujer acurrucada, temblando y desnuda, echada en el piso, mirándolo paralizada por el temor. Estaba verdaderamente atemorizada. Brackett cerró la puerta y la miró.

—Todo está bien... —comenzó a decir, inapropiadamente—. No voy a lastimarla. Soy amigo de Loomis.

La mujer no se movió, apretaba las rodillas con las manos. Tenía el cabello oscuro y era más bien gorda; sus facciones ordinarias se afeaban aún más con un magullón debajo del ojo izquierdo.

—Mire, no hay nadie más aquí —dijo Brackett abriendo la puerta de par en par y señalando la habitación contigua con un gesto. Después se acercó a la cama, encontró un vestido y algunas ropas interiores mezcladas con las mantas, y regresó al baño. La mujer no se había movido.

—Aquí tiene. Va a resfriarse.

La mujer miró las ropas que le tiraban a los pies. Cuando Brackett, discretamente, se alejó para permitirle vestirse, ella de pronto se puso de pie y corrió hacia él, gritando y golpeándolo con los puños. Brackett la tomó de las muñecas y le dio unas bofetadas, mientras la mujer trataba de morderlo.

—Escúcheme, no sé quién es ni deseo hacerle daño —gritó Brackett, levantándola por la fuerza cuando comenzaba a llorar.

La mujer se dejó caer sobre la tapa del inodoro, sosteniéndose en Brackett. Este le pasó un brazo por la cintura, la enderezó y le alcanzó una toalla.

—Me llamo Walter Brackett —le dijo, arrodillándose delante de ella—. Vine a visitar a Loomis. Se encontraba aquí, ¿verdad?

Silencio. Después la mujer asintió.

—Bien —dijo Brackett—, ¿qué sucedió?

Silencio. Advirtió marcas de pinchazos en los brazos de la mujer, pese a que ella enseguida las tapó con la toalla.

—Está bien. No soy policía —dijo Brackett, leyéndole el pensamiento—. Solo quiero encontrar a su amigo.

La mujer levantó lentamente la cabeza (ojos azul celeste y cuello semejante a una sogá gruesa) y miró a Brackett durante largo tiempo. Finalmente habló:

—Va a matarlo.

—¿Quién?

—Él me obligó a... permanecer aquí y me dijo que si me movía me...

—Mire, él se ha ido. ¿Lo ve? No hay nadie aquí. Usted está a salvo.

Abrió las puertas de comunicación de par en par para enfatizar las palabras.

—¿Quién era él? —preguntó Brackett.

La mujer giró la cabeza de un lado a otro; después elevó el mentón, llevando hacia arriba el labio inferior: parecía una caricatura del desafío. Brackett conocía la especie.

—De acuerdo —le dijo pacientemente—, dígame simplemente qué aspecto tenía. ¿Era joven? ¿Viejo?

—Negro.

Brackett la miró atentamente:

—¿Negro? ¿El desconocido era negro?

Un encogimiento de hombros.

—Usted dijo que era negro —insistió Brackett—. ¿Se refiere al color de su piel? ¿Qué?

La mujer dudó:

—Negro...

—No parece muy segura.

—Negro —insistió con más fuerza—. ¿No son todos ellos negros?

—¿Quiénes son todos negros?

Silencio. Brackett la miró. Encendió un cigarrillo para entretenerse con algo y arrojó el fósforo en el lavatorio.

—¿Yo soy negro? —le preguntó indiferente—. ¿Diría usted que yo lo soy?

Otro encogimiento de hombros. La escena le recordaba a Brackett las charadas infantiles, cuando el vástago de la familia (invariablemente apodado *¿Qué te sucede, querido?*) no desea continuar jugando.

—Mire —dijo Brackett—, debo encontrarlo donde sea. Quédese aquí y no le sucederá nada. Ponga llave a la puerta.

Brackett recogió las ropas de la mujer y se las dejó en el regazo, agregando:

—¿Sabe adónde fueron?

—No...

—¿No les escuchó decir nada?

—No.

—Muchas gracias —dijo Brackett y se dirigió a la puerta.

—Por curiosidad, ¿cómo se llama?

—Norma Wheatley.

—¿Conocía bien a Loomis, Norma?

No obtuvo respuesta. Tampoco la necesitaba.

—Correcto. Simplemente dígame... no conoce a una chica llamada Mary Malewski, ¿verdad?

La mujer negó con un movimiento de cabeza y volvió a temblar. Brackett se detuvo y la observó lo mismo que a toda la vulgaridad que lo rodeaba. Hazme caso, Walter, debemos imprimir nuestras tarjetas en relieve. En bastardilla en relieve. Impresionará a nuestros clientes.

—Siento haberla lastimado —se disculpó Brackett y salió, pues la mujer comenzaba a vomitar con la cabeza entre las piernas, ensuciando las baldosas color rosa y azul.

El anciano que atendía el escritorio preguntó a Brackett si era policía; este le respondió que no, pero que igualmente deseaba que le respondiera a su pregunta y que no tenía más que veinte dólares para gastar.

—Un Plymouth azul.

—¿Ese es el coche de Loomis?

—Bueno, al menos llegó en él.

—¿Conducía Loomis o lo hacía el otro hombre?

—¿Quién le dijo que había otro hombre?

—¿Usted no vio a nadie más?

—Yo vi solamente a Loomis. No le presté mucha atención.

—Bien, tampoco sabrá en qué dirección se alejó, ¿verdad?

—¿Hacia dónde fue?

—Sí. ¿Derecha? ¿Izquierda?

—Ni a la derecha ni a la izquierda, señor. Solamente cruzaron la calle.

Brackett miró azorado a través de la ventana de la oficina.

—¿Adónde?

—¿Qué quiere decir con... adónde? Al lavadero de coches. ¿Qué otra cosa hay enfrente?

Pese a que salió corriendo, Brackett sabía que llegaría demasiado tarde. Veía a los curiosos en la parte alta de la rampa, y cuando se abrió paso a empujones, haciendo oídos sordos a los gritos, pudo ver el Plymouth azul y presintió que Loomis estaba adentro. La carrocería destrozada, la radio todavía encendida y los cristales transformados en pequeñas partículas; y debajo del coche el fluir lento de jabón y espuma, del color de un flamenco.

—¿Quién murió? —preguntaba una mujer.

Brackett alcanzó a oír que alguien respondía que no lo sabía, mientras caminaba hacia la baranda de metal, dando la espalda al Plymouth. Uno de los empleados del garaje se le acercó, le ofreció un cigarrillo y le dijo:

—Jesús, qué embrollo. ¿Lo vio?

Brackett observó los rostros a la entrada del sótano; después preguntó:

—¿De qué color es?

—¿De qué color?

—Quiero saber si el hombre es blanco o negro.

—Blanco. Lo que queda de él. Qué pregunta tan tonta la suya.

—¿Vio a alguien más en el auto cuando llegó?

—No. ¿Por qué? ¿Es usted policía?

—No.

—Ni siquiera vi el coche. ¿Quién los mira?

Alguien más preguntó si habían llamado a la policía, pero no fue necesario responderle, pues Brackett ya oía las sirenas que advertían la llegada de los patrulleros desde el sur.

—¿Algún lugar cercano —dijo—, donde pueda tomar un trago...?

Cuando Brackett regresó una hora después, el sótano del garaje había sido invadido. Hacía calor y el sistema de ventilación era insuficiente. Alrededor del lavadero de coches había cerca de treinta personas, entre detectives, taquígrafos, fotógrafos, oficiales del laboratorio de la policía, un médico forense, tres agentes patrulleros, un representante del Fiscal del Distrito, empleados del garaje, curiosos y el cadáver de Loomis que yacía en el asiento delantero del Plymouth con quemaduras de pólvora en lo que quedaba de su boca.

Cerca de la oficina, el dueño trataba de obtener una indemnización por la maquinaria arruinada en su lavadero automático, y le aconsejaban que lo

pidiera por escrito. En el rincón más alejado, sentado en la única silla disponible, había un hombre alto y delgado (Simmons) que observaba todo con innegable frustración, sentimiento bien disculpable, por cierto.

Se interrogaba a los presentes pero no en un orden prefijado. No había camareros sirviendo (bandeja en ristre) a los distintos invitados. Solamente preguntas y respuestas, nada más.

Pedantemente:

—¿A qué hora llegó?

—Ya se lo dije, no lo vi llegar.

—¿Vio llegar el coche?

—Sí. Vi llegar el coche.

—Entonces, ¿a qué hora llegó el coche?

—Las dos en punto, o dos y cuarto.

—¿Qué hora?

—Dos en punto.

—¿Por qué no las dos y cuarto?

—Correcto, dos y cuarto.

—No trate de ponerse de acuerdo conmigo. ¿Qué hora?

—Dos y cinco.

Como sin dar importancia a las cosas:

—Usted debía estar muy atareada, lo comprendo. Pero ¿no es lo normal que los clientes compren un boleto primero?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿por qué este no lo hizo?

—Bueno, yo...

—¿Miss...?

—Della Fici.

—Miss Della Fici. Un nombre bonito. ¿Por qué no lo advirtió?

—No estábamos ocupados, en realidad no.

—Entonces, ¿qué estaba usted haciendo?

—Estaba...

—¿Estaba usted ahí adentro?

—Bueno... no me di cuenta.

—¿No alcanzó a oír el motor de un coche desde allí?

—Realmente no.

—No se sienta molesta, Miss Della Fici, es una función de rutina.

Académicamente:

—Charlie... ¿quieres algunas fotos del asiento trasero?

—¿Por qué? ¿Qué hay en el asiento trasero? —La otra mitad de la cabeza.

Preguntas. Simmons levantó la vista y divisó a Brackett. Caminó hasta el otro extremo del sótano, pisando cuidadosamente sobre trozos de jabón, hasta que llegó junto a Brackett.

—Discúlpeme... ¿Conocía usted a Loomis? ¿Al hombre muerto?

Brackett se volvió sorprendido.

—Solo le estoy preguntando —Simmons sonreía levemente—, porque usted no parece un simple curioso.

—Nos vimos esta mañana.

—¿No me diga? ¿Dónde?

—En la morgue.

Simmons levantó las cejas, sonrió nuevamente, después buscó algo en una libreta de notas.

—Bien, eso lo convierte a usted en el sargento Henderson o en Walter Brackett. Como no es el sargento Henderson, pues él es más gordo y he estado conversando con él hace media hora, usted es Walter Brackett, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Venga y siéntese, Brackett. Soy el teniente Simmons. Aquí está mi placa.

Brackett no dijo una sola palabra. Se limitó a observar al detective, advirtiéndole su vanidad por el brillo de los zapatos y el cabello engominado. Ambos se sentaron en un estante bajo, sobre unos tambores de aceite. Preguntas.

—¿Qué lo trae por aquí, Brackett?... ¿Asquerosa curiosidad?

—¿Cree usted eso?

—Si lo creyera, usted se encontraría del otro lado de las barreras, como todas esas criaturas que nos miran desde allá. Así que, ¿por qué está usted aquí?

—Loomis me llamó.

—¿Sí? ¿Qué quería?

—No sé. Cuando llegué estaba muerto.

—¿Es eso cierto?

Brackett observó a Simmons, quien se recostaba con cuidado para que su traje no tocara la pared del garaje.

—¿Soy sospechoso? —preguntó Brackett.

—Por supuesto, Brackett.

Era un golpe bajo y Simmons sonrió, apenas un ensanchamiento de la boca. Después añadió:

—Igual que doscientos millones de personas. Cuando no sabemos quién es el culpable, *todos* son culpables. ¿No opina usted así?

—No —dijo Brackett.

Simmons lo miró. Cerca de ellos, Johanssen conversaba con un reportero.

—Oh, claro, me olvidaba. Usted es un no sé qué privado ¿no es cierto?

—Sigo disintiendo con usted.

—De todos modos, Brackett, sigue bajo sospecha, así que reduzca el número en mi favor.

—¿Los doscientos millones?

—Los doscientos millones.

Brackett dudó.

—No sea tímido, Brackett —dijo Simmons—, soy suficientemente humilde como para escuchar la voz de la... experiencia.

No se trataba de una alabanza y Brackett lo sabía.

—Bien. Primero: salvo que el asesino tenga un *jet* particular, todavía debe estar en la zona. Esto excluye los millones. Segundo, se trata de un hombre. Eso excluye los miles. Tercero, es negro. Esto excluye los cientos. Cuarto, es un profesional, no un asesino aficionado, esto excluye a las decenas. Y *quintísimo*: desde el momento que se trata de un profesional, es seguro que tenga prontuario por una u otra causa. Eso quiere decir que usted tiene sus huellas digitales registradas. Lo que significa que si busca huellas desde el Plymouth hasta la habitación 41 del Motel «Estacione y descanse», encontrará las que coincidan. Todo lo antedicho excluye las unidades y lo lleva a usted de doscientos millones a un solo hombre. ¿Algo más?

Simmons levantó lentamente la cabeza y miró a Brackett. De improviso sonrió.

—Bien, bien... ¿le parece tan sencillo?

—No. Pero usted me hizo una pregunta y se la respondí.

—Seguro. Dígame, ¿dónde se encontraba cuando vio el asesinato?

—No lo vi.

—¿Oh? Entonces, ¿indudablemente vio al asesino?

—No.

—Entonces, Brackett, deberé devolver mi placa porque me encuentro completamente a oscuras y odio pensar que los ciudadanos de San Francisco paguen impuestos para mantener a un incompetente como yo. Es casi un caso de extorsión.

Brackett lo miró:

—Hay una mujer en la habitación 41. Se llama Norma Wheatley. *Ella* vio al asesino.

—No había nadie en la habitación 41 cuando llegamos.

—La mujer estaba hace una hora.

—Bien, ahora ya no está.

—Pero ya le dije su nombre. Todo lo que tiene que hacer es buscarla y...

—¿Eso es todo?

Brackett se volvió irritado hacia Simmons:

—Ahora escúcheme...

—No. *Usted* escúcheme, Brackett —dijo Simmons en voz baja—. ¿Ve a ese hombre allá?

Otro golpe bajo, pero obligó a Brackett a mirar al otro extremo del sótano.

—¿Cuál? —preguntó, controlando sus impulsos. Simmons señaló a un hombre pequeño, delgado, que estaba de pie junto a una de las columnas de concreto. Permanecía aislado y observaba los procedimientos con una expresión de desilusión que iba en aumento, como el aire que escapa de un globo pinchado. Totalmente insignificante.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Brackett.

—Agradezca que no está hablando con él.

—¿Por qué? ¿Quién es?

—Trabaja en Estupefacientes.

—¿Narcóticos?

—Es usted un chico inteligente, Brackett —dijo Simmons como si le hablara a un perro a quien se enseña a sentarse—. Narcóticos.

Simmons no añadió detalles, ni era necesario. Brackett comprendió perfectamente, o al menos valoró el motivo por el que la muerte de Loomis obligaba a las altas jerarquías policiales a conducir la investigación. Si bien Brackett nunca se había visto directamente mezclado con un caso de tráfico de drogas (la imagen elegante de «drogas» no pertenecía a su generación), había visto las películas y leído los libros como cualquier persona consciente. Loomis —Brackett lo comprobaría más tarde— había sido el chivo emisario, un correo, alguien a quien se debía mantener vivo hasta que se descubriera quién pagaba y por qué. Ahora que estaba muerto, era el viejo etcétera y Brackett aceptaba las cosas como un simple panorama. Para él, un posible cliente había sido asesinado. Eso era lo que contaba. El rompecabezas, Harry. La permanente esperanza de buscar y encontrar.

—Brackett, en cierta forma coincido con usted.

Simmons volvía a hablar. El de Estupefacientes desapareció como un tramoyista entre uno y otro acto.

—¿Qué? —dijo Brackett volviendo a prestarle atención. A su derecha, Johanssen posaba para un fotógrafo de «Chronicle».

—Le digo que concuerdo con usted. Un poco.

Simmons sonrió, una sonrisa vacía, y pasó el dedo índice de la mano derecha por una de sus cejas.

—Concuerdo —continuó—, en que quienquiera haya matado a Loomis era un profesional; pero si es un asesino a sueldo o si trabaja por su cuenta, es otro asunto. Lo que es indudable es que conocía bien a Loomis para poder acercársele tanto. Pero no es un aficionado. Un aficionado no tendría tanta confianza en sí mismo como para llevar a cabo un trabajo como este. No hubiera corrido el riesgo. Habría disparado contra el pájaro en la habitación del motel y lo habríamos aprehendido antes de que se alejara unos pocos kilómetros. Pero este sujeto no temía matar. Encuentra placer en el peligro, y un aficionado no coloca el arma en la boca de su víctima a menos que esté enfermo. Así que un punto a su favor, Brackett. Pero no debe andar diciendo cosas o culpando a los pobres negros. Eso desprestigia a la policía...

—Ella dijo que era negro.

—¿Quién lo dijo?

—La mujer que estaba en el motel.

—Si es que existe.

—Existe. Yo la vi.

—Pero nadie más.

—Es un *motel*, teniente, no una sala de espera...

—Comprendo la diferencia, soy un hombre grande. Pero lo cierto es que (y estamos hablando de *hechos*) nadie más que usted la vio.

—Y Loomis...

—Está muerto.

—Y el hombre que lo mató. Él también la vio y si ustedes no localizan a Norma Wheatley en seguida también *ella* estará muerta.

Un silencio. Brackett advirtió que los demás tenían la vista fija en él; Simmons cruzó una pierna cuidadosamente, aspiró su cigarrillo y finalmente dijo:

—Está bien, Brackett. Digamos que la mujer existe.

—Existe.

—Pero ¿cómo puede estar seguro de que no le mintió?

—¿Por qué habría de hacerlo?

—¿Por qué no habría de hacerlo? Hay infinidad de personas en este maldito país que se sentirían sumamente felices de quemar a cuanto negro ha nacido. Por eso.

—Esa mujer no tenía motivos...

—¡Quién diablos está hablando de *motivos*! Ahora dígame solamente esto... ¿sinceramente cree que le decía la verdad?

Brackett dudó, después negó con un movimiento de cabeza. Debía admitirlo. No.

—Creo que no sabía lo que decía —respondió—. No, no creo que dijera la verdad.

Brackett miró a lo lejos. Deseaba alejarse, pero sentía que debía permanecer donde estaba, sin poder precisar los motivos que lo impulsaban a hacerlo. Se sentía nervioso, descentrado. O más exactamente, aunque se resistía a admitirlo, sentía que el caso superaba sus propios alcances.

—Brackett... —dijo Simmons después de unos instantes, manteniéndose de perfil—. Digamos que Norma Wheatley estaba en lo cierto. Pensemos que cuanto usted nos dijo es la verdad. *Usted* no mentía y *ella* tampoco. Ahora bien, le hice una pregunta hace unos instantes y usted la respondió. Ahora la responderé yo.

Brackett miró cautelosamente a Simmons.

—¿Qué pruebas tenemos? —continuó Simmons en un tono de voz en el que los maestros acostumbran a hablar a los retardados—, ¿qué pruebas tenemos de que sea el mismo hombre el que entró en la habitación del motel y el que estaba en el Plymouth? Nadie, incluyendo al viejo del motel, nadie vio a persona alguna en el coche, salvo Loomis.

—Estaba escondido en el piso.

—Pero ¿se trataba de la misma persona? ¿Tiene usted la prueba?

—Por supuesto que no. Todo cuanto puedo decirle es que es probable.

—Exacto. Probable, nada más y eso no nos basta para comenzar la investigación. Así que estamos otra vez en los cientos. Ni siquiera en las decenas. En las centenas. Y además, si se trata de un profesional —y ambos coincidimos en que es muy probable— no debió dejar sus huellas en ninguna parte. Ni en este Plymouth ni en la habitación del motel. En ninguna parte. Este muchacho es tan inteligente que habrá limpiado hasta el grifo antes de salir del retrete. Lo antedicho nos vuelve a los millares, ¿verdad? Entonces, que Dios nos ayude si es que ha conseguido eludir todos los controles que le hemos puesto en el camino y está en un *jet* de T. W. A. volando sobre las Sierras en este preciso instante. Entonces... otra vez estamos en los millones.

Después de una pausa, Simmons añadió tranquilamente:

—No tenemos todo tan claro, ¿verdad Brackett?

El hombre que estaba de pie sobre la baranda del *Harbor Queen ferry*, contemplaba las casas de Sausalito que se alejaban y esperó hasta que el barco estuviera en el centro de la bahía. Después de asegurarse de que estaba solo, sacó el arma que llevaba escondida en un calcetín, dentro del bolsillo interior, se inclinó sobre la borda y abrió las manos. Observó cómo el pesado fardo golpeaba en la superficie del agua y desaparecía. Entonces regresó a su mesa bajo el techo de vidrio, terminó la cerveza y pidió otra. Solo una botella, Baby.

Brackett se detuvo junto a las puertas abiertas del Plymouth. Había visto de pasada el cuerpo de Loomis y le bastaba. La muerte era una odiosa aberración para la vida de cualquiera, incluso cuando ocurría mientras se descansaba bien arropado contra las almohadas, los nietos rodeando la cama, o en el campo de batalla bajo los estandartes de la patria. No es ni bendita ni heroica ni ninguno de los ridículos adjetivos que los piadosos seres vivientes proclaman desde el púlpito, o alaban en sonetos, o en los tardíos panegíricos del occiso. La muerte es simplemente la terminación de la vida, y si Loomis (y ya estaba oficialmente confirmado) creía que el hecho de colocar el caño de una 38 en su boca y desparramarle los sesos contra el vinílico *beige* del Plymouth, era simplemente *un juego*, que Dios lo ayudara, pues Brackett ya no podía hacerlo.

—Llérelo, Brackett, porque nadie más lo hará. Cuando el Estado le provea de un ataúd, probablemente le robarán las manijas.

Brackett no hizo comentario alguno, se limitó a observar el agua y jabón, blancos y carmesíes, que eran llevados hacia el desagüe.

—Hemos enviado un aviso de captura de Norma Wheatley —dijo Simmons—. La encontraremos. Los drogadictos son los más fáciles.

Brackett se volvió y comenzó a alejarse cuando Simmons se le paró delante.

—Manténgase alejado de esto —le advirtió de forma que no necesitaba explicaciones—. El caso es nuestro.

—¿En serio? —preguntó Brackett—, ¿qué van a hacer? ¿Me retirarán la licencia? No puede tocarme, teniente, excepto que haga algo ilegal.

—Las leyes son muy amplias, Brackett. Se sorprendería si viera todo lo que podemos conseguir de ellas.

—Ya lo sé. Las conozco.

Siguió caminando, pero Simmons se movió con énfasis y nuevamente le cerró el paso.

—Brackett... ¿qué significaba Loomis para usted?

—Nada. Solamente lo conocí esta mañana.

—Una coincidencia.

—Si le parece...

Simmons sonrió y le dijo:

—Oh... dígame, ¿alguna vez añora su tierra y desea volver a Inglaterra?

—De vez en cuando.

—No se sienta nostálgico sin que nosotros lo sepamos, ¿de acuerdo?

Simmons hizo un guiño falto de toda afabilidad y se alejó, mezclándose en la multitud, hasta que se perdió de vista. Brackett no se movió durante unos minutos, hasta que tomó conciencia de las voces y el humo. La gente pasaba junto a él abriéndose paso a empujones, apresurándose para alcanzar la salida y respirar el aire frío de la calle. Cuando llegaba a la rampa escuchó que alguien lo llamaba por su nombre. Brackett no prestó atención al llamado y quiso cruzar las barreras, pero Johanssen lo alcanzó.

—¡Walter! No dispaes.

—Lláname en otro momento, Herb, tengo prisa. —Pero quería invitarte a comer a casa. Mi esposa está ansiosa por verte.

Brackett se detuvo y miró a Johanssen.

—Lo siento, Herb. No pretendía... Otra vez será. ¿De acuerdo? Y saluda a Hilary de mi parte.

—¿Hilary? —repitió Johanssen, asombrado.

—¿Tu esposa no se llama Hilary?

—No. Virginia. Me divorcié de Hilary hace cuatro años.

—Oh. Entonces dale mis saludos a Virginia.

Brackett sonrió y continuó caminando hacia la salida. Cuando llegó al Buick, Johanssen lo alcanzó. Su rostro revelaba ansiedad.

—Walter... ¿te sientes bien?

—Estoy bien...

—Si se trata de Simmons, no te preocupes. Deberías oírlo cuando me habla a mí.

—Te van a atropellar, Herb.

Johanssen miró sorprendido alrededor y rápidamente subió a la acera.

—¿Tienes algo en mente, Walter? —preguntó al asumir su pose de autoridad una vez más, como para la tapa de «Time».

Brackett estudió la entrada del lavadero de coches, después el motel y dijo:

—Se trata de un trabajo que rechacé hace dos meses. Acabo de decidirme a aceptarlo.

—Oh, bueno, me parece bien, Walter.

Brackett abrió la puerta del coche, advirtió la expresión de Johanssen y añadió:

—Está bien. No andaré detrás de ustedes. Simplemente se trata de una niña que me pidió que encontrara a su padre. He decidido hacerlo.

—Oh —dijo Johanssen con evidente alivio—, bien, si hay algo en lo que pueda ayudarte. Cualquier cosa. Recuerdo cómo me ayudaste en el pasado...

—Herb, hay algo.

—No tienes más que pedírmelo, Walter.

—¿Recuerdas la jovencita que mataron en el choque, anoche?

Johanssen dudó.

—Bien... no me encontraba allí, Walter.

—Ya lo sé. Pero ¿a dónde llevaron el coche?

—Depende. Si se trata de encontrar algo en él, o si es robado, o lo que sea, probablemente estará en el corralón municipal, que queda en la esquina de Battery y Lingfield.

—El que está cerca del muelle, ¿verdad?

—Sí. Por ahí. Pero necesitarás un pase.

—Seguro. ¿Puedes dármelo?

Esta vez, Johanssen casi trastabilló.

—Bueno... Me agradaría complacerte... Walter. Pero realmente no es...

—Está bien, Herb —dijo Brackett.

—No deseo manchar mi foja de servicios. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Comprendo, Herb.

—Es decir, cualquier otra cosa...

—Ya te dije que comprendía, Herb. Saludos a Virginia de mi parte. ¿De acuerdo?

Johanssen asintió. Brackett sonrió, lo palmeó en el hombro y dijo:

—¿Un teléfono? ¿Hay alguno cerca?

—En el garaje.

—Prefiero no volver a entrar.

—Entonces hay uno en aquel negocio.

Señaló una fiambrería cercana al motel.

—Gracias, Herb —dijo Brackett. Otra vez lo palmeó y se alejó. Johanssen lo siguió con la vista hasta que entró en la fiambrería, después se arregló la corbata y regresó al lavadero de coches y a los reporteros.

La fiambrería estaba casi tan llena como el sótano del garaje, aunque nadie parecía comprar nada, pese a la tentadora lista de la vidriera. La mayoría de la gente estaba junto al mostrador, comentando el drama acaecido al otro lado de la calle y preguntándose a dónde iría a parar el mundo. Brackett debió gritar para pedir el teléfono y para que le indicaran dónde estaba, y una voz proveniente del barullo le explicó que estaba en el rincón y que podía usarlo.

—Gracias —dijo Brackett, mientras se detenía a admirar ese negocio, que Liebermann envidiaría; después levantó el tubo y disco. Le respondió una voz de mujer, cautelosa y sin aliento.

—¿Hola?

—¿Miriam? —dijo Brackett—. Soy Walter Brackett.

—¡Walter! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y los chicos?

—Bien. ¿Cuándo te veremos?

—Pronto. Pronto. ¿Está Sidney en casa?

—¿Sidney? No, salió.

—¿Está de guardia hoy?

—No. Anoche. Hoy tiene libre.

—¿Cuándo crees que regresará?

—Dijo que volvería enseguida. Pero eso fue hace tres horas.

—Pero ¿esperas que regrese?

—En cualquier momento. Tú conoces a Sidney.

—Bien, cuando regrese, ¿quieres decirle que se encuentre conmigo en el corralón municipal de Lingfield y Battery, digamos a las seis en punto?

—¿Dónde?

—En el corralón municipal, Miriam. Lingfield y Battery. ¿Puedes hacerme este favor? Es muy importante.

—Seguro, Walter. Pero...

—A las seis en punto, Miriam. Hasta pronto.

Brackett dejó el tubo y miró al frente. Se sentía extrañamente excitado al comprender, de improviso, lo que estaba haciendo. No sabía exactamente lo que estaba buscando, ni si encontraría algo. Solamente tenía la certeza de haber dado el primer paso, y en la dirección indicada.

—Gracias —dijo al hombre que permanecía detrás del mostrador, entregándole una moneda de diez centavos por el teléfono.

—¿Usted también es detective?

—En cierto modo sí —dijo Brackett.

—Él solía entrar en mi negocio.

—¿Quién?

—El hombre que mataron. El del motel.

Brackett lo miró y después le preguntó:

—¿Estaba solo? ¿Cuándo venía?

—Siempre. *Siempre*. Dos atados de Bordens, una jarra de Maxwell. Aquí tomaba sus Cocas y una chuleta con *whisky*. A veces pastrami, pero habitualmente una chuleta.

—¿Alguna vez habló de algo?

—Nunca. Lo que fue una bendición.

Brackett se encaminó hacia las hileras de sándwiches.

—¿Nunca vio a nadie con él? —preguntó.

—A nadie. Nunca. Ya se lo dije a sus jefes.

—Gracias —dijo Brackett y comenzó a abrirse camino para alejarse del mostrador. De pronto se volvió, presa de un pensamiento repentino:

—Él no estuvo aquí esta mañana, ¿verdad?

El hombre estudió el cielorraso en una acción refleja, la cabeza en ángulo y respondió:

—No. Todo el mundo estuvo, pero él no. Lo siento.

—No importa —dijo Brackett encogiéndose de hombros— no estoy a cargo de este caso.

Cuando salió a la calle se detuvo unos instantes junto a la vidriera, mirando abstraído los posters, las listas de sándwiches, y el motel de enfrente que se reflejaba en el vidrio. Las barreras policiales seguían allí, en toda la zona.

Brackett se estremeció. Regresó al Buick, lo puso en marcha y se alejó del lugar. Cuando giraba el coche para tomar el carril opuesto, vio otra vez las luces giratorias, la ambulancia, los autos policiales, y advirtió que solo eran las cuatro y veintitrés de la tarde. Y había sol.

Ni siquiera los amparaba la dignidad de la oscuridad.

SEIS

SE TRATABA de un Toyota. Para ser más exactos, un Toyota Crown Custom Estate, color mostaza, que actualmente yacía como un insecto pisoteado en un rincón del corralón municipal.

Brackett caminó alrededor del coche (a una distancia de doce metros en el salón de exposición, aquí apenas a nueve metros) bajó la antena trasera y comprendió con toda claridad que sus especulaciones (aceptables en el papel) eran erróneas. Incluso había llegado a pensar que Loomis no era un peatón sino otro pasajero del coche chocado, y eso era lo que había escrito. Hasta había pensado que Loomis podía haber sido el conductor. Que Loomis viajaba sentado junto a la joven, que ambos se conocían y que Loomis había mentido por... un millón de razones. Había sentido terror; había temido una acusación de homicidio. Cualquier cosa.

Pero Brackett se había equivocado y no tenía justificación. Caminando alrededor del coche otra vez, comprobó que si Loomis hubiera sido un pasajero, no habría salido del automóvil con vida, porque la puerta se había trabado; lo habría cazado como a una almeja, lo habría apretado, y lo habrían encontrado sentado en su asiento, con el parlante estéreo sobre el regazo, y ese hubiera sido su fin.

Por otro lado, si Loomis hubiera sido el conductor y viajara detrás del volante, al chocar habría salido despedido por el cristal delantero, mientras que ese privilegio estaba reservado exclusivamente a una niña de catorce años, (catorce, de acuerdo con una escueta nota del diario de Brackett), llamada Mary Malewski. La conclusión inevitable, por lo tanto, era que la joven viajaba sola, conducía ella misma el coche y había muerto por su culpa, y Loomis había sido un simple testigo, como alegaba ser. Era lamentable, pero era la realidad. Si Brackett pudiera encontrar cualquier conexión allí mismo, en el choque de un coche de seis cilindros, podría hallar un común denominador, al margen de una mera coincidencia.

Descorazonado, pero aún estoicamente optimista, regresó caminando junto al subinspector Sidney y Horowitz, un amigo desde los días de Eisenhower, quien accedía a sus pedidos (el pase para entrar al corralón había sido uno de ellos), según sospechaba Brackett, más por simpatía, que por otro sentimiento. Horowitz no había sido exactamente el padrino de boda de Brackett, sino su rival.

—Sidney, ¿cuándo dijiste que robaron el coche? —preguntó Brackett, observando la parte trasera del Toyota, que estaba intacta, y las placas de California.

—Anoche.

—¿El dueño dijo que fue anoche?

—Sí. Anoche.

—¿El dueño identificó el coche?

—Sí.

—¿Vino personalmente hasta aquí, o se lo describiste por teléfono?

—Lo llamamos por teléfono. ¿Qué necesidad teníamos de verlo?

—¿No sabía quién se lo había robado?

—No.

Horowitz comenzaba a perder la paciencia. Estaba resfriado, no había comido y prefería hacer preguntas, no responderlas, especialmente a alguien como Brackett, a quien alguna vez comparó con un edificio declarado oficialmente inhabitable. Porque —la opinión era de Brackett— debía soportar los insultos de amigos a quienes jamás conocería. Pero la comparación le había agradado.

El corralón resultaba un escenario incongruente. Una torta surrealista de cromados y colores. Coches apilados sobre camiones y otros coches. Una avenida de raquítricos olmos, a la izquierda, descendía hasta los muelles. Un cielo de ostras. La torre de Coit Tower. Frente a todo ello, los dos hombres. Uno (delgado, calvo) caminando de un lado a otro; ya se acercaba al coche blanco y negro que esperaba junto a los portones, ya se alejaba de él. El otro, vistiendo un traje diseñado veinte años atrás, inmóvil, elevaba y bajaba el tono de su voz: un *crescendo* de preguntas, en relación directa con la distancia a la que se encontrase su interlocutor. Gritos de los chicos que jugaban en un terreno baldío; los ruidos de un carguero en el agua, debajo.

—¿Denunció el robo? —gritó Brackett al acercarse Horowitz a los portones.

—¿Quién?

—El dueño. ¿Informó que le faltaba el coche? Anoche, digamos.

—Bueno, no.

—¿Qué?

—Dije que no.

—¿Quieres decir que no sabía que le habían robado el coche hasta que se lo dijo la policía? —Sí.

—¿No es extraño? Quiero decir... que no hiciera la denuncia...

—En realidad, no. Puede ser que no haya necesitado el coche.

—Pero míralo de esta manera. ¿Cómo podía dejar de notar la falta? Tiene el mismo color que un canario y el tamaño de un tanque Shermann.

—Walter... ¿qué esperas que haga? Tal vez no miró por la ventana de su casa.

Posible, pero nada más.

—¿Cómo se llama? —preguntó Brackett.

—¿Quién?

—Sidney, ¿quieres dejar de pasear y escucharme? Deseo saber su nombre.

Horowitz dudó, tensó los labios, y una expresión cautelosa, familiar, apareció en su rostro. No demostraba renuencia a responder, simplemente una natural precaución. Brackett esperó mientras Horowitz echaba una mirada a su coche, oyendo el parloteo de los policías en el parlante. Finalmente dijo:

—Plomer.

—¿Es el nombre o la profesión?

—Nombre. Robert Plomer. P-l-o-...

—Escríbelo y pon al lado la dirección.

—Escucha, Walter...

—Lo mismo puedo hallarla en la guía telefónica, Sidney.

Una pausa.

—Vive en Pacific Avenue —dijo Horowitz, escribiendo la dirección.

—Impresionante —dijo Brackett y verdaderamente lo era.

—¿Es todo, Walter? Porque en cualquier momento alguien va a preguntar dónde me encuentro y no deseo que sea Simmons quien lo haga.

—Una cosa más. ¿Este Plomer, sabía de la chica? Quiero decir, ¿le hablaste de ello?

—Teníamos que hacerlo. Podía conocerla.

—¿La conocía?

—¿Qué?

—¿Sabía quién era?

—Dijo que no.

—Sidney... ¿qué quieres decir con *dijo* que no?

—No. Ene-O. Dijo que no, que no conocía a una chica llamada Mary Malewski. Y le creí.

Brackett observó a Horowitz y después guardó el trozo de papel en su billetera.

—Gracias.

Horowitz se encogió de hombros:

—Lo que no alcanzo a comprender, Walter, es... ¿qué interés tienes en el caso?

Brackett chasqueó la lengua.

—Sidney... ¿alguna vez te pregunté cuáles eran tus razones?

—No, pero...

—Sidney, digamos, simplemente, que no me agradan los cabos sueltos.

—Sabes que soy responsable ante Simmons.

—Ya lo sé —dijo Brackett—. Y te lo agradezco.

—Por lo tanto... Oh, maldición, Walter; eres imposible.

—Bueno, como dicen comúnmente, Sidney, lo imposible toma más tiempo. Y yo dispongo de todo el tiempo del mundo.

Horowitz sonrió, después hizo un guiño y finalmente rio y abrazó a Brackett:

—Mierda, nunca cambiarás.

—No —dijo Brackett—, ni siquiera mi traje.

Horowitz se alejó, miró a Brackett y movió la cabeza con una mezcla de desconcierto y afecto.

—Bueno, suerte. Pero desde ya te advierto que hay muchísimos Malewski en este país. Sobre todo en Nueva York.

—¿A alguno se le perdió una hija? —preguntó Brackett.

—Pues sí —respondió Horowitz, elevando los ojos al cielo—. A uno. Y está, entre los cuarenta y cinco y los sesenta años de edad. Se llama Ruth y la última vez que la vieron estaba sentada en un Greyhound camino a Grossinger.

—¿Dónde queda Grossinger?

—En los Catskills, estúpido. ¿Dónde has estado?

Brackett agitó las manos en señal de mofa.

—¿Y eso es todo? ¿Ningún otro Malewski?

—Ninguno, Walter.

—¿*Nadie* denunció la falta de una persona por aquí cerca? Un coche es una cosa, pero una hija de catorce años es algo muy distinto.

—Walter —dijo Horowitz con paciencia paternal—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en la sección de Personas Perdidas?

—Ni me lo preguntes.

—Visítala la próxima semana. Simplemente ve y mira porque no lo creerás. Hoy en día, la gente pierde los chicos como los gemelos de sus camisas. Algunos de seis, siete u ocho años. Ve y compruébalo.

—Te creo, Sidney.

Horowitz sonrió fríamente, se encogió de hombros desesperadamente, miró al Toyota largo rato. Brackett lo observaba y podía seguir sus pensamientos.

—Pobre muchachita estúpida —dijo Horowitz y regresó al coche. Brackett lo oyó arrancar, girar y alejarse, vio cómo titilaban las luces de los frenos al llegar a la esquina y desaparecer.

Brackett regresó lentamente junto al Toyota y pasó su mano por las ventanas laterales, recogiendo los trozos de vidrio que habían quedado incrustados en la franja de cromo, y después, en forma casi inconsciente, movió la manija de la puerta que la jovencita había tocado, abrió la puerta que la niña había abierto, como si de alguna manera idiota pudiera obtener una respuesta. La puerta no ofreció resistencia al ceder la cerradura, tiró de la manija y Brackett inmediatamente escuchó un grito.

No se había equivocado. Un grito rasgó el aire, un solo grito agudo que salía de dentro del coche desafiándolo a que entrara. Azorado, Brackett soltó la puerta que se cerró sola y todo permaneció en silencio. El eco seguía en el aire alterando los nervios de Brackett, pero el grito se había apagado.

Brackett observó la puerta con atención y cautelosamente repitió la operación. La puerta se abrió una vez más para dejar los asientos vacíos a la vista, el sonido reapareció, no humano sino electrónico, y una voz le dijo:

Es la alarma.

Brackett miró alrededor y se encontró frente a frente con un muchacho de unos diecisiete años, vestido con un overol verde manchado de grasa, apoyado sonriente, en la parte trasera del coche.

—¿Qué dijo usted? —preguntó Brackett, tratando de estabilizar rápidamente sus reacciones emocionales.

Dije que se trata de la alarma. Lo asustó, ¿verdad?

Un poco.

El muchacho sonrió nuevamente. Brackett comprendió que ya no bromeaba.

—Mire, cuando se abre la puerta, con la llave aún en el contacto, suena la alarma. Eso le recuerda que no debe olvidar la llave. ¿Nunca lo había observado anteriormente?

—No exactamente —respondió Brackett—. No estoy muy familiarizado con estos modelos modernos.

Trató de sonreír, hizo un gesto vago señalando su propio coche, como si eso lo explicara todo, y después espió por los cristales del Toyota y vio la llave que brillaba en el contacto. Observado por el muchachito, abrió de nuevo la puerta, reconoció la alarma y se sentó sobre el asiento negro de alto respaldo. Frótate a él, el volante (transformado ahora en una O cursiva), el tablero, el dial y un trozo rasgado de una tela turquesa atrapada en las tenacillas del limpia parabrisas rotó. Brackett lo dejó donde estaba, por el momento; después lo tomó como si se tratara de un cristal, lo mantuvo en la mano, sintió el frío de la seda y lo guardó en el bolsillo. Cabello rubio. Guedejas. Un vestido turquesa. *Siempre sucede lo mismo.*

—¿Es usted policía?

La cabeza del muchacho quedaba enmarcada en el borde liso del parabrisas.

—No —respondió Brackett.

—¿Seguro?

—Sí.

—Es curioso. Siempre reconozco a los policías.

Brackett levantó la vista para ver bien al joven:

—¿Trabajas aquí?

—Uh-huh.

—¿Cómo te llamas?

—Billy Kent. ¿Y usted?

Brackett dejó la pregunta sin respuesta y salió del coche acallando la endemoniada alarma. Era muy fuerte y así lo hizo notar.

—Los coches japoneses son así. Es fantástico que siga sonando.

Brackett estuvo de acuerdo; pero cualquiera fuera el accidente que lo había producido, le estaba agradecido. El viaje hasta Battery y Lingfield no había sido completamente perdido. Quince minutos antes, al ver el Toyota por primera vez, pensó que seguía una pista equivocada. Creyó que Mary Malewski no cabía dentro del esquema mental que se había trazado, y que debería abandonar el caso y regresar a casa. No esperaba un camino claro, pero esperaba algo, pues Brackett no podía olvidar que existía un hecho irrefutable, y que Simmons se fuera al diablo. Loomis deseaba decirle algo y

no precisamente la hora. Todavía podía verlo sentado en el banco, lamentándose por la jovencita muerta; y más importante aún, recordaba ese momento, ese instante que le golpeaba el cerebro, cuando Brackett le preguntó, *¿Me conoce?*

Mary Malewski, de todos modos, era un asunto aparte. Por dos motivos. Primero, una ficha había sido robada por una persona o personas desconocidas. Segundo, Brackett estaba convencido de que las piezas del rompecabezas de que disponía (con o sin el cielo), habían comenzado a tomar forma en ese coche que estaba a su lado, catorce horas antes.

Por eso se volvió hacia el muchacho que estaba recostado contra el alambrado que circundaba el corralón, y miraba el muelle. Brackett se detuvo a su lado y le ofreció un cigarrillo que el joven aceptó, comentando el hecho de que fuera inglés y encendiéndolo como si fuera un explosivo.

—Billy —dijo Brackett en forma indiferente—, este Toyota no es el auto ideal para ser robado en medio de la noche, ¿verdad? Quiero decir, si la llave estaba puesta, quienquiera que abriese la puerta despertaría a medio vecindario.

El muchacho asintió. Correcto.

—Bien —continuó Brackett—, ¿es posible robarlo *sin* la llave?

—¿Un Toyota como este? De ninguna manera. Cada llave está numerada. Como las cajas de seguridad de un Banco, ¿entiende? No digo que *no se pueda* hacer, tratándose de expertos. Pero ¿para qué arriesgarse? Usted puede robar un millón de coches en la décima parte del tiempo.

—El dueño dijo que el coche había sido robado.

El joven se sobresaltó y se volvió para mirar a Brackett, mientras con una mano se retiraba el cabello del rostro.

—Bueno... siempre hay una primera vez, ¿sabe? Pero el tipo que robe semejante coche debe ser muy listo. ¿Correcto?

—Correcto.

—Debe saber de motores. Encendido. Cables. Todo. ¿Correcto?

—Correcto.

—Entonces, si es tan listo, ¿cómo pudo chocar en esa forma? Quiero decir... Jesucristo, mírelo. Es un coche pesado. El hombre debía estar loco para matarse con semejante auto.

—No fue un hombre el que se mató, Billy —dijo Brackett tranquilamente—. Fue una niña de catorce años.

El chico rio inmediata e instintivamente; después advirtió la expresión de Brackett, se sonrojó y finalmente dijo:

—Oh, mierda...

—Está en la morgue, ahora.

—Mierda.

—Dicen que *ella* robó el coche, Billy —añadió Brackett, con la mirada fija en la nuca del muchacho.

—Imposible, señor —el tono de voz era firme, casi desafiante—. Imposible.

Brackett asintió, tocó el brazo del joven y le dejó un billete de diez dólares en el bolsillo. Después caminó lentamente hasta su propio coche que estaba estacionado frente al corralón.

Mr. Robert Plomer, de Pacific Avenue iba a recibir una visita.

SIETE

Autofix, Soldaduras.

Autoline.

Automatic Sprinkler Co. Ltd.

Máquinas vendedoras automáticas.

Automobeales, Ltd.

Autonumis, Ltd.

Autoprine Ltd.

Do.

Autospray, Repuestos.

Autrey, J., Dr.

Autrey, R.

Pasaje otoñal, Ltd.

Flor de otoño, Restaurante.

—Autumn Glades. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—Sí. Creo que tienen ahí un... residente llamado Kemble. Un tal H. Kemble.

—Un momento, señor... ¿Kemble? ¿Puede ser Mr. Harold Kemble?

—Sí. Soy amigo de Mr. Kemble y deseaba simplemente saber cómo está de salud...

—Un momento, señor. Le comunicaré con... ¿Hola? ¿Está todavía en línea? ¿Hola?... ¿Hola?

Para quienes no conocen la ciudad de San Francisco, deseo aclarar que Pacific Avenue es una cinta labrada que corre a todo lo largo de la parte delantera de la ciudad, desde los campos de golf hasta el Centro Bancario, uniendo una distancia aproximada de dos kilómetros. Brackett se acercó a este Parnaso desde Grant Avenue, conduciendo a través de Chinatown, hasta alcanzar el pico de Nob Hill, bajo las sombras del Puente de Golden Gate. Mr. Robert Plomer, pensó Brackett, vivía dentro de esa sombra y seguiría allí toda su vida, incluso si emigraba.

El exterior de la casa no llamaba la atención, cosa que sorprendió a Brackett; tenía dos pisos y era tan original como el empapelado de un motel. Una bicicleta Raleigh estaba abandonada en el césped, con la rueda trasera atascada en el barro, debajo de un eucaliptus. Había varios rosales, una pequeña estatua de yeso, de un querubín con hoyuelos, dos plantas de magnolia (ya sin flores), una ridícula puerta Tudor y un Volkswagen verde. Suponiendo que se trataba de una familia poseedora de dos coches, sin duda el Volkswagen pertenecía a la esposa de Plomer.

Brackett tocó el timbre de la puerta y al oír los primeros acordes de *The Bluebells of Scotland*, comprendió inmediatamente que las posibilidades de encontrar una primera edición de Yeats en la mesa de noche o un salero de Cellini, eran inmensamente remotas. Elegirían los libros por la Guía Literaria, los cuadros por los consejos de la radio y los vinos, sin duda, por los avisos de los diarios. Claro que Brackett no se encontraba allí para criticar sino para obtener una entrevista y partir antes de que oscureciera. Eran ya las seis y cincuenta y cinco, y para algunas personas ya habían comenzado los entretenimientos de los sábados a la noche.

—¿Sí?

Brackett se volvió y su vista chocó con el rostro cetrino de una mujer, a la que catalogó como uno de los tantos filipinos a quienes MacArthur tanto apreciaba, pero quienes, a diferencia del general, no tenían intenciones de regresar a ninguna parte más allá del Muelle de Pescadores.

—Desearía hablar con Mr. Plomer. ¿Se encuentra en casa?

La mujer dudó y Brackett ya podía divisar el lazo que pensaba arrojarle para impedirle la entrada, cuando añadió:

—Se trata del coche robado. El Toyota.

—¿El Toyota?

—Sí. Esta es la mansión de Mr. Plomer, ¿verdad?

Así era, y la mujer condujo a Brackett hasta el *hall*, donde lo abandonó junto a una planta marchita, que parecía necesitar de un trago tanto como el mismo Brackett. Observó la decoración (las paredes blancas adornadas con dibujos caseros hechos por las manos inseguras de un chico), y escuchó cómo se abrían y cerraban puertas; pudo advertir la presencia de otra mujer, presumiblemente la esposa, preparándose un martini; hasta que finalmente se abrió otro par de puertas al final del corredor y un hombre salió del cuarto de estar. Su rostro expresaba la placidez de quien se encuentra a gusto en su hogar. *Ahora bien, ¿quién cree que es usted? ¿No cree que debió telefonear primero? ¿Se da cuenta de que esperamos ínsitas?* La lista de

recriminaciones sería interminable y Brackett decidió detenerlo antes de que comenzara a hablar:

—¿Mr. Plomer, Prefiere que conversemos aquí o delante de su esposa?

La reacción de Plomer fue automática y, en cierto sentido, discreta. Se limitó a mover levemente las manos, a abrir un poco la boca, y nada más. Míster Robert Plomer sería un hombre de alrededor de cuarenta y ocho años, vestía pantalones de corderoy verde, camisa rayada con el cuello abierto y se lo veía tostado por el sol. Indudablemente estaba preparado para el encuentro.

—¿Puedo preguntarle su nombre? —dijo con tranquilidad, como si la pregunta de Brackett nunca hubiera sido formulada.

—Me llamo Walter Brackett.

—No conozco a nadie de la policía que se llame Brackett.

—No sabía, Mr. Plomer, que estaba tan conectado con la policía.

—Soy abogado y tengo amigos allí.

—Yo también —dijo Brackett—, pero no pertenezco a la policía.

Si el instinto de Brackett no fallaba, creyó advertir un movimiento de alivio en los ojos de Plomer.

—¿Trabaja, entonces, para la compañía de seguros?

—No, Mr. Plomer. No pertenezco a la compañía de seguros.

—Bueno, escuche, soy un hombre muy ocupado y además esperamos invitados de un momento a otro...

—No respondió mi primera pregunta.

—No la recuerdo...

—Le pregunté si prefería que habláramos aquí o delante de su esposa...

—Creo que no tenemos necesidad de conversar en ninguna parte, Mr. Brackett —dijo Plomer conduciéndose con una frialdad ofensiva—. Pienso que ya debe irse. Ahora, si me disculpa...

Mr. Plomer caminó hacia la puerta principal y Brackett lo dejó hacer. Le permitió abrirla, mientras él abruptamente entraba en la habitación principal. Descubriendo con alivio que la bebedora de martini seguía allí aún, habló con tanta claridad como pudo:

—¿Mrs. Plomer?

—¿Sí?

La puerta se cerró de golpe y los pasos se acercaron con rapidez.

—Discúlpeme por molestarla, me llamo Walter Brackett, soy detective privado y me pregunto si puede usted ayudarme.

Brackett vio aparecer a Plomer en un espejo ovalado; su mente estudió el próximo movimiento. Tanto el de Plomer como el propio.

—Es respecto de una jovencita que fue hallada muerta en el auto de su esposo —continuó Brackett, permaneciendo de espaldas a la puerta—. Me pregunto si, por casualidad, usted sabe de quién se trata.

La mujer (treinta y cinco años más o menos, facciones de salón de belleza) dejó el vaso, azorada, y miró a su marido.

—Helen —dijo Plomer enseguida, caminando por la alfombra persa falsa, para acercarse a su mujer—. Ya hablé con la policía. Parece ser que la joven robó mi coche.

Brackett observó el diálogo doméstico con paciencia, con un dejo de admiración por el estilo de Plomer, al verlo colocar su brazo alrededor de la cintura de su esposa.

—Mr. Brackett, indudablemente, ha sido contratado por la compañía de seguros.

Brackett hizo caso omiso de las palabras de Plomer y se acercó hasta colocarse en el centro de la habitación y lo suficientemente cerca como para ver bien la expresión de los ojos de Mrs. Plomer. La mujer no sabía nada, lo cual confirmaba la apreciación de Brackett.

—Mr. Brackett —dijo Mrs. Plomer—, ¿por qué habíamos de saber...?

—Su nombre es Mary Malewski. ¿No le dice nada?

No. Tal como Brackett esperaba que sucediera. Pero lo que no esperaba era que tampoco significara nada para el marido, salvo que fuera mejor actor que Barrymore. Brackett repitió el nombre mirando directamente a Plomer; vio cómo el castillo de naipes que había construido cuidadosamente entre Battery y Pacific Avenue se derrumbaba tan abruptamente como el Templo de Sansón.

Mary Malewski era tan remota para Plomer como un planeta, y sin embargo su comportamiento inicial demostraba todo lo contrario. Un tanto en contra, excepto que...

—Excepto que usara otro nombre.

Esta vez, él se vaciló antes de descender, lo mismo que la sota. Brackett solo necesitaba una pequeña reacción, un leve indicio. Sabiendo que Plomer no le quitaba los ojos de encima, revolvió en sus bolsillos y agregó:

—Tengo una foto de la joven en algún lado. Puede ayudarnos. —Sacó una fotografía tamaño postal y estaba a punto de alcanzársela a la señora, cuando Plomer dijo rápidamente:

—Mr. Brackett... Helen espera visitas.

La mano de Brackett se inmovilizó a un metro y medio del matrimonio.

—¿Podemos tratar este asunto nosotros dos en mi escritorio, Mr. Brackett? —dijo Plomer—. Estoy seguro de que podré proporcionarle tanta ayuda como necesita y eso le dará tiempo a mi esposa para arreglarse.

El rostro de Plomer mostraba una expresión ansiosa y el de su esposa, curiosidad; pero Brackett no era ni deseaba ser un destructor de hogares. Sabía que Plomer daría más tarde todas las explicaciones que su esposa le pidiera. No serían las respuestas verdaderas, pero ella las agradecería como agradecía las ropas, la casa en Pacific Avenue y los créditos en Saks y Magnin. Las dudas persistirían pero... Este año, Helen, por qué no visitamos las islas griegas que siempre deseaste conocer... Incluso podríamos alquilar un yate...

Brackett guardó la fotografía en el bolsillo y Hijo:

—Por supuesto. Fue una descortesía de mi parte, Mrs. Plomer. Estoy seguro de que con su esposo podremos aclarar todas mis inquietudes. Indudablemente que la jovencita les es completamente desconocida.

Plomer evitó mirar a Brackett, volvió a llenar el vaso de su esposa, la besó en la mejilla y caminó en dirección al corredor.

—Por aquí, Mr. Brackett.

Brackett asintió con un movimiento de cabeza y miró a la esposa de Plomer.

—Espero no haberle arruinado la noche, Mrs. Plomer.

No obtuvo respuesta.

Ya en el escritorio, Plomer se sirvió un trago. No le ofreció a su visitante, pero Brackett lo mismo se sirvió, dado que como nadie pagaba sus honorarios por ese caso, debía aprovechar cuanta oportunidad se le presentaba de disminuir sus gastos.

—No debió proceder como lo hizo —protestó Plomer. Se refería, supuso Brackett, al comportamiento de Brackett delante de su esposa, y no al robo del *whisky*.

—No era mi intención, Mr. Plomer. La elección fue suya.

Plomer dio una vuelta alrededor de Brackett y se sentó en un sillón giratorio de cuero negro, de esos que solo los ricos pueden comprar. Y todos ellos lo hacen. Brackett permaneció de pie y descubrió en una de las paredes que Robert C. Plomer era un Elk (sea lo que fuera el significado de esa palabra), había trabajado cerca del gobernador Reagan, jugado golf con buen hándicap, se había sentado tercero a la izquierda en Yale, tenía afición por las fotografías hechas por David Hamilton (placas demasiado iluminadas de

jovencitas) y coleccionaba figuras de elefantes que evidenciaban o bien su pasión por los paquidermos o su partido político preferido.

—Mr. Brackett... —comenzó Plomer.

—Antes de que me diga nada —lo interrumpió Brackett—, le repito que no soy policía. Tampoco pretendo denunciarlo acerca de relaciones extramatrimoniales con una niña de catorce años, que puede borrarle esa sonrisa legal de su diploma, y también enviarlo a la cárcel.

—No trate de alarmarme, Brackett...

—¿Alarmarlo? Si usted no tuviera la más mínima culpabilidad, ya me hubiera puesto de patitas en la calle hace diez minutos.

—No hay pruebas.

—No. Tiene razón. Pero sé lo suficiente como para poner el caso en manos, digamos... del comisionado de policía, si así lo deseo. Veremos lo que vale la amistad en ese caso.

—Piensa chantajearme porque...

—No, Mr. Plomer. Yo le dije que soy detective privado. No traje mi tarjeta de identificación, pero puede comprobarlo en el registro.

—Nunca oí hablar de usted.

—Yo tampoco de *usted*, hasta hoy.

Plomer miró inseguro a Brackett. Estudiaba el caso, observaba al jurado, y finalmente, sorpresivamente, entró en el juego.

—Sé que ella nunca debió llevarse el coche —dijo, y era la más pura verdad.

—Usted no la conocía como Mary Malewski, ¿verdad? —preguntó Brackett.

—¿A quién? No. Como Sally.

—¿Sally qué?

—Sally... Sally Fitzgerald.

—¿Sally Fitzgerald? Eso ni se parece a Malewski.

Plomer se encogió de hombros.

—No es un delito, usted bien lo sabe.

—No para mí —dijo Brackett—. Yo solo deseo saber quién es. Comencé solo con un nombre, ahora tengo dos. Por eso, lo que deseo que usted haga, Mr. Plomer, es llevarme adonde se encontraba con ella.

—Escuche...

—¿Un motel?

¡No! Era...

—¿Qué?

—Su cuarto. Pero ahora no puedo salir de casa.

Sí que puede, Mr. Plomer. Esperé a mañana o pasado y verá lo que algún inescrupuloso puede desenterrar. Es usted abogado y lo sabe mejor que yo. Así que si desea sentarse a su escritorio el lunes, debe acompañarme ahora.

—¿Qué le digo a Helen?

—Puede decirle que debe identificar su coche.

Plomer se inclinó hacia adelante y miró la alfombra verde claro.

—La joven está en la morgue, Mr. Plomer; pero anoche yacía en una cama. Quiero ver esa cama.

—¿Me promete que esto no llegará a conocimiento de la policía?

Se hallaba asustado y se le notaba.

—No en lo que a mí respecta —dijo Brackett—, se lo prometo.

—Puede destruirme...

—Mr. Plomer, si deseara hacerle daño, ya lo hubiera hecho, delante de su esposa. Solamente me interesa la jovencita.

Siguió un largo silencio.

—Correcto, lo llevaré allí. Pero primero, ¿puedo ver la fotografía?

—Por supuesto, Mr. Plomer.

Brackett sacó la fotografía y la colocó sobre una butaca. Plomer la miró y después levantó la vista para fijarla en Brackett. Tenía el rostro contraído por la ira.

—¡Es usted un canalla, Brackett! ¡Un maldito canalla!

Brackett aceptó el insulto, pues sabía que se lo merecía. La fotografía no era de Mary Malewski o Sally Fitzgerald, o como se llamara, porque no existía ninguna, al menos que Brackett supiera. Se trataba de una foto, bastante popular, de W. C. Fields, que había comprado media hora antes en Union Square.

—¿Vamos, Mr. Plomer? —preguntó Brackett yendo a la puerta y abriéndola—. Ahora que el juego ha terminado.

OCHO

—¿Es AQUÍ? —preguntó Brackett.

Plomer asintió. Sentado junto a Brackett en el coche, trataba de deslizarse lo más posible en el asiento para ser lo menos visible. No necesitaba recurrir a eso, porque en ese distrito de San Francisco nadie se interesaba por lo que hacían los demás, especialmente en un caso simple de adulterio sin importancia. Hasta los respetables señores de Nob Hill lo considerarían algo tan pasado de moda como el asiento trasero de una *voiturette*.

—Créame, Brackett, no sabía que fuera tan joven.

—¿Hubiera eso cambiado las cosas?

Plomer miró a Brackett y después negó con la cabeza.

—Correcto —dijo Brackett—, vamos.

Brackett salió del Buick y permaneció de pie en la acera iluminada con las luces de neón. Era un paraje de bares, casas de citas y gente de paso. El patético claro de luna de los traficantes de entrepiernas y busconas, de celestinas y pupilas: donde la droga nunca era auténtica y donde los bebés llegaban al mundo de golpe y lo dejaban de la misma forma. No se trataba de una de las calles preferidas de Marlowe, era aún peor, La Era de Acuario había llegado a su rancia mayoría de edad en ese lugar.

—¿Está seguro de que la policía no tendrá conocimiento de esto? —preguntó Plomer nerviosamente por vigésima vez.

—Limítese a mostrarme la habitación. Eso es todo.

Se encontraba en un tercer piso, al que se llegaba por varios tramos de escaleras bendecidas solo por la oscuridad. Nadie los detuvo, nadie les hizo preguntas, porque con toda seguridad que a nadie interesaban. En un descanso de la escalera, mientras caminaban encima de botellas vacías y diarios viejos, Brackett trató de visualizar las diferentes etapas que en unos escasos cuatro años (porque no podían ser más) habían llevado a una niña a la condición en que la había encontrado. Pero le fue imposible. Tal vez fueran los prejuicios de su generación los que se lo impidieron; pero si esa era la razón, Brackett

egoístamente no lo lamentaba. Recordó que Horowitz había dicho en una oportunidad: «No es el Vietnam lo que debemos abatir, Walter. Es Turquía. Y los B-52 no deben dirigirse al oeste sino al este. Exactamente sobre Marsella». Una retórica excesiva, quizá, pero un sentimiento válido.

Plomer se había detenido delante de una puerta aislada al final del corredor. Debajo, en un hueco del edificio, se podía escuchar un televisor.

—¿Vivía sola? —preguntó Brackett.

—Sí. Cuando estaba aquí.

—¿Tiene la llave? La puerta está cerrada.

Plomer sacó la llave de una esquina de la ventana guillotina.

—¿La puso usted allí, anoche? —preguntó Brackett.

—Sí. Yo siempre...

—¿A qué hora?

—Alrededor de las cinco.

—¿Cómo sabía que la chica no regresaría?

—No lo sabía, pero debía volver a casa.

¿Aún no sabía que ella se había llevado su coche?

—Sí, pero no podía esperar más tiempo, así que tomé un taxi.

—Tuvo suerte de que no lo asaltaran. Deme la llave. Yo entraré primero.

La puerta se abrió con facilidad y Brackett entró con cautela en la habitación. No esperaba encontrar a nadie adentro, pero los viejos hábitos se impusieron. Encendió las luces y se volvió a mirar a Plomer.

—Entre y cierre la puerta.

Plomer dudó y entró. Vio la cama deshecha, las sábanas y almohadas y se dio vuelta, alejándose temblando, y quiso salir. Brackett lo sujetó y lo lanzó contra un armario, hasta que, finalmente, la cordura se impuso y Plomer comenzó a temblar, a balbucear plegarias, profirió un grito y escondió el rostro contra la pared. En cualquier momento, Brackett estaba seguro de ello, se echaría a llorar; pero Brackett no era tan cínico aún como para reprochárselo. La jovencita, no importaba lo que hubiera sido, merecía que alguien la llorara.

Haciendo caso omiso de Plomer, Brackett revisó la habitación. No le llevó mucho tiempo, porque casi no había qué controlar. Una cama doble, pequeña, sábanas sucias. Una edición de bolsillo de *El exorcista*, señalada con el envoltorio de papel metalizado de las píldoras anticonceptivas (le faltaban cuatro días para tener el período) yacía en el piso. Un sostén arrugado. En el armario había dos vestidos, un impermeable de Macy's, algunos zapatos, dos *jeans*, varias camisolas, unos pantalones sucios, una caja de toallas higiénicas

y todas las intimidades propias de su sexo. Pero nada que indicara quién era. Ni cartas, ni un diario íntimo, absolutamente nada. Parecía que había tratado de vivir tan anónimamente como había muerto, y hasta el momento lo había logrado.

Gracias a Dios, había hecho algunos esfuerzos para dar una cierta personalidad a la habitación. Dos posters estaban pegados a la pared; en el primero, Brackett reconoció a Marilyn Monroe (cabello ceniciento, ojos lánguidos); al segundo no pudo reconocerlo, pero parecía que representaba a alguien llamado *Janis*. Había, además, varias flores de papel en un jarrón sobre la mesa de noche, junto con una lámpara y una marquilla de cigarrillos, algunas cajitas de fósforos con la palabra *Jimi's* en la tapa, dos revistas, un reloj y una muñeca.

Sobre otra mesa había un tocadiscos (cuyo ocupante en el momento era David Bowie) y una lata de jugo de fruta. También había una pequeña cartera turquesa. Brackett se apresuró a abrirla, al punto que su contenido se desparramó por el piso, pero resultó improductivo. Solo contenía lo que un millón de chicas poseen: cigarrillos, maquillaje, dinero, Kleenex, un frasco de píldoras. Eso era todo. Callejón sin salida.

Excepto la instantánea.

Brackett dejó la fotografía sobre el tocadiscos y continuó revisando lo poco que le faltaba. Plomer estaba sentado en el borde del lecho fumando un cigarrillo y con el aspecto de quien desea que llegue el fin del mundo. Las lágrimas —como comenzaron, se terminaron— mostraban más pena por él mismo que por la joven.

—¿Plomer?

Brackett estaba mirando una pila de revistas que había en un rincón. La mayoría eran de comentarios juveniles, con informaciones sobre cómo tratar el cabello seco o combatir el olor vaginal.

—Plomer, le estoy hablando.

Una o dos revistas de cine. «Screen Stories». «Photoplay». Cosas por el estilo.

—Plomer. Será mejor que me responda varias preguntas; después puede volver a su casa a vestirse para la cena.

—No hay nada que pueda decirle.

—Sí que hay. Usted la llamó Sally Fitzgerald. ¿Ese es el nombre que ella le dio?

—¿Qué quiere decir... con ese es el nombre que ella me dio?

—Usted dijo que la chica se llamaba Sally Fitzgerald.

—Sí.

—¿Escuchó a alguien más llamarla por ese nombre?

—¿Llamarla cómo?

—Sally. Alguien pudo decirle «Hola, Sally» o «¿Cómo estás, Sally?».

—Nunca estuvimos con otra persona.

—Usted debió encontrarla en algún lugar.

—Por supuesto que la encontré en algún lugar.

—¿Dónde?

—En un club.

—¿Qué club?

—No me acuerdo.

—¿Este?

Brackett le mostró los fósforos. *Jimi's*.

—Sí.

—¿Qué hacía la chica allí? ¿Buscaba compañía?

—No —gritó Plomer indignado—. Ella no estaba buscando compañía, como dice usted.

—Lo buscó a usted.

—Nunca me buscó.

—No me diga que no le daba dinero.

—¿Qué?

—¿Le dio dinero?

—Puede ser que...

—No sea falso, Mr. Plomer. ¿Cuánto?

—Ese no es asunto...

—¿Cuánto?

—No lo recuerdo...

—¿Cien dólares? ¿Doscientos?

—¡No!

—¿Cincuenta?

—No puedo recordarlo. No llevé la cuenta.

—¿De cincuenta dólares?

—Pueden haber sido cien. No sé...

—Está quemando la alfombra.

—¿Qué?

—La alfombra. La está quemando.

Brackett se acercó al lavabo. Un armario con espejo guardaba varias cremas para la cara, Bufferin, esos palillos con algodón en ambos extremos...

—Bueno... ¿de qué hablaban? —preguntó Brackett.

—¿Quiénes?

—Ustedes. ¿De qué hablaban?

—¿Hablar?

—Sí. Aquí en esta habitación. ¿De qué demonios conversaban?

—No conversábamos de nada en particular.

—¿Solamente hacían el amor?

—Mire, Brackett, creo que ya toleré suficientes impertinencias de su parte...

—Entonces póngase contento de que no tiene que responder a la policía. Plomer dudó, se sonrojó, encendió otro cigarrillo y volvió a sentarse.

—Empecemos de nuevo —dijo Brackett—. ¿De qué conversaban?

—No de muchas cosas.

—Cuénteme algo de esas «no muchas cosas».

—Era solo una charla intrascendente.

—Me agradan las conversaciones intrascendentes.

—No puedo recordar todos los detalles.

—Creía que los abogados están acostumbrados a prestar atención a pequeños detalles...

—Estábamos en la cama, ¿no? ¿De qué habla la gente en la cama?

—Cuénteme.

—Casi todo giraba alrededor del dinero.

—Divertido. Ahora estamos concretando las cosas.

Un tubo de Alka-Seltzer. Una lima de uñas. Un pote de desodorante y algo para el dolor de cabeza.

—Eso es casi todo —dijo Plomer—, la chica me contaba algunas cosas... Le preocupaba su figura... no sé nada más...

—¿Le habló de su pasado?

—No que yo recuerde.

—¿Nunca le dijo de dónde provenía? ¿Jamás hizo mención a un hecho de su pasado? ¿Ningún recuerdo?

—No. Créame, apenas hablaba. Una vez me dijo que odiaba a sus padres. Eso es todo.

—¿La joven le dijo eso?

—Sí. Fue durante una discusión. Me dijo que me estaba comportando exactamente como su padre.

—¿Y lo odió a usted por eso?

—Odiaba a su padre supongo.

—¿La chica nunca... dijo que deseaba saber dónde vivía el padre?

—Dios, no. Creo que era lo último que deseaba. ¿Por qué?

—Nada.

Brackett sonrió ante tanto absurdo. En un sentido platónico se había portado tan idiotamente como Plomer, creyendo en los deseos de la jovencita de ojos grandes de encontrar a su padre y cayendo en sus redes hasta el punto de entregarle dinero. Tal vez Kemble estuviera en lo cierto. Probablemente debería hacer un balance de su existencia.

—¿Por qué se fue anoche? —preguntó Brackett.

—Pealeamos.

—¿Por qué?

—Nada en particular.

—¿Otro hombre?

—No.

—¿Seguro que no?

—¡No!

—¿Entonces qué?

—La chica quería más dinero.

—¿Cuánto?

—Quinientos dólares.

—¿Quinientos... dólares?

—Sí.

—¿Dijo para qué los quería?

—Me dijo que estaba embarazada.

—¿Usted lo creyó?

—No.

—¿Se negó a darle el dinero?

—Sí. Sabía que lo quería para otra cosa.

—¿Estaban en la cama mientras discutían? —Sí.

—¿Para qué lo necesitaba?

—Mire, ella está muerta...

—¿Drogas?

—Tal vez.

—¿*Tal vez*?

—Está bien. ¡Sí!

Brackett lo miró, movió la cabeza y continuó revisando la habitación. El inventario era tan original como el acné. Pasta de dientes. Cepillo de dientes.

Un cepillo de cabeza con varios cabellos del color de los de la jovencita. Más pastillas (verdes y negras), sombra para los ojos.

—Entonces, ¿ella se escapó?

—Sí.

—¿Desnuda? ¿Salió a la calle desnuda?

—No...

—Usted dijo que estaban en la cama. Supuse...

—Se puso el vestido.

—¿Mientras salía?

—Sí.

—¿Solo el vestido? ¿Sin ropa interior?

—No. Simplemente asió su vestido y salió corriendo.

—¿De este color?

Brackett sacó del bolsillo el trozo de tela turquesa, Plomer asintió y Brackett lo arrojó en el papelerero.

—¿No trató de impedirle salir? —preguntó Brackett—. ¿No intentó detenerla mientras corría?

—¿Cómo hacerlo?

—Tiene razón... usted también estaba desnudo.

—Mire, la chica gritaba y trataba de atraer la atención sobre su persona, así que me vi obligado a dejarla ir.

—¿Qué gritaba?

—No lo sé —dijo Plomer—. Decía que obtendría el dinero en otro lugar. Que debía hacerlo.

Brackett miró a Plomer:

—¿Algún *lugar* o alguna *persona*?

—Algún lugar. Eso dijo al menos.

—¿Tiene idea de qué lugar es ese?

Plomer negó con un movimiento de cabeza:

—No. Pueden ser una docena de lugares en una cuadra a la redonda. ¿No piensa igual? Se necesita ser ciego para no verlo.

Brackett asintió. Sí.

—Entonces —dijo—, la chica saltó de la cama y se puso el vestido. ¿Qué más?

—¿Qué más qué?

—¿Qué más llevó consigo?

—Creo que los zapatos. Y las llaves del coche.

—¿Usted le permitió que las tomara?

—Ya se lo dije, no pude detenerla. Pero créame, si hubiera sospechado lo que sucedería, la hubiera detenido sin importarme las posibles consecuencias.

Brackett lo miró pero no hizo ningún comentario.

—¿Usaba su coche con frecuencia?

—No con mucha frecuencia.

Brackett señaló el bolso turquesa.

—¿Es de la chica verdad?

—Sí.

—¿Y se lo olvidó?

—Sí.

—Solamente el vestido, los zapatos y las llaves...

—Sí. ¿Cuántas veces va a preguntarlo?

—Es que la policía encontró una tarjeta mía en su coche.

Plomer miró a Brackett azorado:

—¿Su tarjeta?

—Sí —dijo Brackett—. Eso es lo que me intriga.

—¿Qué clase de tarjeta?

—Una tarjeta común de negocios. Brackett y Kemble.

Súbitamente, Plomer abrió bien grande la boca y exclamó:

—*Allí* es donde vi su nombre anteriormente, Brackett. Un investigador privado.

Ahora fue Brackett el sorprendido.

—¿Usted sabía que mi tarjeta estaba en el coche?

—Estuvo allí durante casi tres meses. Nunca le presté mayor atención.

—¿Por qué no? *Usted* no la dejó allí, ¿verdad?

—No, pero infinidad de personas usan mi coche. Mi secretario conduce mi coche.

—Pero lo dicho no explica por qué no le dio importancia a mi tarjeta.

—Soy abogado, Brackett. Contratamos detectives privados en todo momento.

Brackett oía ya cómo se desinflaba el globo.

—Usted nunca nos contrató a *nosotros* —dijo con amargura tratando de recobrar su *status*.

—Jamás los oí nombrar. ¿Es nueva su firma?

Brackett hizo como que no oía la pregunta y concentró su atención en el armario. Todo tenía su explicación, pero le hubiera agradado más si los motivos hubieran sido diferentes. Lo mismo que Loomis. Pero la joven había

ido a visitarlo, había aceptado la tarjeta que Brackett le ofreciera, y la había olvidado en el coche de su amante. Así de simple.

Plomer se puso de pie.

—¿Alguna otra pregunta, Brackett?

—Sí —dijo Brackett con energía. ¿Una firma *nueva*? ¿Dónde había vivido ese hombre toda su vida?—. ¡Siéntese Plomer!

—Mi esposa comenzará a hacerse preguntas...

—Ese es su problema. Recuerde que estoy haciéndole un favor. Ahora bien, quiero saber algo de otros hombres a los que la joven frecuentara.

—¿Qué otros hombres?

—No haga las cosas más difíciles o lo retendré aquí toda la noche.

Plomer se sentó.

—¿Le habló de sus otros amantes? —preguntó Brackett.

—Nunca.

—¿Pero los tenía, verdad?

Un silencio.

—Plomer usted es un hombre inteligente. Un abogado mediocre, tal vez, pero un hombre inteligente. Así que cuénteme de los otros hombres.

—No le pregunté.

—¿Nunca?

—¿De qué me serviría? Sabía que no me diría la verdad.

—Pero ¿usted lo sabía?

—Sí...

El tono de voz de Plomer bastaba para conocer la verdad. Incluso pudo amar a la jovencita, pero las decisiones eran, indudablemente, de ella.

—¿Muchos? —preguntó Brackett.

—No lo sé. Pero los tenía. Uno no puede dormir con alguien, estar... tan cerca de alguien y no saber. ¿Podría usted?

—Esperemos que su esposa no piense igual.

La observación fue un golpe bajo y llegó hondo, a tal punto que Brackett pensó disculparse; pero jamás había sido capaz de hacerlo ni siquiera con Dorothy. Eso, bien lo sabía, había sido uno de los motivos por los que lo abandonó. Lo mismo que las demás cosas.

—Ahora, antes de que se vaya... quiero que me hable de esto.

Brackett había tomado la instantánea del tocadiscos y la sostenía en la mano. Pertenecía a la jovencita y estaba desnuda. No era una buena fotografía, la pose no era ni erótica ni artística. Simplemente mostraba a una chica joven de pie delante de un espejo, de tal manera que se podía ver no

solo el frente sino también la espalda. Nada había para considerarla obscena excepto que se pensara que cualquier foto de una jovencita de catorce años, desnuda, era obscena. Hasta Brackett la halló en cierto modo atractiva, aunque Lolita nunca había sido su tipo de mujer.

—¿La tomó usted? —preguntó.

—No.

—Mírela.

—Ya le dije que no la tomé yo.

—Es de la joven que usted conocía como Sally Fitzgerald, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no la tomó usted.

—Mire, Brackett —dijo Plomer disgustado—. Sé que no tiene un buen concepto de mí, pero yo no la tomé. No es mi modo de... divertirme.

—¿La había visto anteriormente?

—Sí. Una vez.

—¿Se la mostró ella?

—Sí. Le agradaba. La ilusionaba.

—¿Nunca le dijo quién la había tomado?

—No.

No quedaba nada por decir.

—Adiós, Plomer. Es mejor que regrese a casa a recibir a sus invitados.

Plomer se puso de pie, parecía poco entusiasmado.

—Piensa que fui un tonto, ¿verdad?

—No. No creo nada. Adiós. Y le aseguro que nunca volveré a acordarme de todo esto.

Brackett escuchó decir a Plomer: «Gracias».

Prefirió no responder. Se limitó a observar cómo Plomer miraba la habitación una vez más, colocaba una almohada caída sobre la cama y después salía apresurado, para regresar a las paredes blancas y los martinis de Pacific Avenue.

A través de la ventana podía ver la calle y las luces. Una de ellas decía *Jimi's*. Cinco minutos antes, Brackett hubiera bajado, entrado en el bar y hecho más preguntas. Ya no. No más. No le interesaba si lo que le faltaba descubrir era que la joven muerta era la hija de un presidente, pues allí terminaba su investigación. Había sido suficiente.

Después de pensar en sus palabras, comprendió que no engañaba a nadie ni siquiera a sí mismo, porque su discurso era digno de Pilatos. Estaba atrapado. Si abandonaba el caso, ya podía elegir su silla más endeble junto a

Kemble, buscar una revista de historietas y devolver su cuarto-oficina a Liebermann. Estaba comprometido, no solo porque era lo único que sabía hacer (tuviera capacidad o no), sino porque la instantánea seguía en su mano y acababa de descubrir algo que le había pasado inadvertido —había centrado su mirada en la piel rosada y no había prestado mucha atención al conjunto.

Al usar el espejo (un truco efectivo aunque no original), el fotógrafo había advertido que, si no se colocaba en un ángulo, también él saldría en la fotografía reflejado en el espejo. Había salvado el inconveniente con éxito, viéndose solamente la sombra de su brazo. De todas maneras, no estaba solo; había una tercera persona en la habitación, cuyo conocimiento de los trucos fotográficos era nulo, pues su rostro —un simple reflejo—, pero un rostro de todas maneras, resultaba visible detrás del hombro izquierdo de la jovencita. Un testigo del hecho, irreconocible para Brackett, dados los pocos milímetros que ocupaba. Como los milímetros pueden convertirse en centímetros e incluso metros, Brackett sintió renacer sus bríos.

En Danny's Arcade, bien lo sabía, lo hacían a cada rato.

El traficante de drogas nunca debió ir al cine. Ese fue el primer error. Tampoco debió sentarse en la fila central. Ese fue el segundo. No tenía a quien culpar, exclusivamente a sí mismo, cuando sintió la punta filosa de un cuchillo en la nuca y oyó una voz que decía bajo la banda sonora:

—Recoje tu popcorn, Baby. El coche está en la puerta.

—Le costará dos dólares con cincuenta centavos.

—Lo hacían por un dólar.

—Nunca costó un dólar.

—¿Cuán grande puede hacerse?

—¿De qué se trata?

Brackett le alcanzó la instantánea por encima del mostrador. Lo rodeaba una galería de imágenes del tamaño de un sofá Chesterfield; algunas famosas (Bogart, Dean, Dillinger el Hijo de Dios), otras frívolas, varias anónimas (ahijados, hermanitas pequeñas, veteranos del Vietnam) y las demás simples rostros sacados de una multitud. Detrás, máquinas de frutas, máquinas de juegos y la mirada expectante del sábado a la noche.

—Esta le costará cinco dólares.

—Acaba de decirme que dos cincuenta.

—Por esta clase de fotos cobramos cinco.

—¿Qué quiere decir... «esta clase de fotos»?

—¿Es usted inglés?

—Cuando me conviene.

—Cinco dólares.

—Escuche, olvídense de la chica. Solo necesito una ampliación del ángulo derecho superior.

Una lenta elevación de la cabeza, un fruncimiento de la boca y un encogimiento de hombros:

—De acuerdo. Cuatro dólares por la chica. El conjunto, ¿a quién le interesa?

—Ya le dije que no me interesa la chica. Solo el ángulo superior derecho.

—Usted gana. ¿Se siente feliz? Tres dólares.

Demoró diez minutos y entregó a Brackett una ampliación lo suficientemente grande como para distinguir cada arruga y cada lunar del cuerpo de la chica. No era un buen trabajo, pero serviría. Brackett no solo poseía una reproducción de la joven, casi de tamaño natural, sino el rostro sonriente que la miraba por sobre el hombro de la jovencita. Brackett pagó, enrolló la fotografía casi mojada y telefoneó a Horowitz. Había salido. Se vio obligado a llamar a Henderson.

—¿Sargento Henderson? Walter Brackett. Necesitaba preguntarle...

—Espere un minuto, Brackett. Esta es la morgue, no la plaza de Hollywood.

—Henderson —dijo Brackett a través del teléfono—. Se trata de la jovencita. Mary Malewski. ¿La recuerda?

—¿Cómo olvidarla? Estamos trabajando con sus dientes. ¿Alguna pista?

—Paciencia, sargento, Deseo preguntarle acerca del muchacho que trabaja en el corralón municipal. El que está situado en Lingfield y Battery. ¿Lo conoce?

—¿Billy Kent? Seguro.

—No debe estar allí ahora, ¿verdad?

—¿A esta hora? No. Cierran a las siete.

—Bueno, ¿sabe dónde puedo encontrarlo?

—¿Billy? Probablemente en un gimnasio. Es allí donde pasa el tiempo habitualmente.

—¿Algún gimnasio en particular? —preguntó Brackett.

—Escuche, Brackett, yo creía que ustedes lo sabían todo. El viejo y obtuso policía. Así lo hacen en la tele, ¿verdad? El...

—Sargento...

—... rubio, el arma, y el husmear de un perro...

—Sargento... todo lo que deseo es el nombre del gimnasio.

Una súbita pausa.

—Encuéntrelo usted.

Sin más cortó la comunicación. Brackett escuchó la señal de corte por unos instantes y colgó el tubo. Billy Kent. El muchacho que sabía todo lo referente a coches. Billy Kent.

Brackett se encogió de hombros recogió la fotografía enrollada y se abrió paso para salir a la calle.

Había oscurecido.

De pronto, las ruedas traseras comenzaron a deslizarse en la arena; después se atascaron, cuando el coche quiso adelantar. Las luces iluminaron la playa —un rayo blanco—, recorrieron las rocas y llegaron a la cabaña. Las llantas se deslizaron de costado y recobraron su estabilidad. Por primera vez se vio correr a la mujer. Una silueta que corría asustada, hacia atrás, hacia adelante, encontrando finalmente el único escape en el propio mar. Se la vio correr, tambalearse, querer nadar; pero la marea estaba baja y ya el coche estaba en el agua, desparramando una cascada de espuma alrededor y deteniéndose con las puertas abiertas.

La mujer no se movió, permaneció de pie y se volvió casi arrogante: una estatua de la Libertad en medio de las olas. Enfrentó los faros y esperó con las manos extendidas, como si fuera una anfitriona de la alta sociedad que espera en lo alto de la terraza para recibir al primer invitado de la temporada.

—Es ella —dijo el traficante de drogas al hombre que estaba detrás—. Esa es Norma Wheatley.

—Gracias, Baby.

NUEVE

UN DÍA, pensó Brackett hastiado, debería hacer un recuento de todos los gimnasios de San Francisco, una especie de ejercicio terapéutico. Calculaba que llevaba recorridos nueve. En todos habían oído hablar de Billy Kent, pero no lo habían visto. Brackett también visitó uno o dos bares, pero eso lo hizo más para ambientarse él en la noche y sentirse más conforme. Una hora más tarde, se le terminó el combustible y debió caminar dos cuadras por Market Street antes de volver a poner en marcha el Buick. También descubrió que estaba quedándose sin dinero (el día no le había sido propicio) y esperaba encontrar un informante sin tener que darle un adelanto. Billy Kent, cuando Brackett finalmente lo encontró en un sótano de Tippet Street, afortunadamente poseía un corazón de oro.

Tan pronto como Brackett entró al gimnasio (un tramo de escalera corto, solo unos pocos escalones, dos pares de puertas vaivén verdes y posters que seguían promocionando la pelea entre Listón y Alí), advirtió que había estado allí anteriormente. Había sido muchos años antes, veinte tal vez, cuando pelearon Marciano y Sugar Ray y los últimos gritos agonizantes de Louis, cuando las *banderillas* de la edad, finalmente, terminaron con su carrera.

Lo único que había cambiado era la clientela. El mismo olor, la misma transpiración, la misma hilera de palcos pintada de rojo a la derecha, donde los que envejecían se sentaban esperanzados, sus cerebros luchando como *sparrings* de Graziano y Billy Conn, separados unos de otros, sentados en sillas de madera y mirando hacia adelante como si otro boxeador negro siguiera resoplando y esforzándose en el *ring* delante de ellos. Ahora se sentaban con sobretodo y sombrero, sin moverse durante horas, porque era lo único que sabían hacer y no tenían a dónde ir. En otros tiempos Brackett les tenía simpatía (y en cierto sentido todavía hoy) y conocía sus nombres, y conversaba con ellos de las «grandes peleas» que nunca habían existido. Algunos recordaban haber presenciado la Cuenta Larga y otros cada punch, cada treta, cada gesto de cada *round*.

Detrás de la hilera de palcos, sobre la pared, había fotografías enmarcadas, algunas autografiadas, pero muy pocas de luchadores. Se trataba de actores y comediantes de segunda categoría, cantantes y dueños de restaurantes italianos. Tampoco eso había cambiado, excepto que la tinta estaba descolorida y los nombres olvidados.

La oficina estaba en un rincón. Se trataba de dos mamparas de cartón prensado que impedían la entrada del fatigado optimismo del sótano y disimulaban un escritorio, un teléfono y anotaciones de hombres y mujeres, y a un hombre viejo, con una corbata de moño de lunares pequeños, a quien todos conocían, desde que naciera en Brooklyn, como «Dixie».

Cuando Brackett entró al apartado, el viejo se volvió y lo miró; tenía un cigarro apagado en la comisura de los labios y elevó las manos al cielo. No había cambiado. Seguía calvo, medio ciego y si a Brackett no le fallaba la memoria, usaba el mismo chaleco.

—No me lo diga —dijo Dixie inmediatamente, abriendo los ojos tras los bifocales—. Un rostro que nunca olvidaré.

Una pausa, levantó el dedo índice, y exclamó:

—¡Harry Kemble!

Brackett sonrió.

—Te confundiste, Dixie. Walter Brackett.

—Walter Brackett. ¿Cómo pude olvidarme? Walter Brackett. ¿Sigues con el negocio de hoteles?

—Ese era el padre de Harry, yo nunca...

—¿Lo abandonaste? Bien, Walter, siempre he dicho... Si no se puede ser dueño del Fairmont o del St. Francis, olvídalos. Conrad Hilton. Ese sí que era un tipo inteligente. Compró el Plaza Hotel, Nueva York. ¿Sabes la cantidad de gente que se desespera cuando creyendo estar en el Plaza Hotel de Nueva York, advierte que en realidad está en el Nueva York Hilton? Y ya es cosa vieja. Te quedas pensativo, ¿verdad?

—Creo que ahora el dueño es Sonesta, Dixie...

—¿Qué?

—Nada —dijo Brackett.

Dixie lo observó como si leyera algo en letra muy pequeña, después le dijo:

—¿En qué andas, Walter? Siéntate, hazlo en el escritorio.

—Estoy buscando a un muchacho llamado Billy Kent.

—¿Billy Kent?

Dixie no lo miró, pero Brackett supo que Dixie ya recordaba cuál era la profesión de Brackett.

—Es un buen chico.

—No digo lo contrario, Dixie; solo deseo saber dónde puedo hallarlo.

—Un buen chico. Un buen peleador. Con unos kilos más será un peso pesado.

—¿Está aquí, Dixie?

El cigarro giró lentamente entre el índice y el pulgar:

—En los vestuarios, cambiándose.

Brackett se alejó del escritorio y Dixie dijo con ansiedad:

—¿Walter? No me quites a un peleador, ¿quieres?

Brackett sonrió, movió la cabeza y atravesó el gimnasio entrando en el vestuario. La denominación era exagerada, pues consistía solo en una ducha con los azulejos rotos, un banco y una ventana trancada. Cuando Brackett entró, Billy Kent le daba la espalda y estaba agachado cerrando un bolso de lona.

—Hola, Billy —dijo Brackett cerrando la puerta.

El muchacho se volvió rápidamente y miró a Brackett (un chispazo de cautela en los ojos, los hombros listos para defenderse); cuando reconoció a Brackett chasqueó los dedos y dijo:

—¿El choque del auto? En el corralón.

—Correcto.

—¿Es usted boxeador?

—No.

—Podría serlo, por la forma en que se para.

Billy parecía distendido, pero Brackett sentía que estaba tenso al observar cómo el muchacho colocaba el bolso sobre el banco, hablando, haciendo tiempo y dejando las manos libres.

—Solo deseaba hablar contigo.

—¿Por el Toyota?

—No, Billy. Se trata de la chica. De esta.

Brackett le mostró la instantánea. La ampliación permanecía enrollada en el asiento delantero de su coche. Brackett observó la expresión del joven mientras acercaba la fotografía a la luz y fruncía el ceño.

—¿La conoces? —preguntó Brackett.

Billy devolvió la fotografía.

—Nunca la he visto.

—¿Nunca?

—Nunca. ¿Quién es? ¿Miss América?

—Tú puedes decírmelo. Tú estabas con ella cuando sacaron la fotografía.

Unos instantes de tensión, en los que el muchacho retiró su cabello del rostro.

—¿Quién dice eso?

—Yo.

Brackett observó cómo se ponía de pie, estiraba el cuerpo, se paraba en puntas de pie y se medía con él.

—Sabe. Creo que puedo dejarlo en el suelo —dijo el joven.

—Probablemente. Pero estabas allí cuando tomaron la fotografía. Mírala otra vez. Es tu rostro el que se ve en el espejo, ¿verdad?

—¿Seguro que usted no es policía?

—Absolutamente seguro. Simplemente deseo que me ayudes, es todo.

—¿Legal?

—¿Qué otra cosa?

—Eso es nuevo. ¿Es amigo de Dixie?

—Hace veinte años. Pregúntale.

Una duda, un nuevo fruncimiento del entrecejo. Después:

—Correcto. ¿Qué busca?

—¿Quién es la chica?

Billy volvió a tomar la fotografía, hizo una mueca y golpeó la cartulina con el reverso de la mano.

—Un buen par de pechos, ¿verdad?

—¿Cómo se llama?

—¿Ella? Jean.

—¿Jean?

—Ajá...

—¿Estás seguro?

—Me preguntó su nombre y es Jean. ¿Cómo va a llamarse? ¿Rocky?

—¿Jean qué?

—Jean Harlow.

—¿Jean *Harlow*? Vamos, Billy. Dime su nombre.

—Ya se lo dije: Jean Harlow. Ese es su nombre.

Lo repitió dos veces y decía la verdad.

—Jean Harlow era una actriz de cine —dijo Brackett.

Lo mismo que esta chica. No trabaja en films, pero es una actriz. ¿Sabe a lo que me refiero?

—¿Jean Harlow?

—Escuche, ella me dijo que se llamaba Jean Harlow. Tal vez haya dos con el mismo nombre.

Brackett miró sin ver. Jean Harlow. Le divertía pensar en la expresión del rostro de Henderson.

—Billy, a mí me dijo que se llamaba Mary Malewski. A otra persona le dijo que su nombre era Sally Fitzgerald. Ahora me dices que Jean Harlow.

Se escuchó una carcajada:

—Le creo, todo se lo creo.

—¿Por qué lo crees?

El muchacho dudó, después se encogió de hombros:

—Ah, mierda. Inventaba toda clase de nombres. ¿Sabe? Como si estuviera loca. Pero ¿qué diablos?

—¿La conocías bien?

Un encogimiento de hombros. Otra vez parpadeó.

—Sí. En cierto modo. Quería ser mi esposa pero... usted sabe. Soy un púgil, ¿entiende?

—Eso cuesta dinero —dijo Brackett—. Preparación, promoción...

—Me las arreglo.

—¿Ella te daba dinero?

—¿Jean? No...

Una mueca.

—Bueno, sí. Un poco. ¿Sabe? Billetes chicos.

—¿Dónde lo obtenía?

Billy lo miró atentamente:

—No irá a arruinarla, ¿verdad?

—No, Billy. Está muerta. Ella era la chica que conducía el Toyota.

Silencio. Billy no se movió, pero miró a Brackett durante un buen rato; después se sentó lentamente en el banco sin mirarlo de frente. En el gimnasio se podía escuchar el ruido de los pies que raspaban la lona, un grito de advertencia y alguien que quería abrir la puerta del vestuario; pero Brackett se apoyó en ella hasta que el otro lanzó un juramento y se alejó. Brackett encendió un cigarrillo y ofreció otro al muchacho, quien no le prestó atención.

—Lo siento, Billy, pero es la verdad.

—La maldita chiquilla. ¡La maldita y estúpida chiquilla!

No lloró como Plomer. En realidad no hizo nada, excepto jurar y mirar al espacio. Brackett se sentó a su lado en el banco, casi una repetición siniestra de la escena acaecida con Loomis. La diferencia estribaba en que este muchacho se preocupaba más, aunque no lo demostraba.

—Billy... ¿quién sacó la foto?

No le respondió. Brackett colocó la instantánea sobre su regazo.

—Billy... ella está muerta y quiero averiguar sobre su vida. ¿Quién sacó la foto?

Lentamente, el muchacho volvió la cabeza, observó a Brackett y después dijo:

—¿No me engaña?

—No.

—Quiero decir si no trata de tenderme una trampa; no deseo problemas con la policía.

—Te doy mi palabra.

—Eso no basta... ah, mierda, ¿cómo se llama?

—Walter Brackett.

—¿Tiene esposa?

—La tuve, pero murió.

—Así son las cosas, ¿verdad?

—Cuéntame de la chica, Billy.

—¡Jesucristo!

Aspiró profundamente y habló:

—Bien... Ella solía enredarse con tipos viejos. Me contó que algunos de ellos eran enfermos, usted sabe... Y... bueno... Ellos nunca adivinaron que la chica era menor de edad, ¿entiende? Tal vez algunos lo supieran, pero... bueno...

—¿Conociste a alguno de ellos? —preguntó Brackett.

—No. A ella no le agradaba hablar de esas cosas, y yo nunca le pregunté. Es decir, me contó que existían, pero no me dijo quiénes eran. Mierda, quise detenerla, pero estaba lanzada, ¿entiende?

—¿Qué?

—Cualquier cosa. Cocaína, heroína... Decía que eso la mantenía en forma.

El muchacho se encogió de hombros desesperanzado.

—Entonces, ¿quién tomó la fotografía, Billy?

—Era... Bueno, él no quería hacer el amor con la chica, ¿sabe? Simplemente deseaba mirar. Bueno, tal vez no pudiera. No lo sé... Ah, maldita mierda. ¿No le importaría que saliéramos de aquí?

—Seguro. Tengo el coche afuera. Te llevaré adonde quieras.

Brackett abrió la puerta y esperó a que Billy recogiera su bolso. El muchacho parecía frágil y muy joven.

—Señor... no me acusará...

—No. Debo identificar a la chica. Está muerta.

—Tal vez sea lo mejor, ¿no le parece? Quiero decir, ¿qué clase de vida llevaba últimamente?, creo que ella ya ni sabía quién era.

—Vamos, Billy.

Cruzaron el gimnasio. Brackett advirtió que Dixie los observaba, pero no dijo nada. Cuando llegaron a la calle, Billy se apoyó contra la pared, inspirando profundamente el aire nocturno.

—¿Sabe una cosa? —dijo—, iba a encontrarme con ella esta noche. Sábado a la noche. La gran juerga.

—Billy —dijo Brackett sosteniendo la fotografía que seguía en sus manos—. ¿Quién tomó la fotografía?

—Un polizante.

La respuesta fue tan enfática como sorprendente.

—¿Un *polizante*?

—Ajá...

—No puedo creerlo. Nunca iba a decir que era policía, aun cuando realmente lo fuera.

—No necesitaba hacerlo, señor. Puedo reconocer a un polizante a un millón de kilómetros de distancia. No me equivoco.

—Conmigo te equivocaste.

—La excepción que confirma la regla. ¿No es así cómo se dice?

—¿Estás seguro de que la persona que sacó esta fotografía era un policía?

—Seguro. Todo lo denunciaba. No su físico, pero podía olerlo. Como en el *ring*; después del primer *round*, cuando suena el gong, uno sabe todo lo que le interesa de su contrincante si uno es astuto. Todo. Desde el número que calza hasta cuántos niños tiene. Y también uno sabe si va a ganar o a perder. Y en caso de ganar, se sabe cuándo va a ganar. Allí no da tregua cuando se lanza sobre su presa porque tiene una ventaja sobre todos nosotros. Lucha el primer *round* antes de ponerse el protector. Yo todavía no lo he logrado, pero estoy aprendiendo. Respecto a los polizontes, aprendí desde que era un chico. Sé quién está del lado de la ley y quién no. Lo sé. Es una realidad.

—Entonces de acuerdo. Insistes en que era un policía.

—¿Insistir? Lo *juro*.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Brackett.

—No podría describirlo... Estaba oscuro y solo lo vi un momento. Tendría cuarenta y cinco años, me imagino. No, tal vez fuera mayor. No lo sé. Vestía traje.

—¿Dijo algo?

—No. No mucho. Me dijo que desapareciera.

—¿Sabes su nombre?

Billy rio.

—Oh, seguro. Tenía un nombre, pero bien pudo ser Mary Poppins. Dijo que se llamaba Hal Jordán.

—¿Al Jordán?

—Al o Hal. Lo mismo da.

—¿Hal Jordán? —dijo Brackett—. No parece un nombre que uno inventa en el instante.

—Entonces tal vez se trate de otro actor de cine como Jean Harlow.

—Tal vez.

Había comenzado a llover (esa lluvia de la bahía que cae con intensidad) cuando comenzaron a caminar hacia el sud por Tippet Street. El muchacho parecía inquieto, alarmado, observaba cuanto lo rodeaba; pero la calle estaba vacía, incluso a esa hora de la noche.

—Billy —dijo Brackett esforzándose por caminar al ritmo del muchacho—, ese Hal Jordán.

¿Volviste a verlo?

—No. Solamente esa vez. Ni siquiera sabía que era él hasta que la chica me lo dijo.

—¿Has oído hablar de él?

—Oh, seguro. Cualquier drogadicto con el que hable lo conocerá. Es un Moisés. ¿Entiende lo que le digo?

—¿Es quién les provee la droga?

—Correcto. Pero nadie lo vio jamás.

—Tú lo viste; y también la chica.

Billy se detuvo, miró rápidamente alrededor y dijo:

—Mierda, hombre. ¿Cree que no lo sé?

—¿Y te atemoriza?

—No. Sí... Bueno, parece una locura, pero me siento en cierto modo seguro, trabajando en el corralón. Con tantos policías dando vueltas por ahí...

Miró a lo lejos casi tímidamente.

—Sí. Tengo miedo.

Una pausa.

—Billy —dijo Brackett—, ¿era blanco o negro?

—¿Jordán? Blanco.

—¿Estás seguro?

—Seguro que estoy seguro.
 Brackett asintió.
 —Entremos al coche —dijo—, está lloviendo.
 —No, gracias. Me quedo aquí. Vivo a solo dos cuadras.
 El muchacho comenzó a retroceder.
 —Billy... antes de que te vayas. ¿Cuándo fue la última vez que viste a...
 Jean?
 —Anoche.
 —¿La viste *anoche*? ¿Dónde?
 —En *Jimi's*, en Nort Beach.
 —Espera un minuto.
 —Mire... no me agradan las calles. Me ponen nervioso. Otro día.
 —Dame un minuto más.
 Brackett se refugió en la oscuridad de la entrada de un negocio. Olía a orina y bebida. Billy dudó, después se escondió en un rincón.
 —¿Va a tratar de encontrar a Hal Jordán? —preguntó.
 —No pensaba hacerlo, pero creo que no voy a poder apartarlo de mi mente.
 —Olvidelo.
 —Billy —dijo Brackett haciendo caso omiso de la advertencia. ¿A qué hora estuvo la chica en *Jimi's*, anoche?
 —¿Jean? No sé.
 —Bueno, ¿era tarde o temprano?
 —Tarde. Sí. Tarde.
 —¿Muy tarde?
 —Cerca de las cuatro.
 —¿Hablaste con ella?
 —No. Jean entró corriendo. Parecía enloquecida, usted me entiende.
 —¿Y salió enseguida?
 —Correcto.
 —¿Sola?
 —No. Con ese tipo. Es una especie de enlace. Un corredor, ¿sabe?
 —¿De Jordán?
 —Correcto.
 —¿Y Jean salió con él?
 —Jean fue al baño, después salió. Casi diez minutos después.
 —Ese hombre... ¿lo habías visto anteriormente?
 —^Seguro. Montones de veces.

—No sabrás su nombre, ¿verdad?

—Usted hace muchas preguntas.

—Eso me han dicho. ¿El nombre del hombre?

—Joe. Big City Joe.

—¿Big City Joe? ¿Así se llama?

—Correcto. Big City Joe.

—Bueno, ¿no tendrá otro nombre? ¿Kent, por ejemplo?

—Seguro. Todos lo tienen.

—No sería Loomis, ¿verdad? —preguntó Brackett.

Billy lo miró con atención.

—Sí. Loomis. Diga, ¿cómo lo supo?

—Simplemente uniendo las piezas sueltas, eso es todo —dijo Brackett—. ¿Estás seguro de que anoche se trataba de Loomis? Tiene alrededor de cuarenta años, viste traje y corbata, un corte de cabello normal, gemelos de oro...

—Sí. Loomis. Vive por Sausalito.

—Billy... ¿puedes indicarme a alguien de *Jimi's* que también los haya visto juntos?

—No hablarán con usted. Eso es seguro.

—Dame un nombre. Uno solo.

Una mirada.

—Bueno, hay un jamaicano llamado Murray. Uno negro y grande. Siempre está allí. Pero no me mezcle en esto.

—No lo haré. Gracias.

Billy salió de la oscuridad y miró a un lado y a otro de la calle.

—Si escuchas algo interesante —dijo Brackett—, Dixie sabe dónde encontrarme.

Billy lo miró, hizo una mueca y salió corriendo. Brackett permaneció donde estaba hasta que dejó de oír los pasos del muchacho. Quiso reconstruir los acontecimientos del día, y especialmente la última hora. Si daba crédito a lo dicho por Billy Kent (y no veía razón para no hacerlo), él estaba ahora involucrado en la muerte de Loomis, aunque Simmons, Johanssen y todo el cuartel de policía no pensara así. No había sido su intención (por lo menos no en forma consciente), pero, honestamente, no lo lamentaba. Porque, desde el primer momento supo que no era Mary Malewski, una chica desconocida, el motivo de su interés. Se había interesado en Joseph Loomis. Big City Joe. Era más su estilo. Tenía más coincidencias con Brackett & Kemble. El lunes,

pensó, haría imprimir tarjetas. Sencillas. Solamente dos palabras: *Walter Kemble*. Nada más.

El Buick estaba iluminado por una de las luces de la calle (un rectángulo de asfalto seco en uno de los lados), y mientras se acercaba se sintió bien despierto y fresco, ansioso de aprovechar la noche. Brackett entró al coche, se sentó detrás del volante y cuando quiso encender el contacto, su mano tocó algo frío que se movió, rodó lentamente y cayó al piso.

Miró y vio la ampliación de la foto de la chica que lo miraba al desenrollarse la fotografía y dejarla a la vista. Brackett la miró, y se le endureció el estómago al advertir que no solo le interesaba Loomis, sino que también estaba ansioso por saber quién era ese tal llamado Hal Jordán.

Alguien que seguía bien vivo, y que era no solo un asesino sino también, de acuerdo con las palabras de Billy Kent, un policía. Por todo lo dicho, bien podía perdonársele que tuviera los nervios tensos, al valorar el peligro que significaban para él las implicancias del caso. También resultaba disculpable que la tensión nerviosa le afectara la imaginación y creyera que lo seguían mientras regresaba por Tippet Street hacia su oficina. El Ford Sedan negro que iba detrás de Brackett era tan inocente como un bebé en el limbo, un producto latente de la paranoia propia de un aficionado, la que Brackett había superado dos décadas antes. El conductor se dirigía, simplemente, al centro, lo mismo que Brackett, se encaminaba al jolgorio de los bares, los clubs y el ruido.

Después de todo, era sábado a la noche.

Cuando Brackett llegó a la oficina eran las nueve de la noche; no se veía el Ford y Liebermann estaba a punto de cerrar la fiambrería hasta el día siguiente. El húngaro había leído todo lo relacionado con los crímenes callejeros, había visto en la televisión cuanto sucediera a los apostadores y no deseaba correr riesgos innecesarios.

—¿Algún mensaje, Mr. Liebermann? —preguntó Brackett, yendo hacia la escalera.

—Lo dejé debajo del cenicero, Mr. Brackett.

Habían transcurrido veinticinco años y seguían tratándose ambos con la misma ceremonia, como si representaran un acto en una comedia.

—¿Quiere decir que alguien me llamó? —preguntó Brackett.

—Sí, Mr. Brackett.

—¿Quién?

—Una mujer, Mr. Brackett. Lo anoté y dejé el papel debajo del cenicero.

Brackett le agradeció y entró a su habitación. Estaba sin llave, como siempre, por si acaso llegaba, como alguien dijo una vez, «un cliente paciente». Brackett, cerró la puerta, encendió la luz y miró el trozo de papel manteca. Esta vez se podía leer claramente lo anotado y Liebermann estaba en lo cierto. En realidad habían sido dos llamados de la misma persona. Leyó el mensaje conmovedor dos veces y después lo arrugó y lo arrojó al cesto para papeles. Mrs. Markstein y su perro perdido deberían aprender a vivir separados durante un tiempo.

Después de ducharse, Brackett se puso la misma ropa, guardó el poco dinero que le quedaba en la billetera, llenó un vaso pequeño con *whisky*, se sentó detrás del escritorio y revisó las notas sobre Loomis. Las releyó dos veces, especialmente la conversación mantenida en la morgue; después subrayó las palabras «asiento trasero». Lo que anteriormente le pareciera pura tontería, comenzaba a tener algún sentido. Seguían siendo, por supuesto, tonterías, los balbuceos de un hombre atemorizado sentado en el aparente santuario de un recinto policial. Pero podían conjeturarse algunas cosas.

Ante todo, Brackett había dado por sentado que Loomis se encontraba en el puente simplemente debido a que intentaba cruzar. Había pensado que su deducción era correcta; pero estaba equivocado, porque Loomis le había dicho claramente, cara a cara, que él también viajaba en el Toyota. No solo eso, también le había aclarado que viajaba en el asiento trasero, no en el delantero. La parte posterior del coche no había sido dañada. Entonces, ¿por qué estaba tan asustado? ¿Qué había visto? Tal vez la declaración escrita, tomada por la policía, aclarara ese punto; pero Brackett tenía grandes dudas al respecto. Por otra parte, Hal Jordán, su empleador, era un policía y estaba en una posición que le permitía leerla. Hacerlo decretaría la muerte de Loomis antes de que este pudiera estampar su firma sobre la línea punteada. Sin embargo, Loomis alcanzó a decírselo a Brackett. Al menos en parte. Lo demás pensaba contárselo más tarde. Excepto, claro, que alguien lo impidió, al atraparlo primero.

Brackett escribió todo lo que antecede en una hoja limpia y añadió algunas preguntas, una o dos respuestas posibles, y después escribió *Hal Jordán*. En realidad escribió *Hal Jordán* tres veces. Así:

Hal Jordán

Hal Jordán

Hal Jordán

Instintivamente escribió otro nombre a continuación, que tachó apresuradamente, porque semejante garabato encerraba un enorme peligro.

Después de tomar otro *whisky* para dar trabajo a su hígado, Brackett revisó la guía telefónica. Había uno y dos Jordán; los controló (incluyendo un florista, un chofer de taxi y un rabino), y dejó a un lado el libro. Jordán era un seudónimo. Tenía que serlo, naturalmente. Finalmente, con su cerebro trabajando aceleradamente, fue hasta el Buick y regresó con la fotografía enrollada, que pinchó en la pared opuesta a la puerta.

Brackett se paró frente a la ampliación, como había hecho el fotógrafo, como si algún poder extra-sensorial pudiera revelarle una identidad. Todo cuanto vio fue el cuerpo desnudo de una chiquilla y el rostro de Billy Kent que le sonreía, nada más.

Sonó el teléfono. Era Herb Johanssen.

—¿Walter? Herb.

Brackett se sentó en el borde del escritorio, de frente a la fotografía.

—Hola, Herb —dijo.

—¿Cómo van las cosas?

—Más o menos. ¿Y tú?

—Oh, ya sabes... Mira, Walter, te llamaba para disculparme por lo sucedido hoy. Él no haberte ayudado a obtener el pase y...

—Está bien, Herb. Está todo olvidado...

—Quiero decir... tienes todo el derecho de pensar que soy una porquería...

—Herb, deja de lamentarte por lo sucedido —dijo Brackett, disgustado—, olvídalos.

—Bueno... —la voz bajó de tono—. Solo deseaba decirte eso; y saber cómo te había ido... en el corralón...

—Oh, bien, Herb. Bien.

—Eso es bueno. ¿Bien, eh?

—Sí, Herb. Bien.

—Bueno...

—¿Tú?

—Oh, estamos enloquecidos, Walter. Simmons ha hablado con todos los locos de la ciudad.

—No...

—¿Ninguna pista?

—Muy malo —dijo Brackett sin convencimiento, casi sonriendo para sí—. Bueno, Herb, ha sido una conversación muy agradable...

—Si puedo ayudarte en algo...

Brackett miró la fotografía, dudó y después dijo:

—Sí, una cosa, Herb. ¿Conoces a alguien llamado Hal Jordán? Podría ser un policía.

Siguió una pausa tan prolongada que Brackett creyó que se había cortado la comunicación.

—¿Herb? ¿Estás ahí?

—Sí. ¿Dijiste Jordán?

—Sí.

—No sé quién es. Pero no conozco a todos los vagabundos o drogadictos de San Francisco.

—No es un drogadicto. De todos modos era una simple posibilidad. Adiós, Herb.

Brackett permaneció con el tubo en la mano hasta que escuchó el *click*; entonces lo dejó en su lugar. Tenía la vista fija en el rostro de Dorothy; pasados unos instantes bajó la vista y buscó su chaqueta. Al ponérsela, se sintió nervioso nuevamente. Ni atemorizado ni aprensivo, más bien como un muchacho antes de su primera cita. La comparación era absurda, pero así se sentía. Tal vez por eso mismo. Brackett decidió llamar Horowitz. Por si acaso.

—¿Sidney? Habla Walter...

—Oh, Walter —dijo Horowitz. Estaba agitado. Brackett también escuchaba ruidos y a alguien que gritaba pidiendo café—. No puedo hablarte ahora. Ha sucedido algo respecto de la chica.

—¿Sabes quién es?

—Cuanto sé es que en Homicidios están atemorizados. Espera un momento. ¿Qué? Debo ir allí ahora, Walter... debo irme.

—Sidney... espera un momento. Encontrémonos más tarde. ¿Puedes?

—No puedo... Mira, si puedo iré. ¿Dónde?

—En *Jimi's*. ¿Lo conoces?

—Sí. Hasta luego, Walter.

Brackett dejó el teléfono, siguió mirándolo por unos instantes, apagó la luz y bajó de prisa las escaleras.

Liebermann estaba detrás del mostrador haciendo la caja del día cuando Brackett entró en la fiambrería.

—Si alguien me necesita, Mr. Lieberman —dijo—, estaré en esta dirección.

Brackett escribió *Jimi's Club* en un trozo de papel y dijo:

—Puede cerrar la puerta con llave, Mr. Liebermann. Entraré por la puerta del costado cuando regrese. Puede que venga muy tarde.

—Sí, Mr. Brackett. Buenas noches, Mr. Brackett.

Afuera, en la calle, seguía lloviendo, pero el cielo comenzaba a limpiarse. Brackett pensó que podía haber sacado el arma del cajón del escritorio, pero le pareció algo melodramático, y además, había vencido su permiso de portación de armas. Decidió que lo mejor era seguir adelante. Entró en el Buick y se alejó.

En Market Street, el Ford negro volvió a aparecer en el espejo retrovisor. Y allí siguió.

DIEZ

ALMOHADONES. El piso del club parecía cubierto con almohadones del tamaño de mesas de juego, encimándose unos sobre otros, empujándose en busca de lugar, como lirios gigantes que asfixiaran la superficie de una charca ornamental. Almohadones y cuerpos yacían sexo contra sexo. Unos dormían, otros se entrelazaban en un estrecho abrazo, otros simplemente soñaban despiertos. Almohadones y cuerpos. Y ruidos, un incesante golpeteo^ los sonidos amplificados intensificando la oscuridad y enervando todo y a todos. La poca luz que había no servía ni para leer, ni para escribir cartas a mamá; eran meros apéndices del decorado, lo indispensable para permitir que las camareras (rubias californianas vestidas con camisas sujetas bajo el busto y *jeans*, igual que Brackett había visto a Mary Malewski) sirvieran los tragos sin pisar una pierna o un mechón de cabello. No había bailarines de *rock and roll* ni hembras exóticas que movieran los traseros, ni colas de conejo, nada de la miel que atrae al turismo. Simplemente una buhardilla para conversar con los dedos y para doparse en privado.

Por su decorado, *Jimi's* no era la Capilla Sixtina o Versalles, ni nadie deseaba que lo fuese, ni le preocupaba. Estaba allí para cumplir un propósito, tal vez ilegal, pero lo hacía acertadamente. Mientras permanecía en la entrada, tratando de adaptarse a la oscuridad, Brackett se sintió tan llamativo como un ave extinta entre tantas hectáreas de tela rústica y tantas largas cabelleras, y, a la vez, muy viejo. Sintió que no era bien recibido.

—Hasta aquí llegas, Charlie. Este club es estrictamente exclusivo.

Brackett se volvió hacia alguien que, por su camisa, proclamaba haber nacido bajo el signo de Tauro, y lo parecía.

—Busco a alguien —dijo Brackett mirando por encima de la cabeza del hombre.

—¿No estamos ya todos? —dijo el hombre—. Allí está la puerta.

Brackett bajó la mirada unos veinticinco centímetros y dijo como sin darle importancia:

—Soy amigo de Hal Jordán.

La reacción fue instantánea y notable. Sea quién fuera Jordán, pensó Brackett, no era el lacayo de nadie.

—¿Cómo se llama? —preguntó el hombre.

—Brackett.

—Nunca lo oí nombrar.

—Jordán escuchará hablar de *usted* —respondió Brackett y se volvió hacia la puerta.

—Espere un momento.

Brackett sintió que una mano se posaba en su brazo.

—Solo un minuto.

Miró hacia atrás y vio al hombre, vio a Tauro; giró sus ojos rápidamente en la oscuridad y se sentó tranquilamente, casi amenazador.

—¿Usted reemplaza a Loomis?

—¿Escuchó decir eso? —preguntó Brackett.

—¿Y quién no? Es de público conocimiento.

—¿Lo vio anoche, verdad?

La respuesta era indudablemente afirmativa, pero Tauro no pensaba decir nada más. Estaba inseguro y concedía a Brackett el beneficio de la duda, pero nada más. Murmuró algo acerca de que debía atender el bar y se alejó rápidamente, dejando a Brackett solo, aislado en el caos. Vio que el hombre hablaba con una de las chicas, después con un hombre joven que parecía cubano, vio que se volvían a mirarlo, y después se perdían entre la multitud. Los colores cambiaban del verde al rojo y al púrpura; una chica de cabellos rojos, con lentejuelas en las mejillas que la hacían parecer tristemente atractiva, ofreció un trago a Brackett; alguien comenzó a cantar que «él/ella estaba Sucio Y En Cierta Modo Levemente Mareado». Y entonces Brackett lo vio. Era negro y gordo, vestía como un pianista venido a menos, caminaba entre piernas y almohadones y se dirigía a una puerta en el rincón.

—¿Ese no es Murray? —preguntó Brackett, y la pelirroja asintió.

Brackett vio que abría la puerta del rincón y, por la luz, comprendió que era una especie de *toilette*; esperó unos minutos, hasta que la puerta estuvo bien cerrada y se acercó. Nadie lo detuvo ni nadie le hizo preguntas. Simplemente se separaron como una marea en un canal cuando abrió la puerta, entró y la cerró con llave.

Se encontró en un baño pequeño, insalubre desde todo punto de vista, con los azulejos rotos y con toscas inscripciones en las paredes. Una piletta del color de la arcilla, una máquina de preservativos vacía (*Compre uno y*

detenga uno) y un solo cubículo donde el otro ocupante de la habitación estaba sentado; se le veían los pies bajo las puertas divisorias. Brackett dudó un instante: Observó la puerta (una chapa delgada y de bisagras flojas). La empujó con el hombro, la oyó golpearse, y oyó un *Hey* asombrado. Vio que el jamaicano trataba de levantarse, pero la mano de Brackett lo sujetó, empujando la cabeza hacia abajo, los pies apretando fuerte el tiro de los pantalones que cubrían los tobillos. El jamaicano quiso soltarse, gritaba que estaba limpio; Brackett le explicó que no era policía y lo empujó contra el asiento.

—¿Qué es entonces? —gritó el jamaicano—. ¿Un ganapán atorrante?

—No, Murray. Soy amigo de *ella*.

Brackett mostró al jamaicano la instantánea; Murray la miró y levantó la vista para mirar a Brackett, después quedó inmóvil. Brackett lo soltó y se apoyó en la pared; tenía los pies entre el agua y el papel húmedo. Había un *spray* nasal vacío.

—La conocía, ¿verdad? —dijo.

Súbitamente, el jamaicano tomó conciencia de la postura indigna en que se encontraba y cruzó los brazos sobre el estómago.

—Pórtate bien, Murray —siguió Brackett— y te dejaré tranquilo.

Murray cerró fuerte la boca hasta que Brackett reemplazó la fotografía por un billete de veinte dólares y lo metió en el bolsillo de la camisa del jamaicano.

—Y bien, Murray, empecemos de nuevo.

El jamaicano miró el dinero, después a Brackett y movió la cabeza.

—Por veinte dólares no sé nada. Ni siquiera la hora.

Brackett se le acercó. El jamaicano vaciló, pero eso fue todo.

—Murray —dijo Brackett fatigado—, la puerta que está a mis espaldas está cerrada con llave. Estamos solos tú y yo aquí adentro. Nadie más. Ahora piensa en lo que te he dicho.

Murray lo pensó cincuenta segundos. Incluso debe haberse preguntado si Brackett estaría armado; pero aunque no lo estuviera, sabía que llevaba las de perder. También sabía que tenía muy poco para vender a ese nivel. En el mejor de los casos podía tratarse de un traficante aficionado, que vendía paquetes de coca a los chicos de los colegios y de los jardines de infantes, paquetes que bien podían contener talco. En el peor de los casos, de un rufián, un eslabón en la conexión cubana, un pájaro gordo, deforme, colgando de los dientes de un caimán que bien podía comérselo. Y seguramente lo haría. No estaba en condiciones de regatear con nadie, ni siquiera con el almacenero,

más aún sentado como estaba, con los pantalones caídos, ante alguien como Brackett, que parecía tan indiferente por la vida del jamaicano, como él lo era por la vida de los demás. Prevaleció el sentido común, después del orgullo inicial.

—¿Está seguro de que no pertenece a narcóticos?

—Si eso facilita las cosas —respondió Brackett—, tal vez lo sea.

Murray observó a Brackett, se restregó el costado de la nariz con el pulgar...

—No. No es de narcóticos. Ellos *toman*. No dan.

—¿Alguien en particular?

—¿Que tome? ¿Está bromeando?

El jamaicano rio como si Brackett le hubiera preguntado si el mundo era redondo.

—¿Jordán? —preguntó Brackett indiferente.

—Un río en la Biblia —dijo Murray sin mover un párpado ¿Si me tiro conseguiré cuarenta?

Brackett sonrió. Le agradaban las tácticas.

—Mire —dijo Murray—, ¿le importaría que me pusiera los pantalones?

—No. Estás muy lindo como estás. Limitate a hablarme de la chica.

—Mierda, hombre, no puedo hablar así...

—La chica, Murray.

El jamaicano parpadeó.

—No sé nada de ella. Es una de las tantas pollitas que vienen por aquí.

—¿Como anoche?

—¿Anoche?

—Alrededor de las cuatro.

—Oh, cierto. Pero se quedó solo unos minutos.

—¿La viste salir?

—Seguro. Yo estaba afuera, en la calle. ¿Es por eso que me dio los veinte dólares?

—Casi.

Murray miró a Brackett asombrado, después se encogió de hombros:

—Pensé... ah, Demonios, hombre, ¿puedo ponerme los pantalones ahora?

—Murray —dijo Brackett—. Todos allá afuera saben que estamos aquí encerrados. Pueden pensar en un centenar de motivos por los que la puerta está con llave; pero tarde o temprano, y probablemente antes de lo que creemos, alguien querrá entrar; así que contesta a mis preguntas.

—¿Es usted inglés? ¿Ha estado en Kingston?

Brckett parpadeó y trató de tomar el billete de veinte dólares.

—Correcto, correcto —dijo Murray rápidamente, deteniéndole la mano

—. ¿Qué desea saber? Jesús, apesta aquí adentro.

—¿Estaba con alguien cuando salió de aquí, verdad?

—¿La pollita? Sí, Loomis. Diga, ¿sabe algo de él?

—Recuérdalo y cuéntame lo que sucedió cuando salieron.

—*Salieron*. ¿Qué más?

—¿Cómo?

—¿Cómo? En coche.

¿Un coche amarillo? ¿Japonés?

—¿Japonés? ¿Qué sé yo? Uno inmenso.

—¿Loomis también entró al coche?

—Seguro. Entró en el coche. Lo vi. Fue directamente al coche. Se sentó atrás. Yo estaba parado allí mismo.

—¿Qué hacías?

—¿Yo? Mataba el tiempo.

—¿Y la chica? —preguntó Brackett—, ¿conducía ella?

—Sí.

—Mientras Loomis se sentaba atrás. ¿No te parece algo raro?

El jamaicano apretó los labios, después se encogió de hombros:

—No. Tal vez quisiera sentarse junto al otro tipo.

—¿El *otro* tipo? —preguntó Brackett perplejo—. ¿Qué otro tipo?

Murray se había puesto de pie y estaba subiéndose los pantalones.

—No sé. Estaba sentado atrás.

—¿Lo conocías?

—No. Ni siquiera pude verlo bien. Quiero decir que estaba oscuro y todo eso.

—Pero estaba allí, el otro hombre...

—Oh, seguro. Estaba. Cuando la chica abrió la portezuela, se encendió la luz. Él la apagó en seguida, pero alcancé a verlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sé. Fue todo demasiado rápido. Blanco...

Brckett observó al jamaicano un instante, después le preguntó:

—¿Dónde estaba sentado?

—Atrás. Ya se lo dije.

—Pero ¿dónde? Detrás de la chica...

—Detrás de la pollita. Recuerdo que Loomis debió dar vuelta al coche para subir.

—Y entonces ella puso el coche en marcha.

—Sí.

—Gracias.

Brackett se acercó a la puerta.

—¿Eso es todo? —gritó Murray a sus espaldas, de pie en el límite del cubículo.

—Eso es todo.

—Bueno, mierda, hombre... La próxima vez que quiera algo, no venga de esta manera. Pensé que se trataba de un asalto.

—Agradece tu buena suerte.

Brackett quiso sonreír, pero no pudo. Se limitó a abrir la puerta y regresó al infierno. Por el momento no había nada más de qué hablar. Nada podía ya sorprenderlo. Hasta que comprendió que todos esos acontecimientos, desde la primera visita a la morgue, habían acaecido en escasas trece horas.

El fin de semana apenas había comenzado.

El muchacho esperó en las sombras del *hall* hasta que dejó de oírse el ruido del tránsito; entonces abrió la puerta con sumo cuidado y escudriñó la calle. No se veía nada ni a nadie. Contó lentamente hasta veinte, aspiró profundamente, escondió el bolso debajo de su chaqueta y corrió, corrió tan rápido como podía, evitando las luces de la calle, corrió en la oscuridad y no aflojó el paso hasta haber corrido unas seis cuadras.

Brackett pensó en Horowitz. De pie otra vez en la sala principal de *Jimi's* era consciente de la atmósfera que lo rodeaba y de las miradas fijas sobre él. Comprendió que lo último que deseaba era que entrara Sidney Horowitz, mostrara su placa a Tauro, se le acercara y le dijera Hola. Eso no lo beneficiaría. No trataba de asociarse al club (Brackett no se asociaba a nada, en realidad), simplemente deseaba preservar cuanto fuera posible cualquier refugio que poseyera. Su refugio, bien lo comprendía, era tan transparente como el celofán, pero le daba cierta protección y quién sabe si podía necesitarlo nuevamente. Podía ver al cubano estudiándolo (cabello aceitado, bigote a lo Gable, un brillante o dos); lo saludó con una sonrisa para evitar que fantaseara, y se volvió a la pelirroja:

—¿Dónde está el teléfono?

—¿El teléfono?

—Sí. El teléfono. ¿Tienen teléfono?

—Seguro.

—¿Dónde está?

—Allá.

—Muéstramelo.

—Está justo detrás de la puerta.

—Entonces llévame detrás de la puerta.

La pelirroja lo miró, se enfurruñó y después lo tomó del brazo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó la chica.

—¿Qué?

—Déjame adivinar. ¿Charles? Como el príncipe.

El cubano estaba ahora, dando la vuelta al salón, en dirección al *toilette*.

—Mira, amor... —comenzó Brackett.

—¿Amor? —la pelirroja repitió con una sonrisa—. Nadie me ha llamado así jamás.

—Muéstreme el teléfono.

—¿A todas las llamas «amor»?

—Me las entiendo mejor con los conductores de taxi. Muéstreme el teléfono.

—¿Felipe? Es más cálido.

Brackett parpadeó, quitó el brazo de la muchacha del suyo y se dirigió a la puerta principal. Alguien entraba, pero no se trataba de Horowitz.

—Me llamo Zelda.

La pelirroja volvió a tomarlo del brazo.

—No es mi verdad7ero nombre.

—Me sorprendes —dijo Brackett. Ya cruzaba la puerta.

—Leí un libro sobre una chica llamada Zelda —continuó la pelirroja—. Bueno, no lo leí todo, en realidad. Pero me agradó su nombre. ¿No te gusta ese nombre?

—No veo el teléfono. ¿Dónde está?

—Zelda estaba casada con el escritor. Hemingway. ¿Leíste a Hemingway alguna vez?

—Mira...

—Zelda. Con zeta.

—Creí que dijiste que aquí había un teléfono.

—¿Vas a llamar a una chica?

Estaban en la esquina del corredor cuando Brackett lo vio. Era una litera, o al menos lo había sido; porque ahora, para darle un toque imaginativo, la habían pintado color rosa y la habían convertido en una cabina telefónica,

colocándola lejos del ruido. Brackett se desprendió del brazo de la pelirroja por segunda vez.

—Gracias —dijo lo más amable que pudo—, ahora me defiende solo.

—¿Quieres que me sienta adentro contigo?

—No. Ya me arreglaré. ¿Por qué no regresas al club y me esperas allí? Otro berrinche. Los ojos se le nublaron durante un momento.

—¿Vas a volver?

—Después de hacer una llamada.

—¿No tardarás mucho?

—No.

—Te esperaré junto a la puerta.

—De acuerdo.

Brackett la miró con una mano sobre la litera, hasta que la pelirroja, de mala gana, debió aceptar y alejarse. Caminó unos pasos por el corredor, se detuvo, miró para atrás a Brackett, como una perrita ansiosa.

—Puedo esperarte aquí. Por si acaso está ocupado.

Brackett negó con la cabeza.

—Dame unos minutos. Prepárame un trago.

La pelirroja dudó, se mordió los labios y dijo finalmente:

—De acuerdo.

Cuando Brackett la vio dar vuelta, agachó la cabeza y entró a la litera.

—Apuesto a que olvidaste mi nombre.

Seguía allí.

—¡Zelda! —espetó Brackett—. Ahora, ¿quieres dejarme solo? —Como advirtiera su expresión, atemperó su tono de voz—. Solamente por unos minutos. ¿De acuerdo?

—Lo siento —respondió la pelirroja. Se dispuso a mirarlo como si hubiera ultrajado su inocencia, pero lo pensó mejor y decidió apelar a un viejo lugar común—. Lo siento, fui... posesiva. Sé que a los hombres no les agrada que las mujeres lo seamos. Bueno, tú ya sabes...

—Posesivas.

—Sí.

—Te veré en el club.

—Zelda.

—Zelda.

—Con zeta.

La muchacha hizo una zeta en el aire con el dedo índice, sonrió y se marchó. Brackett oyó unos compases de una música al abrirse y cerrarse una

puerta. Entró en la litera, se sentó en un asiento capitoné, colocó una moneda en el teléfono. Instintivamente comenzó a discar el número de la casa de Horowitz; entonces recordó que Sidney estaba de guardia y colgó el tubo. Iba a discar nuevamente, cuando sonó el teléfono; el sonido de la campanilla producía un eco en el fondo de la cabina de madera. Brackett miró el aparato, primero sorprendido, después azorado e incluso curioso. Levantó el tubo y escuchó la voz de una chica que decía:

—¿Hola?

Era Zelda.

—Me olvidé preguntarte qué deseabas beber.

Brackett lanzó un juramento; después, por esa costumbre heredada junto con su pasaporte, se disculpó.

—No quise ofenderte.

—Está bien. ¿Qué te preparo? ¿Un Old-Fashioned?

—Zelda... deseo hacer una llamada.

La chica no lo escuchaba. Estaba tomando un pedido, recitando como una niña, toda la lista posible, de cócteles, con ritmo de guardería infantil. Los Manhattan y You're Welcome y Whisky Sours que constituían la dieta americana. Brackett intentó interrumpirla, preguntándose por qué no oía ninguna música haciendo contrapunto con la voz de la joven, cuando de improviso, comenzó a moverse.

Al principio fue imperceptible. Subía y bajaba, como si fuera en un bote al capricho de las olas. Claro que no estaba en un bote ni esa era una cámara. Era una cabina telefónica, pese a su aspecto, y lo estaban levantando. Alguien o, para ser más exacto, dos personas, habían tomado las manijas de la litera y la elevaban como los lacayos del período de Regencia. Brackett quiso volverse, trató de ver lo que sucedía, su mano todavía con el teléfono (¿Te agradaría un Planter's Punch? Lleva ron. ¿O tal vez un Daiquiri?), cuando el horizonte se inclinó y la cabina fue arrojada contra la pared. Brackett comenzó a manotear, queriendo alcanzar la puerta, pero lo arrojaron hacia atrás, y la cabina volvió a chocar otra vez contra la pared, lanzándolo hacia un lado. No podía moverse; estaba atrapado, se bamboleaba —debían ser por lo menos cuatro hombres ahora—. Divisó el rostro de Murray, que sonreía al mirarlo y oyó el pedido de un Margarita antes de que lo arrojaran de espaldas; su cabeza golpeó el piso y el teléfono se soltó de sus soportes. Quiso asir la puerta pero estaba de lado. Pudo ver el cielorraso antes de que la cabina se estrellara otra vez contra el suelo. La arrastraron, la deslizaron sobre el piso

de cemento, la giraron. Brackett alcanzó a ver entonces las escaleras. Un tramo de escaleras que descendía hacia la oscuridad.

Brackett giró de costado, se apoyó en los pies, pero era demasiado tarde. La cabeza le cayó hacia atrás y se encontró patas para arriba en el momento en que la litera era arrojada desde el peldaño superior, se tambaleaba y lentamente iba hacia adelante y caía. Brackett no podía hacer nada. Imágenes confusas, una voltereta en medio del aire —temor que le hizo proteger la cabeza con sus brazos— y luego el golpe, tan fuerte, que lo dejó sin respiración, girando en el vacío. Escuchó cómo se astillaban las maderas a medida que la cabina descendía, escalón por escalón, se volteaba, casi se detenía en el primer descanso. Pero el impulso había sido demasiado fuerte. Se desplomó y cayó una vez más hacia adelante; Brackett se reprochaba por haber sido tan tonto. Hubo un instante de casi maravillosa ingravidez, el grado cero de una cápsula en el aire, y después la caída. Se estrelló hacia adelante, dándose vuelta, mientras alcanzaba a oírse el sonido de una risa femenina.

Domingo

ONCE

—¿WALTER?

Los zapatos eran costosos, italianos, de esos que deben limpiarse con betún neutro. Si uno alguna vez los compra, el vendedor se los ofrece en bolsas de lana, individuales, con un cordón en la parte superior y a veces agrega un par de hormas, también.

—¿Walter?... ¿Estás bien?

Ahora los zapatos fueron reemplazados por un rostro que miraba directamente a Brackett con expresión de verdadera preocupación; la misma que muestran las personalidades que interrumpen los dibujos animados de los sábados para decirles a los chicos cuán caritativos son. Brackett no respondía porque se preguntaba por qué estaba acostado en un piso de piedra, rodeado por un grupo de curiosos, y sosteniendo el tubo de un teléfono en una mano.

—Mira, Walter, es mejor que salgamos de esto —dijo el rostro—. ¿Puedes moverte?

Brackett levantó lentamente la cabeza y miró a Horowitz; iba a responder, cuando recordó lo sucedido y se desmayó.

Afuera estaba oscuro y el reloj luminoso indicaba la una y veinticinco. Brackett estaba sentado en el asiento delantero junto a Horowitz mientras regresaban al centro de la ciudad. Hacía diez minutos que no hablaba, desde que, recobrado el conocimiento se había encontrado en la rural de Horowitz, a quien le agradaban los chicos y la caza, y comprendido que su cuerpo estaba todo entero.

Su silencio se debía en parte, también, a que estaba tratando de concentrarse, intentando juntar otra vez la maraña de hechos, el «motivo central» del día que terminaba. En el mejor de los casos no resultaba sencillo, pero valoraba la preocupación de su amigo y le respondió que se sentía bien y se lo repitió, pero debió oír un monólogo que parecía innecesariamente nervioso, como si hubiera sido Horowitz quien cayera escaleras abajo y no el propio Brackett.

—Sidney —dijo Brackett finalmente—, hazme un favor y mantón la vista fija en el camino.

—Lo siento, Walter —respondió Horowitz—, estoy preocupado por ti, eso es todo.

—Entonces deja de preocuparte.

—Me alegro de que me dijeras adonde ibas. No quiero pensar en lo que habría podido suceder si no lo hubiera sabido.

—Pero lo sabías y me congratulo por ello.

Ambos permanecieron callados un momento; seguían pensando en lo sucedido en lo de *Jimi's*. Finalmente Brackett miró a Horowitz y dijo:

—¿Sidney?

—¿Sí?

—No me dijiste lo que te sucedió a ti.

—¿Qué quieres decir... conque me pasó a mí?

—Con la chica. Dijiste que Homicidios descubrió algo nuevo acerca de la joven.

Horowitz miró rápidamente a Brackett:

—Espera a mañana, Walter. No te encuentras bien...

—Sidney... ¿qué sucedió?

Una pausa. Horowitz miró al frente (Brackett solo veía su perfil, las luces de neón delineaban sus facciones), controló el espejo retrovisor y condujo el coche a un lado del camino. Apagó el motor y, por unos minutos, observó la calle. Brackett esperaba.

—Walter... —comenzó Horowitz, pero se detuvo.

Brackett parpadeó.

—Sidney, no me mantengas en esta incertidumbre. No es culpa mía si me veo envuelto en este caso, y Jesucristo, ni siquiera sé por qué estoy adentro.

—Es reservado, Walter...

—Oh, vamos, Sidney. De cualquier manera vas a contármelo.

Horowitz se encogió de hombros. Un gesto tímido.

—Sidney —dijo Brackett con naturalidad, inclinándose hacia su amigo—. ¿Ayudará algo que te cuente antes una cosa? ¿Cómo si cambiáramos apuntes? Por ejemplo, la chica no estaba sola en el coche.

Horowitz lo miró, asombrado:

—¿Cómo lo supiste...?

—¿Estoy en lo cierto?

—Sí, pero...

—¿Qué te dijo Homicidios?

—Que no fue un accidente.

—¿Qué cosa no fue un accidente? —preguntó Brackett.

—La muerte de la muchacha. No fue un accidente.

Brackett miró a Horowitz sin que su rostro demostrara sentimiento alguno. Afuera un hombre y una mujer caminaban vacilantes y la mujer reía. El hombre golpeó el techo del coche y gritó algo.

—Hijo de perra —dijo Horowitz.

—Sidney... ¿qué quieres decir, con que no fue un accidente?

—Simmons...

—¿Qué sucede con Simmons?

—Pidió una nueva autopsia del cuerpo de la chica y encontraron magulladuras en el cuello que eran, indudablemente, motivadas por estrangulación. Intencional o no. Probablemente ya estaba muerta cuando fue arrojada a través del parabrisas. Eso es lo que dice el informe. Quiero decir que tenemos una posibilidad en cien, de descubrirlo. Simmons deseaba hacer un doble control en todo lo referente a Loomis, y la chica parece ser una de esas conexiones. Ahora nos enfrentamos con un caso de asesinato.

—¡Qué día! —dijo Brackett—. ¡Qué día agotador!

—En un coche en movimiento, el muy sinvergüenza corrió el riesgo.

Brackett no le respondió.

—Tú sabes —dijo Horowitz, casi arrepentido—, pudo ser el crimen perfecto.

Brackett conectó el encendedor automático del coche y encendió un cigarrillo, que llevó a la boca.

—¿Sabe Simmons quién lo hizo? —preguntó después de unos instantes.

—No, cree que fue Loomis.

Brackett movió la cabeza y observó los destellos rojos del encendedor.

—A la chica la estrangularon desde atrás, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Fue así, ¿verdad?

—¿Cómo demonios sabes eso?

—Dame una oportunidad, Sidney. ¿Lo fue? —Sí.

—Loomis estaba en el coche, pero no fue quien mató a la chica. Otra persona lo hizo. Alguien que estaba sentado detrás de ellas mientras conducía. Exactamente detrás.

Horowitz miró a Brackett, sus ojos parecían confundidos. Observó cómo volvía a encender el cigarrillo y se recostaba en el respaldo.

Estuviste muy ocupado hoy, Walter, ¿verdad?

—Así es —dijo Brackett y añadió señalando con el dedo—, allí mismo. Alguien vio a los tres anoche cuando salían de *Jimi's*.

—¿Quién?

—No interesa quién.

—Bueno, debe tener un nombre...

—Escucha, Sidney, déjame decirte lo que pienso. La chica... todavía no sabes ni quién es, ¿verdad?

—No.

—Nadie denunció su desaparición...

—No...

—Jesucristo... —hizo una pausa, después continuó:

—Bien, de todas maneras, la chica le pidió prestado el coche a un cliente. El Toyota. Fue a *Jimi's* porque necesitaba dinero y allí se encontró con Loomis. Todos hechos concretos.

—¿Quién te lo dijo?

—Espera. Necesitaba algún dinero. Sube al coche, detrás del volante. Atrás, van dos hombres. Dos. Loomis y otro. La chica estaba asustada. Conoce a ese otro hombre, pero no sabe que está en el Toyota hasta que es demasiado tarde. El hombre le ordena que conduzca. La muchacha así lo hace. Está petrificada y asustada. Cruzan la ciudad, pasan por Union Square, atraviesan por los palmares y llegan al puente. Sobre el puente, el hombre que, tenía a sus espaldas —no Loomis, sino el que se sentaba directamente detrás de la joven— la estrangula. El coche se estrella, pero para entonces, ambos hombres ya no estaban en él. Ahora, Sidney, piensa en esto. Loomis vio lo sucedido. No sabía de qué se trataba, pero lo ha presenciado. Y es un testigo. Por eso corrí ¿Por qué? Porque sabe, el muy sinvergüenza *sabe* que van a matarlo también; por eso corre directamente hacia la policía. Están en la cabina de peaje. Corre porque es el lugar más seguro en el que puede refugiarse. Lo protegen.

Brackett se detuvo, cruzó los brazos y miró a Horowitz. Sidney parpadeó.

—¿Por qué no dijo la verdad, entonces? ¿Por qué no mencionó al otro hombre?

—Tal vez pensara hacerlo —dijo Brackett, inclinándose y hablando calmadamente—, pero no olvides que Loomis estaba implicado. Era casi cómplice. Incluso *trabajaba* para el otro hombre. Cualquier cosa que dijera lo incriminaría; por eso inventa una historia, para darse tiempo. ¿Qué sucede? La policía la cree. La creen a pies juntillas. ¿Por qué no habían de hacerlo? Los accidentes suceden a cada instante.

—Y consigue librarse.

—No, Sidney. No lo logra. No se salva del otro hombre. *Él* no estaría a salvo mientras Loomis no muriese, porque Loomis iba a hablar. No a la policía sino a mí.

—¿Por qué a ti?

—No lo sé —comenzó Brackett—, no tuve tiempo de averiguarlo.

Horowitz comenzó a golpetear el volante con los dedos, después encendió un cigarrillo y miró pensativo la oscuridad.

—¿Son todas suposiciones, verdad Walter? Solo eso. Quiero decir que ese otro hombre...

—Existe. Se hace llamar Jordán. Hal Jordán.

—¿Billy Kent te contó todo lo que sabes?

—Sí. Te aseguro, Sidney, que mañana voy a echar otra mirada al Toyota.

Horowitz no dijo nada. Parecía preocupado; por lo menos Brackett sintió que lo estaba.

—¿No me crees, Sídney? —preguntó Brackett.

—No lo sé, Walter. Pienso que de cualquier manera debes dejar el caso en manos de la policía.

—Sidney —protestó Brackett.

—Bueno, mira lo que te sucedió. Pudieron matarte allá.

—Puedo cuidarme; además, no pienses que lo sucedido tenía relación con Jordán. Si él quisiera matarme ya lo hubiera hecho. Me parece que solo se trataba de algunos bobalicones que se molestaron.

—Puede ser, pero me refiero...

—Sidney, tú entre todos...

—Yo solamente creo que no debieras...

—¿Qué?

—¡Escúchame!

—No si me gritas —dijo Brackett súbitamente disgustado—. Por la salvación de Jesucristo, ahora no puedo abandonar el caso. Estoy cerca del final. Muy cerca.

Brackett miró a Horowitz y después fijó la vista fuera de la ventanilla. Se produjo un largo silencio. Un hombre cruzó la calle delante de ellos, con una pila de periódicos; miró a un lado al oír una ambulancia a la distancia y después siguió su camino leyendo los titulares.

—Lo siento, Walter —dijo Horowitz en voz baja—. No deseaba... Bueno, pensaba en lo que le sucedió a Harry.

Brackett lo escuchaba sin reaccionar.

—Es decir, Harry conocía a todo el mundo —prosiguió Horowitz—. Tenía todo. Conocía todos los contactos. Walter, Harry era el mejor y tú y yo lo sabemos. Piensa en lo que le ocurrió. Una pareja de chiquillos, pues no eran más que eso, lo golpearon casi hasta matarlo. ¿Por qué?

—Harry sabía lo que estaba haciendo.

—Seguro. Harry era obstinado, igual que tú.

—Sí —dijo Brackett con énfasis—, igual que yo.

Horowitz lo observó un par de minutos, después pareció refugiarse en el rincón más distante del coche.

—Sidney —dijo Brackett, acercándosele—. Eres el único con quien puedo hablar. Puedes comprender lo que significa para mí.

—Hace veinte años, jamás hubieras dicho una cosa semejante.

Brackett sonrió:

—Hace veinte años hubiera corrido una milla para alejarme de un caso como este. Los asesinatos nunca fueron mi especialidad. Harry se ocupaba de ello. Ahora necesito hacerlo. Si lo abandono, todo termina.

—¿Y te dedicas a escuchar a boxeadores como Billy Kent?

—Sí, y a otros. A cualquiera.

—¿En *Jimi's*?

—¿Por qué no?

—Ninguno de ellos irá al juzgado para ayudarte.

—Ni pretendo que lo hagan. Pero he aprendido varias cosas.

—¿Qué?

Brackett se encogió de hombros:

—Cosas...

—Walter, hablas con un amigo.

—Ya lo sé, y tú has sido un buen amigo. Recuerdo cuando murió Dorothy...

—Ni pésames ni flores.

—Ni pésames ni flores —dijo Brackett—. Te lo aseguro. Somos amigos, pero llevas en uno de tus bolsillos una placa.

—¿Entonces?

—Eso es todo.

—¿Tratas de decirme que no puedes hablar conmigo debido a mi placa?

—En este caso, sí.

Horowitz lo miró fijo, después habló:

—Estás loco, Walter. Sinceramente creo que no estás en tu sano juicio.

Brackett ni siquiera sonrió:

—Llévame a casa, Sidney —dijo—, pon el coche en marcha.

Un sobresalto; después, Brackett se inclinó y encendió el motor. La máquina arrancó pero se detuvo.

—Aprieta el acelerador, Sidney.

Horowitz permaneció inmóvil un momento y luego puso el motor en marcha otra vez. El ruido aumentó, los seis cilindros se pusieron en marcha, y la rural se alejó lentamente por el camino.

Recorrieron casi cuatro cuabras en silencio, y Horowitz solo habló cuando se detuvieron ante un semáforo:

—Ya lo sabes, Walter, no tengo ni idea de lo que tienes en mente.

—Es que lo prefiero —replicó Brackett—. No deseo cometer ningún error hasta estar bien seguro.

—¿Seguro de qué?

Brackett iba a responder. Hacía demasiado tiempo que conocía a Sidney Horowitz para comportarse con él de esa manera. Era una actitud que odiaba en otras personas; odiaba a los fanfarrones de las mesas de póquer, el engaño. Deseaba hablar francamente, decirle que buscaba a un policía, uno de tantos, uno de los mejores de Frisco que ya no era tan bueno. Quería poner las cartas sobre la mesa porque se lo debía al hombre que estaba junto a él más que a cualquier otro después de Kemble. Había sido Horowitz quien lo había ayudado en los tiempos difíciles, las etapas de desaliento que lo habían acompañado en los últimos diez años. El amigo que tantas veces lo había invitado a su casa, lo había recibido con afecto, lo había hecho padrino de su hijo. Sidney Horowitz, el que hacía chistes, el que prestaba dinero cuando no tenía con qué pagar el alquiler y quien le telefoneaba los domingos para invitarlo al partido de fútbol. ¿Lo recuerda? La nostalgia lo invade. Pero Brackett no podía hablar. *Ya es hora de que hagas un balance de tu vida, Walter.* Así se planteaban las cosas. Un fichero vacío durante los últimos diez años, porque había bebido demasiado, se había apiadado demasiado de sí mismo y no había capitalizado nada. Había fracasado. *Fue* un fracaso y Simmons se lo había demostrado.

Oh, al principio, no le resultó sencillo admitir que Kemble era el baluarte de su profesión. Pero lo era. No necesitaba de una computadora para arribar a semejante conclusión. Hoy, ayer, las últimas catorce horas, estaba deseando probar su propia —¿cómo decirlo?— categoría. Ah, a los americanos les apasionaba eso. La categoría. Una manía colectiva, pero era verdad. El *status*, el rango. Mr. Walter Brackett... ¿no me ha oído? No soportaba las equivocaciones. Necesitaba estar seguro. Absolutamente convencido. El éxito

debía pertenecerle a Brackett. A él y solo a él. Tienes cincuenta y tres años, Walter... ¿y qué has conseguido? Ruidos que tomas por canciones. Mi pobre Jesucristo. ¿Sospecharé de todos? Del borracho de la esquina, de Charlie, sentado en su enorme limusina (cincuenta dólares desde el aeropuerto... y música extra...). ¿Del dueño de la farmacia? Liebermann. Harry, fanfarrón. Así estaban las cosas. Dando tumbos por esas escaleras. Los cretinos. ¡Nadie va a hacerme eso a mí! Tengo los ficheros. Todo lo tengo registrado. Allí. De puño y letra. Jesucristo. Las luces están verdes. Maldito Dios. Oh, Sidney... ¿eres tú? Jordán, Hal Jordán. Esa pobre chiquilla. Oh, por favor, no doubles por Union Square, *baby*. Odio esas palmeras. *Todos*. Todos son culpables. Simmons lo dijo. Todos. Debo prestar atención a Simmons. Sinvergüenza inteligente. Cabrón. Los yanquis, con su chocolate y su goma de mascar. ¿Dónde estaban en 1940 cuando las bombas destruyeron... destruyeron, demolieron por completo la casa? ¿Quién nos dejó huérfanos? Malditos sean todos. ¡Pearl Harbour! ¿Era tan insignificante —ah, sí, insignificante, insignificante fecha—, tan insignificante el incidente que abrió las puertas para tu guerra? Dos años, una maravilla. Dos años malditos en los que luchamos antes que aparecieran. Oh, sí. ¿Así que ahora quieres que lo acepte? ¿Aceptarlo? Las luces verdes se encendieron y luego suavemente las rojas. ¿Por qué no se movía Sidney? Ahora comenzaba a hacerlo. Ahora decidía moverse. Oh, sí. Bueno, esta vez, yo no te necesitó. Puedo valerme por mí mismo. Llegaré a subir la cuesta. No solo la cuesta. Llegaré a la cima, ¡la cima! Policías falsos, pícaros. Esa niña. Tan joven, el mechón de pelo, engañándonos a todos. Se lo diré a Horowitz. Se lo contaré. Ustedes observen. Le diré que...

—¡Sidney!

El grito cortó el aire en el instante en que Horowitz apretó los frenos. Inmediatamente, el coche se deslizó a un lado, las ruedas rechinaron buscando dónde asentarse en el pavimento húmedo mientras Brackett se abalanzaba contra la puerta, luchaba por abrirla. Y después se quedó inmóvil, con el rostro contra la ventanilla, quiso gritar otra vez, pero se le quebró la voz en un sonido semejante al de una varilla que se quiebra.

Brackett miraba fijamente el lavabo; el agua que lentamente rodeaba el tapón. Observó cómo subía, y decidió que la dejaría correr hasta que cubriera dos eslabones de la cadena.

—¿Cómo te sientes, ahora, Walter?

¿Quién le hablaba?, ¿quién estaba detrás? Brackett volvió la cabeza, casi al borde de un desmayo, y se tomó del borde del lavatorio. Levantó la vista para observar las luces colocadas encima de su cabeza, contó las manchas de moscas muertas en el centro del bols, después frunció el entrecejo sin reconocer el papel de las paredes ni las caricaturas enmarcadas que adornaban las mismas.

—Sufriste una conmoción allá —dijo Horowitz y apareció una mano sosteniendo un paño frío—. En un momento dado debí sujetarte al asiento, de otro modo no quiero ni pensar en lo que hubieras hecho. Créeme, Walter, sufriste una fuerte conmoción.

Cauteloso, nervioso, como si temiera turbar hasta el aire que lo rodeaba, Brackett levantó la cabeza, asombrado, porque parecía que todo se estiraba delante de sí, alargándose como rascacielos, y vio a Horowitz que parecía alcanzar el cielorraso. Vio la hebilla del cinturón, el revólver en su pistolera, las rayas de su corbata, el vaso de *whisky* que reflejaba la luz, el mentón, su olor a transpiración, y después esa sonrisa, esa sonrisa santa de persona caritativa, esa sonrisa de jueguista que afirmaba «Todo está mejor».

—¿Por qué estoy aquí? —dijo Brackett cuando la sonrisa descendió, se trocó en un improvisado repertorio de muecas, de ceño fruncido, destellos detrás del líquido del vaso; y después se abrió, dejando al descubierto una hilera de dientes y dijo:

—Bebe, Walter. Miriam está preparándonos una sopa.

La sopa era de puerros y papas porque Miriam estaba convencida de que era el plato preferido de Brackett. Miriam estaba de pie, llevaba colocados los rulos, tenía los brazos cruzados y un cucharón en la mano, mientras observaba comer a Walter.

—¿Está buena? —le preguntó con expresión preocupada y sin quitar los ojos del plato.

Brackett tragó, demorando su respuesta como si degustara un extraño Mouton-Rothschild, después le dijo:

—Buena.

Miriam sonrió y empujó la sopera a un lugar más importante de la mesa. Brackett la contempló como si Horowitz se hubiera situado frente a él.

—Sigo pensando que deberías quedarte en casa esta noche —dijo Horowitz—. Podemos prepararte una cama en la habitación vacía.

Brackett dijo que no con la cabeza.

—Gracias, Sidney, pero me siento bien ahora. Ya te molesté bastante.

—Ninguna molestia. Díselo, Miriam.

—No nos molestas, Walter. ¿Qué otra ocasión de verte tenemos?

—Ya es medianoche, Miriam —dijo Brackett—. Es mejor que me vaya a casa. No te ofendas.

Miriam miró a su marido, que puso cara de «¿Qué podemos hacer?» y le hizo un gesto para que los dejara solos. Miriam dudó y sirvió un poco más de sopa en el plato de Brackett.

—Come, Walter. La hice especialmente para ti.

Brackett volvió a tragar y se las arregló para sonreír. Un nuevo gesto de Horowitz, señalando la puerta con la cabeza, y Miriam salió de mala gana, regresando casi inmediatamente con un plato de carne fría y pickles. Volvió a salir y la oyeron lavar platos en la cocina.

—¿Miriam, por qué no te acuestas? —gritó Horowitz desde la puerta. Levantó los ojos al cielorraso, y volvió a ocuparse de Brackett.

—Chico —le dijo—, *verdaderamente* te diste un golpe bien fuerte. Golpeaste contra el techo.

Brackett contemplaba la sopa.

—Siento lo sucedido, Sidney. Reacción tardía.

—Oh, seguro. No te preocupes. La verdad, Walter, estás deshecho. ¡Caray!

—¿Sidney?

—¿Sí?

—¿Te molesta si...?

Brackett señaló la sopa.

—¿Qué? Oh, no. Déjala. Déjala. Deja que sufran los chicos mañana. Te diré que me he casado con la única matrona judía que no sabe cocinar.

Siguió un silencio que Brackett aprovechó para observar la habitación. En la pared más alejada estaba la tradicional galería de fotografías, la mayoría de los chicos: jugando en la playa, posando con suficiencia en Disneylandia, o andando en bicicleta. Brackett se puso de pie para observarlas mejor.

—Están creciendo —dijo.

—Día a día. Este que quiere ser el mejor jugador del mundo es tu ahijado.

—¿Me tomas el pelo?

—¿Cómo puedes pensarlo? Tiene nueve años.

—¿Mike nueve años? Jesús... ¿a dónde se fueron todos estos años?

Brackett observó la fotografía de un muchachito de cabello oscuro que sostenía una pelota de football y vestía una camiseta con la palabra *jets*.

—Tiene tu nariz, Sidney —dijo Brackett e hizo una mueca.

Horowitz sonrió, se rascó la nariz, y después dijo:

—¿Estás seguro de que te sientes bien, Walter?

—No sigas con eso; estoy perfectamente.

Después, cambiando de tema, siguió observando las fotografías y se encontró mirando una foto suya. La habían tomado dieciocho años antes. Brackett estaba de pie en la escalinata de una iglesia pequeña y vestía su mejor traje, con una gardenia en el ojal. Dorothy se tomaba de su brazo, y a su derecha se hallaba Kemble. Detrás se divisaba el rostro de Horowitz. Brackett la miró pero enseguida quitó la vista de ella y la fijó en otra fotografía, y dijo:

—¡Epa! ¿Este eres tú?

Era la fotografía de un grupo de cadetes de policía que posaban ante los severos portones de la academia.

—Seguro que lo soy —dijo Horowitz—. ¿No la habías visto antes?

—Debo haberlo hecho. Y este es Herb. Herb Johanssen.

—Nos graduamos juntos.

—Yo creía... —comenzó a decir Brackett, pero se detuvo.

—¿Pensabas que era más antiguo? —dijo Horowitz—. No, Walter. Solo que Herb es más ambicioso. Creo que siempre consigue lo que se propone. Si miras con más detenimiento verás también a Simmons. Así son las cosas...

Brackett permaneció en silencio hasta que Horowitz lo tomó del brazo.

—Vamos a ver a Mike.

—¿Qué?

—Mike, tu ahijado. ¿No quieres verlo?

—¿Ahora?

—Seguro. Vamos.

Brackett siguió a su amigo a regañadientes, hasta un pequeño dormitorio que estaba a oscuras, caminaron de puntillas y se detuvieron reverentes ante un niño dormido en su cama.

—Este es Mike —susurró Horowitz orgulloso—. ¿Está grande, verdad?

Brackett asintió y observó la cama, después los posters que adornaban las paredes, los prototipos de plástico, variedad de juguetes, un estante con libros, banderines de fútbol. Ordenadas sobre una mesa se hallaban varias revistas de historietas, la mayoría de «Tarzán» y «Linterna Verde». Más juguetes y cajas de juegos. Un tren a medio armar.

—Jesús, Sidney —dijo Brackett, pero inmediatamente bajó la voz—. ¿Qué has hecho? ¿Compraste la parte de Schwarz?

Horowitz casi se sonrojó y le respondió:

—No podía darles gran cosa a los chicos, sabes, Walter. La vida es algo tan desgraciada, tan complicada, que los chicos merecen todo lo que podemos darles. Si debiera vender mi casa para evitar que Mike o Louise terminaran como la chica que está en la morgue, te aseguro que lo haría. No me importaría lo que fuera de mi persona. Esa niña, Jesús, Walter, está mejor muerta. Te lo aseguro.

—Lo mismo dijo Billy Kent.

—Tiene razón.

Brackett miró al frente, algo molesto, y levantó una revista. Fue entonces cuando Horowitz dijo:

—Walter... Tuve que advertirle a Simmons.

Brackett se volvió para mirarlo:

—¿Qué?

—Lo lamento, pero debí decírselo. Se supone que estoy de servicio ahora y...

—¿Qué le dijiste?

—No mucho. Simplemente que Loomis estaba en el Toyota, solo eso. Debí hacerlo. Él está ocupándose del caso, no tú.

El chico comenzó a moverse en la cama. Ambos hombres lo miraron, pero el muchacho parpadeó en sueños y se colocó boca abajo.

—Salgamos —dijo Horowitz en un susurro, y ambos regresaron al comedor. Brackett volvió a mirar las fotografías sin hablar.

—Debía informar algo —se disculpó Horowitz.

—¿Por qué? —preguntó Brackett, sorprendido por la fuerza de su voz—, ¿por qué eso? ¿No te bastaba con lo sucedido en *Jimi's*? No es solo su caso, Sidney, también es el mío. Así que deja de buscar atenuantes.

—Yo no...

—Bien, entonces...

—¿Bien qué?

—Simplemente bien, entonces. Eso es todo.

Horowitz miró hacia la cocina, después habló con calma:

—Lo siento, Walter. Lo que sucedió fue que Simmons me había buscado durante una hora y... Bueno, no deseaba meterte en líos. Es la pura verdad.

Brackett permaneció silencioso durante unos minutos, después dijo:

—Comprendo. Sidney. No debí... Comprendo.

Horowitz no se movió de donde estaba, mientras Brackett seguía observando los rostros que pendían de las paredes, las poses de las fotografías. De pronto, inexplicablemente se estremeció, como si lo

presintiera, como si un extraño sexto sentido le dijera que uno de los rostros que tenía delante era el del mismísimo Hal Jordán. Brackett quiso desechar la idea, diciéndose que no creía en esas premoniciones; que la intuición era un espejismo, que estaba agotado, con la mente confundida.

Pero aun así, no podía dejar de aceptar que la sensación existió, válida o no. Y lo peor, lo peor de todo, es que no lo había sorprendido. No era, de ninguna manera, un sexto sentido. Para Brackett, se trataba de una impresión cierta.

—Siéntate, Walter, y hablemos con tranquilidad —dijo Horowitz—. Le pediré a Miriam que nos prepare café.

Brackett se encaminó a la puerta sin responder, evitando mirar a Horowitz a los ojos, le dijo:

—Buenas noches, Sidney.

Y caminó rápido hasta la escalera.

Escuchó que Horowitz la llamaba y vio una luz que se extinguía, pero Brackett ya estaba en el *hall*. Miró hacia arriba, vio a Horowitz mirarlo boquiabierto, a Miriam que aparecía detrás de su marido con un colador en la mano y cerró la puerta de calle de un portazo, alejándolos de su vista, y se adentró en el abrigo del aire nocturno.

DOCE

SIN necesidad, Brackett dio una propina mínima al taxista y entró a la fiambrería por la puerta lateral, pisando los extremos de los escalones, por temor de despertar a Liebermann, hasta llegar a su oficina. Cuando abrió la puerta y encendió la luz, la chiquilla le sonrió desde el otro extremo de la habitación, como una doncella ambiciosa que esperara, desnuda, junto al diván del empresario. El repudio fue instintivo e inmediato, y Brackett, con la mente aún alterada, desprendió la fotografía y observó cómo la joven se estrellaba contra el piso, estiraba las piernas y se enroscaba en un rincón, fuera de su vista.

Después de revisar el cuarto y comprobar que nadie había estado allí, instintivamente buscó debajo del cenicero y descubrió que había otros dos llamados registrados. Uno, inevitable, de Mrs. Markstein, y el otro, según Liebermann, de un hombre que no quiso decir su nombre. Brackett especuló acerca de quién podía ser el desconocido, pero la lista era tan extensa como desconcertante, y, en consecuencia, abandonó su propósito.

Había sido un día extenuante e inquietante desde todo punto de vista, y la mayoría de los problemas los habían ocasionado otras personas y acontecimientos extraños.

En esos momentos, Brackett solo deseaba pensar, tratar de sintetizar y grabar las experiencias y su correspondiente análisis, en un esquema simple y comprensible, una guía en la cual basarse antes de seguir adelante.

Por lo tanto, se desvistió, observó con alivio que solo tenía unos pocos magullones en el cuerpo, y los cubrió con un pijama a rayas blancas y azules, prolijamente zurcido y planchado por Mrs. Liebermann. Finalmente, después de juntar la ficha de Loomis, una lapicera, varios cigarrillos y un cenicero, se metió cuidadosamente en la cama, acomodó las almohadas y leyó lo que había escrito el día anterior. Algunas cosas las tachó y otras las respondió o confirmó, o definitivamente con un punto, o dubitativamente con un signo de interrogación. Se sorprendió de comprobar cuántas páginas había escrito y

cuántos nombres había agregado (Mary Malewski todavía aparecía como *Mary Malewski*, pese a todas las alteraciones, para evitar confusiones); también lo alteraron las implicaciones que habían surgido, muchas de ellas en las últimas horas. Implicaciones no solo relacionadas en el *porqué* de los hechos (un asesinato es un asesinato, no interesa cuáles sean los atenuantes), sino acerca de quién los había causado. El simple hecho de haber escrito nombres (tres) indicaba que sospechaba de alguien conocido por él, incluso en casa de Horowitz, y Dios era testigo de que deseaba que las cosas fueran diferentes.

Brackett dejó las hojas a un lado; una cayó al suelo casi con ruido al tocar la alfombra, y Brackett advirtió, entonces, cuán silencioso estaba el cuarto. Hasta el tránsito, afuera, parecía haber enmudecido. Unas sombras oscurecían la pared más alejada, cubriendo primero las cortinas y después el propio escritorio, alargándose mientras las contemplaba, como si Polonio estuviera detrás del tapiz; moviéndose entre los rostros, Brackett comenzó a soñar despierto, a su pesar, hasta que súbitamente, bien claros y definidos, escuchó pasos. No había equivocación posible. Eran pasos, y no de un merodeador clandestino que pisaba con sumo cuidado, sino de alguien que caminaba sin temores ni restricciones en la habitación situada encima de la de Brackett.

Al principio, Brackett creyó que sería Liebermann, hasta que comprendió que no era el sonido normal de sus pasos (Liebermann caminaba con un chancleteo enfático de sus vivas zancadas), y que el húngaro, jamás se hallaría allí arriba. Como ambos sabían, tanto Brackett como Liebermann, esa habitación no se usaba hacía cinco años; permanecía igual a como la dejara su ocupante, salvo la limpieza superficial que le hacía la dueña de casa una vez a la semana, porque le pertenecía entonces, y seguía perteneciéndole, a Harry Kemble.

Brackett no se movió, pero escuchó los pasos, hasta que se detuvieron en un rincón, exactamente sobre su cabeza. Miró al cielorraso y en el silencio, pensó por un instante que era una jugarreta de su imaginación, que su preocupación con tanto asesinato había distorsionado la realidad, aunque sabía que no era así. Tanto lo sabía que se echó un impermeable sobre el pijama y a tientas se acercó a la ventana; mantenía una mano cerca del cajón del escritorio. Lentamente dejó que sus dedos abrieran el cajón y tocó el arma; la tomó y la escondió en su bolsillo, fue a la puerta y salió a la oscuridad del corredor.

La habitación de Kemble estaba en la parte superior; los separaba un solo tramo de escaleras, y aun antes de llegar hasta allí Brackett divisó la luz que

se filtraba debajo de la puerta. Quienquiera que se hallara adentro, o estaba seguro con la puerta bien trabada o se comportaba como si el lugar le perteneciera. Obviamente, la última suposición inquietó enormemente a Brackett, no porque le atemorizara ver que su socio había regresado a casa sino simplemente por las implicaciones del hecho. Si lo interrogaban, Brackett se vería en figurillas para responder; no deseaba intentarlo siquiera. Se detuvo ante la puerta, pasó el arma al bolsillo izquierdo y luego, lentamente, con inmensa calma, movió la manija de la puerta y permitió que la misma se abriera. Un rectángulo de luz (el rincón de la cama, una hilera de libros sobre un estante) y Brackett que daba un paso dentro de la habitación, cuando el otro hombre se volvió sin sorprenderse, como si su presencia fuera la cosa más natural del mundo.

—Oh, al fin ha llegado —dijo antes de que Brackett pudiera articular una palabra—. Me preguntaba a qué hora llegaría.

Brackett se detuvo, sorprendido, pues de ninguna manera esperaba semejante recepción. Tampoco esperaba encontrarse, entre tantas personas posibles, con el teniente Simmons.

—Me disculpo sinceramente, Brackett —dijo Simmons apoyándose en el escritorio—, creí que esta era *su* habitación. Donde usted duerme.

Ambos hombres bajaron las escaleras y entraron a la habitación de Brackett. Estaban de pie en la oficina. Todas las luces estaban encendidas y Brackett mostraba signos de indignación, molesto por los modales de Simmons y consciente de su propia imagen, de pie en medio de la habitación con el pijama rayado.

—Ese no es mi cuarto, y aunque lo fuera, usted no tiene derecho de irrumpir en él, no interesa la hora que sea.

—Pero si no irrumpí indebidamente, Brackett —respondió Simmons mostrándole un manojito de llaves que colgaba de su dedo índice—. Usé una de estas llaves. Además, lo llamé más temprano pero, lamentablemente, usted había salido.

—Pudo llamar, pero no dejó su nombre ni demostró interés en venir a casa.

—¿No lo hice?, —elevó levemente las cejas—. Pero hablé con alguien. Un extranjero como usted.

—Liebermann es húngaro, si a eso se refiere.

—¿Húngaro? Ah, sí.

Una sonrisa. Brackett tomó conciencia de que todavía guardaba el arma en el bolsillo de su impermeable, pero si Simmons lo había advertido no lo

demostró, se limitó a observar distraídamente el escritorio, levantando un cenicero y volviendo a dejarlo en su lugar sobre el polvo.

—Bueno, ya está aquí —dijo Brackett—, ¿qué desea?

—Entonces la habitación de arriba debe ser la de Kemble —dijo Simmons, sin responder y haciendo un gesto vago en dirección a la luz del cielorraso.

—Sí...

—Sí. Debe esperar que regrese de... ¿cómo se llama el lugar? Usted me lo dijo. Autumn Pastures. No. Autumn Glades.

—Yo nunca le hablé...

—¿Usted no me lo dijo? No importa. ¿Lo espera?

—¿Qué?

—¿Espera que Kemble regrese?

—Algún día. Mire... ¿por qué está aquí? ¿No podía esperar a la mañana?

Simmons miró a Brackett con una simulada expresión de disgusto, como un tío preferido que se encuentra con que le cierran la puerta en las narices.

—Brackett... solo quería agradecerle.

—¿Por qué?

La pregunta era fría y recelosa.

—Por su ayuda. Me contaron sus teorías acerca de los ocupantes del Toyota, y entonces decidí hacer revisar las huellas digitales del coche. Los asientos...

Brackett esperaba en silencio.

—¿Sabe lo que encontramos?

—Dígamelo.

—Loomis estaba en el coche, correcto. No hay dudas al respecto. Pero no estaba sentado detrás de la chica.

Simmons habló de hechos concretos, como si relatara a Brackett algo que este ya sabía. Aun así, añadió:

—No parece sorprendido.

—No lo estoy —dijo Brackett.

Simmons hizo un gesto de admiración:

—Entonces, ¿ya había descubierto al otro hombre?

—Sí.

—¿Sabe quién es?

—No.

—Nosotros tampoco. No hay huellas, excepto el tizne de un guante sobre, le repito, *sobre* una huella de Loomis.

—¿El asesino de la chica usaba guantes? —preguntó Brackett. Y vio como Simmons se agitaba, dudaba y giraba su cabeza para mirarlo de frente.

—¿Usted sabía que la habían asesinado?

—Sí —dijo Brackett, disfrutando esos momentos y encendiendo un cigarrillo.

—Creo que lo subestimé —dijo Simmons, queriendo recuperar su ventaja—. Claro que usted es detective; al menos eso dice la placa de la puerta. Sea como fuere, le advertí que se mantuviera alejado de este caso.

—Lo hice —dijo Brackett—. Lo único que me interesaba era la chica. No podía suponer que ambos estuvieran conectados, ¿verdad?

Simmons comenzó a responder pero lo pensó mejor, y prefirió preguntar:

—¿Cómo lo descubrió? Lo de la chica.

—Me lo dijeron.

—¿Quién?

—Sidney Horowitz.

—Oh, sí; Sidney Horowitz. Es un viejo amigo suyo, ¿verdad?

—Hace varios años que nos conocemos.

—¿Varios años? Entonces lo conoce bien a usted. ¿Ha estado aquí?

—Con frecuencia.

Simmons asintió, se mordió los labios, miró alrededor del cuarto y volvió a asentir.

—Ya veo...

Conversaron casi diez minutos más. Al menos Simmons habló, mientras Brackett le respondía con monosílabos, pero de común acuerdo evitaron toda posible discusión. En realidad, era imposible, desde el momento en que Brackett se preguntaba cómo Simmons, poseyendo todos los recursos propios de la policía, necesitaba de él. Por supuesto que, al principio, Brackett se sintió orgulloso; pero esa misma vanidad lo llevó a sentirse posesivo, a vivir una reafirmación de su propio valer y no deseó compartirlo con nadie.

Simmons comenzó a hablar de Billy Kent. Había revisado su habitación, controlado el gimnasio, pero el muchacho había desaparecido. Se lo había tragado la tierra. Según Dixie, había pedido prestados cincuenta dólares y había asegurado que llamaría de Nueva York de vez en cuando.

—¿Sabía eso? —preguntó Simmons.

Brackett negó con la cabeza, pero aclaró que no lo sorprendía. Y habló de la creencia de Billy Kent de que el asesino era un policía. Lo dijo con toda intención, molesto por el comportamiento de Simmons; pero para su sorpresa, la reacción de este fue calma, casi reprimida.

—Todos ellos dicen lo mismo, Brackett. Todo chico en aprietos quiere ponernos en la picota. «Nos acorralan». «Nos golpean». «La mercancía la pusieron allí a propósito». Escuchamos cosas similares todos los días.

—Yo no —dijo Brackett.

—¿Cuándo fue la última vez que se vio complicado en un caso de asesinato?

Brackett se encogió de hombros:

—Eso no tiene importancia. Billy Kent no tenía motivos para acusar a nadie.

—¿Y usted le creyó?

—Yo creí que él suponía...

—¿Suponía?

—Sí. Suponía.

—¿Y aceptó sus palabras?

—Sí, teniente, lo hice. Billy no pensaba que el hombre fuera un fullero ni un bailarín de *ballet*. Creía que se trataba de un policía. Debía existir alguna razón.

—Tal vez le simpaticen los fulleros y los bailarines.

—Me limito a informarle lo que Billy me dijo. Eso es todo.

—Entonces, si él es un testigo material tan importante, ¿por qué diablos lo dejó ir?

Brackett miró a Simmons y desvió la mirada.

—Entonces yo no sabía cómo... De acuerdo, teniente, cometí un error. Pero ¿dónde estaba usted?

Simmons ni siquiera parpadeó, pero respondió calmadamente:

—¿Trata de insinuar, Brackett, que el asesino es un policía?

Una pausa, Brackett terminó su *whisky* y dejó el vaso sobre la mesa.

—Creo —respondió lentamente—, que Billy Kent creía que el hombre al que vio con la chica, *se comportaba* como un policía. Que estaba del lado de la ley.

—¿Cómo usted? —preguntó Simmons, manteniéndole la mirada.

—Correcto. Sí. Como yo.

—Bien, sea quien fuere, ya no está del lado de la ley. Y gracias a usted, Brackett, nuestro mejor testigo esté probablemente a mitad de camino hacia Nevada.

—Escuche, Simmons —dijo Brackett disgustado—, no quiera usarme como carnada. Trabajo por mi cuenta, mientras usted tiene más de la mitad de

su maldita fuerza policial trabajando para usted. Si necesita un testigo, busque a Norma Wheatley.

—Ya lo hicimos —dijo Simmons—, está muerta.

Brackett lo miró y desvió la vista:

—¡Jesús!, ¿cómo me enredé en semejante asunto?

—Nadie se lo pidió. Fue su propia decisión. Nosotros estamos en esto cada día del año porque nos pagan para hacerlo. ¿Cuál es su excusa?

Simmons no esperó respuesta, permaneció de pie y se acercó al fichero. No intentó abrir ninguno de los cajones sino que se apoyó en él, haciendo deslizar un dedo sobre el metal.

—¿Le impido dormir, verdad? —preguntó.

—Ya no interesa —respondió Brackett.

—Bien... ahora permítame decirle el motivo que me trajo hasta aquí. Tomará solo un minuto.

—Ya hemos perdido media hora.

—Unos pocos minutos más, si no le importa.

Le importaba, pero sentía curiosidad; por eso se sentó al escritorio y se sirvió un trago.

—Se trata de la chica. Como se llame. El sargento Henderson me dijo que había venido a visitarlo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Hace cosa de tres meses.

—Y usted anotó su dirección. En una ficha, ¿puede ser?

—Sí. Se lo dije a Henderson.

—Ya lo sé. Pero la ficha se perdió. ¿Falta, verdad?

—Falta —dijo Brackett.

—¿Alguien la sacó?

—Eso creo.

—¿Faltan otras fichas?

—No, que yo sepa.

Simmons comenzó a golpetear el fichero con las yemas de los dedos.

—Entonces, la persona que sacó la ficha sabía dónde estaba.

—Indudablemente —asintió Brackett.

—¿Se lo dijo a alguien? ¿Alguien conocía la visita de la joven?

—Henderson.

—¿Antes de eso?

—No —dijo Brackett—, solamente...

Se detuvo. Simmons levantó la vista:

—¿Solamente?

—Solamente a Kemble le cuento todo...

—¿Por qué duda, Brackett?

—Mire —dijo Brackett elevando la voz—. Han pasado docenas de personas por esta habitación a lo largo de los meses. Es una oficina. Está permanentemente abierta. Es indudable que llevo un registro de mis clientes.

—¿La chica era cliente suya?

—No exactamente.

—¿Por qué «no exactamente»?

—Nunca regresó. Por eso. Yo hice algunas anotaciones. Eso es todo. Ella misma hubiera podido robar su ficha.

Simmons asintió.

—Sí, tal vez, pero ¿por qué lo haría?

—No tengo la menor idea.

—Debió entrar y salir de aquí sin que nadie la viera.

—Naturalmente...

—Pero la única entrada es por la fiambrería. Al menos durante el día. Allí la verían.

—Sí...

—Salvo que usara la puerta lateral. Pero eso sería imposible, ¿verdad?

—*Usted* entró por esa puerta.

—Pero se olvida —dijo Simmons—, que tenía llave. Una llave maestra, pero llave al fin.

—Eso no es tan difícil de obtener.

—Quiere decir... ¿si uno está del lado de la ley?

—O del lado opuesto.

Simmons volvió a mirar a Brackett.

—Bien, como sea. Por lo menos hemos llegado a la conclusión de que quien robó la ficha, poseía una llave. De cualquier clase. Y también pienso que la misma persona necesitaba la ficha, pues temía que la joven hubiera hablado de más. Lo que elimina a la muchacha.

Un tanto a favor de Simmons.

—¿Qué le dijo ella, Brackett?

—No mucho.

—Debió decir *algo*.

—Una historia común, nada más. Que se llamaba Mary Malewski. Pero lo mismo pudo ser otro su nombre.

—¿Sabía eso entonces?

—No. ¿Por qué saberlo? Me dijo que ese era su nombre y le creí.

—¿Cree en todo lo que le dicen?

—Sí. A veces. Yo no la conocía. Entró y dijo algo acerca de que deseaba encontrar a su padre. Pero lo que realmente buscaba era dinero.

—¿Usted se lo dio?

—Sí...

—¿Le preguntó por qué quería encontrar a su padre?

—No tuve oportunidad.

—¿Por qué no?

—Porque —dijo Brackett—, de improviso... No sé por qué... súbitamente se asustó y salió corriendo.

—¿Se asustó?

—Bueno... pudiera ser que hubiera perdido el control. Simmons miró a Brackett asombrado.

—¿Cuándo se asustó? ¿Le dijo algo que la hiciera...?

—No, que yo sepa. Al principio parecía que estaba bien. Le hice algunas preguntas y pareció relajarse. Entonces se sentó y yo comencé a escribir. Al instante la chica salía despavorida de la habitación.

—¿No le parece algo extraño?

—Seguro. Pero suelen aparecer algunos maniáticos por aquí en la misma forma en que usted lo hizo.

—¿Eso es todo?

—Todo. Presumo que lo que pretendía era obtener dinero.

—¿Pero por qué se asustó?

Brackett se encogió de hombros. Debía admitir que a él también lo había asombrado, pero después no le dio importancia. Al menos no tanta como parecía darle Simmons. Lo observó mientras el detective paseaba por la habitación de un extremo al otro. Solo le veía el perfil. Finalmente se sentó en el sillón y miró al espacio.

—No se acomode tanto —le dijo Brackett—. Porque voy a sacarlo de aquí ahora mismo.

Simmons levantó la vista, e iba a moverse, cuando súbitamente se detuvo, fijó la vista en la pared detrás de la puerta, y dijo:

—Es extraordinario.

—¿Qué?

—Usted sabe, hasta ahora no había prestado atención a estas fotos. Señalaba las dos fotos colocadas sobre la pared.

—¿Qué hay con ellas? —preguntó Brackett.

—Nada. Es la primera vez, desde que estoy en esta habitación, que las veo. ¿Extraño, verdad?

—Nunca pensé en eso.

—¿La de más arriba es de su mujer?

—Sí.

—¿Divorciado?

—No.

El tono de la voz de Brackett lo decía todo y Simmons no hizo más comentarios.

—¿En la otra están usted y Kemble?

—Sí.

—Extraño.

—¿Por qué sigue diciendo que es extraño?

—Nada. La chica se sentó en esta silla, antes de irse.

—Sí, pero ¿qué tiene que ver la silla?

Simmons no respondió. En vez de hacerlo se puso de pie y se dirigió a la puerta, diciendo «Buenas noches, Brackett». Y se fue sin mirar atrás. Se oyeron sus pasos mientras bajaba, se abrió una puerta y se cerró. Después nada, excepto que Brackett permaneció inmóvil junto al sillón. Pero no miraba la puerta abierta, sino las fotografías que estaban sobre la pared.

Transcurrieron dos horas antes de que pudiera conciliar el sueño, y eso después de tomar una píldora para dormir. Cuando se despertó, tenía el cuerpo frío por el sudor, un recuerdo físico de sus sueños. Sobre la mesa de noche había un trozo de papel en el que había escrito a la madrugada, una sola palabra *¿Por qué?* El resto de la hoja estaba en blanco.

Brackett ni la miró. Se vistió con las mismas ropas del día anterior. No se afeitó, dejando de lado la rutina, abandonando todo; al salir de la habitación cerró con llave y salió a la calle, a la luz gris de un domingo a la mañana. Evitó a Liebermann porque no deseaba conversar de trivialidades con nadie. Lo único que quería era conseguir un taxi y recoger su propio coche.

Y desde allí dirigirse a Autumn Glades.

TRECE

CUATRO hombres se hallaban sentados debajo de una solitaria higuera y les parecía —como desde tiempo atrás lo habían comprendido— que ese paisaje artificial no era, ni sería jamás otro Edén. Jugaban a los naipes, una variante de póquer, cuando Brackett se les aproximó caminando por el sendero delineado por arbustos (parecían hibiscos).

Brackett había tomado más del tiempo necesario para llegar. Con la excusa de evitar a los conductores domingueros y gozar de un paisaje más bello, había elegido el camino más largo; pero debía reconocer que en dos oportunidades, estuvo a punto de dar la vuelta y regresar a casa.

En cierto sentido le resultaba extraño (incluso se podía decir que «forzado») visitar a Kemble en domingo o en otro día que no fuera sábado, ya que no recordaba haberlo hecho anteriormente. Había tomado conciencia del tañido de las campanas de las iglesias; de que los negocios, habitualmente abiertos, estaban cerrados y de que la gente vestía sus mejores ropas. En un momento dado se detuvo a comprar algunas revistas de historietas, pues no deseaba llegar con las manos vacías. También compró un diario y leyó el informe relativo a la muerte de Loomis. Ocupaba solo media columna, debajo de dos fotos: una de Loomis (una mala instantánea tomada de los archivos policiales), y otra de Johanssen serio y «en el comando», como si posara para una estampilla postal. No decía nada que Brackett no supiera, excepto pequeños detalles del prontuario criminal de Loomis, y quedaban por decir infinidad de cosas. A Simmons ni se lo mencionaba, quedando todos los discursos en manos de Johanssen, quien representaba su parte con gran acierto, acaparando todos los honores, *«no hay duda de que el asesino es un psicópata»*. Y *«Estoy perfectamente informado de los hechos»*. Y *«Los ciudadanos de San Francisco pueden descansar tranquilos que me ocuparé personalmente del caso»*. (A Brackett le agradaron las últimas palabras. Hasta podía ver a Johanssen afirmándolas). *«Sí, tenemos una pista del asesino»*. ¿En serio, Herb?

Como Brackett esperaba, ni se mencionaba a Mary Malewski, al menos como víctima de un asesinato. La aludían en un breve párrafo, sin grandes titulares, en el medio de una página, que hacía referencia al choque del automóvil. Obviamente y por motivos que solo él conocía, Simmons prefería jugar una charada, haciendo creer que la policía lo consideraba un simple accidente y nada más.

El viejo que usaba una chaqueta a cuadros mezcló los naipes y miró a Brackett.

—Si tiene dinero, acerque una silla.

—No, gracias —dijo Brackett—. Estoy buscando a un amigo. Harry Kemble.

—¿Harry Kemble?

—Eso es.

—Bueno, no lo vemos mucho últimamente. Pruebe en su habitación.

—No está allí.

Los cuatro hombres observaban a Brackett molestándolo con su insistente curiosidad. Ninguno de ellos tenía menos de sesenta años, pero no parecía importarles. Tampoco, según pudo observar Brackett por el dinero que estaba sobre la mesa, les inquietaba el futuro. Le recordaban a cuatro viejos senadores, no de Washington sino de Roma, sentados al aire libre durante los años de vida que les restaban, con la apatía propia de esa edad hacia todo aquello que no perteneciera a sus mundos pequeños y reducidos.

—Entonces —dijo otro hombre—, si no está aquí es porque hoy es domingo.

—¿Domingo? —preguntó Brackett—. ¿Eso que tiene que ver?

—¿Seguro que es amigo de Harry Kemble?

—Eso dije.

—Entonces debería saber que los domingos, Harry se encuentra allá.

El segundo hombre señalaba un edificio que se elevaba separado de los demás y al que daban sombra los cipreses.

—¿Qué es eso? —preguntó Brackett.

—Eso —dijo el tallador, moviendo los naipes bajo el arco de sus manos— es la capilla.

Eso, en realidad, se parecía más a la carpa grande de un circo que a una capilla; no por la naturaleza del espectáculo que allí tenía lugar sino por la forma. Parecía pertenecer al menos a diez sectas, desde la afectada gravedad de los Esotéricos americanos hasta el barroco de la Iglesia Católica. La atendían un rabino, un sacerdote y un predicador en diferentes sábados y en

distintos pisos, y la asistencia era numerosa. Para los agnósticos era un simple mercado, y los paseantes podían recorrer todas las dependencias, dejando de lado los ritos, comprobando las ridiculeces o rechazándolas. Era llamativo, pero no más que una Feria Mundial; y si su arquitectura no se acercaba tanto a Dios como San Pedro o Westminster Abbey, su congregación tenía casi tantos años, añadiéndole o quitándole uno o dos.

Brackett, en cambio, sintió que el edificio resultaba sofocante; le recordaba a un Banco de la ciudad, donde todo es demasiado grande, demasiado alto y demasiado cabalístico, y donde hacen sentir que por rico que uno sea, lo mismo hay que controlar el crédito que se da. En cierto sentido, esos sentimientos eran apropiados también para una iglesia, pero Brackett no se sentía motivado para hallar analogías tipo *Reader's Digest*. Se encontraba allí para buscar a Kemble, no su salvación, y eso ya le resultaba suficiente. En tantos años como hacía que conocía a su socio, jamás supo que se refugiara en la religión, ni siquiera en los momentos más difíciles. Sea como fuere, halló a Kemble diez minutos después, no en la Sinagoga, sino en la habitación más grande de todas, dedicada a la Iglesia de Roma y decorada en un estilo gótico californiano. Estaba arrodillado en un reclinatorio vacío; los hombros encogidos, miraba al altar. No se estaba rezando misa, ni se veía a sacerdote alguno. Kemble estaba rezando, simplemente. O soñando despierto.

Brackett recorrió la nave solitaria, caminando instintivamente en puntas de pie, hasta que llegó junto a Kemble; miró alrededor consciente de su actitud y dio la vuelta hasta quedar de pie junto al hombro de Kemble.

—¿Harry? —susurró Brackett.

No advirtió ninguna reacción. Un sacerdote salió de la sacristía, observó que Brackett lo miraba y saludó con la cabeza como si diera la bienvenida a un resucitado después de una tormenta. Brackett se encontró devolviendo el saludo para desviar enseguida la mirada.

—¿Harry? —repitió un poco más alto, arrodillándose a su lado y advirtiéndole que todavía llevaba las revistas consigo. Las miró; quiso esconderlas o disimularlas, dejándolas en un estante para los libros de misa, pero se cayeron, desparramándose (*Flash*, *Thor*, otras llamadas *The Swamp Thing*) ruidosamente por el piso. Cuando Brackett se disponía a recogerlas, Kemble se volvió y lo miró.

—¿Walter? ¿Qué haces aquí?

—Vine a verte.

—Viniste a verme ¿eh? Bueno, es muy amable de tu parte, Walter.

Brackett sonrió ligeramente y miró las revistas que tenía en sus manos.

—Las traje para ti —dijo, deseando encontrarse en cualquier otro lugar.

—¿Viniste hasta aquí solo para traerme estas revistas?

Kemble estaba observando a Brackett, lo miraba fijo. Brackett conocía bien esa mirada, la había observado infinidad de veces cuando Kemble hablaba con testigos evasivos. En esas oportunidades había comprobado cómo la valentía quedaba reducida a un mero balbuceo, y cómo hombres dos veces más corpulentos que Kemble temblaban y se disponían a vender hasta su alma.

—No exactamente, Harry... —dijo Brackett.

Kemble siguió observando a Brackett, atendiendo a cada uno de sus movimientos; las revistas comenzaron a temblar en sus manos y un tic apareció inesperadamente debajo de su ojo izquierdo. Consciente de lo que le sucedía, Brackett desvió la mirada y buscando qué decir, abarcó la iglesia con un gesto:

—Sabes, Harry. Siempre creí que eras judío.

—Se está más tranquilo aquí.

—Oh —dijo Brackett—, ¿no les molesta? Es decir...

—Walter, a mi edad, debemos cuidar el acumulador.

Brackett sonrió, medio consciente y guardó silencio.

—¿Qué querías, Walter?

—¿Podemos hablar en otro lado? Me resulta difícil hacerlo en un susurro...

Kemble no respondió durante un momento; después señaló un confesionario situado en un rincón, cerca del altar. Se trataba de dos cajas separadas por una rejilla; una para el sacerdote y la otra para el penitente.

—¿Te parece bien allí adentro, Walter? ¿Es eso lo que buscas?

—Bueno...

—Pareces preocupado, Walter —dijo Kemble—. Sinceramente lo estás. ¿Es algo relativo al caso en que estás trabajando? ¿Uno de tus clientes?

—En cierto sentido, sí.

—Bien, estoy siempre dispuesto a ayudarte, Walter.

Y Kemble gesticuló y repitió las mismas palabras mientras señalaba el confesionario. Brackett se puso de pie y nerviosamente se encaminó por la nave lateral hasta que alcanzó la cortina que cubría la entrada del confesionario. Caminaba ligero, su cerebro preparaba las preguntas. Después, con suma cautela, entró al recinto oscuro, se sentó y esperó. La pequeña reja de alambre estaba frente a él. Esperó. Se sentía más tranquilo en esa súbita

privacidad. Finalmente, oyó que se abría la puerta del otro lado, se cerraba y una voz decía:

—Padre, perdóneme, porque he pecado.

Brackett sintió frío y miró desconcertado en la oscuridad. No era la voz de Kemble. No podía ser.

—¿Harry? ¿Eres tú?

—Hace tres semanas que no me confieso, Padre...

—Espere un momento —dijo Brackett ansiosamente—. Creo que se equivoca.

—He cometido muchos errores, Padre.

—No, lo que pretendo decirle es... que está equivocado.

Una respuesta asombrada:

—¿De veras?

Brackett iba a responder cuando súbitamente, comprendió lo absurdo de la situación y salió rápidamente del confesionario. Kemble seguía sentado tranquilamente en el banco.

—Harry —dijo Brackett, acercándosele de prisa y señalando desesperado el confesionario. Apareció un rostro asombrado, espiando por la puerta a medio abrir.

—Harry, debo hablarte...

—Baja la voz, Walter. Está por comenzar la misa.

Brackett miró a Kemble exasperado y después se sentó lentamente a su lado. En el altar, el sacerdote elegía una página del misal.

—Harry —dijo Brackett finalmente—. Tal vez podamos conversar afuera.

—Si algo te preocupa, Walter, este es el mejor lugar del mundo en el que puedas desahogarte.

Brackett miró fijo y adelante. Cerca de uno de los pilares, se vendía la última Encíclica por cincuenta centavos.

—¿Piensas en Dorothy? —dijo Kemble. Su voz parecía un susurro.

—No, no estoy pensando en Dorothy.

—La tengo en mi conciencia, Walter. Tu propia esposa.

Brackett lo miró:

—No, Harry. Eso está olvidado. Ya lo acordamos.

—Pero sigue remordiéndome la conciencia, Walter.

Dos filas más adelante, un hombre se volvió y los miró, después volvió a mirar al frente. Brackett no le hizo caso.

—El doctor me dijo que tú...

—¿Hablaste con el doctor? —preguntó Kemble.

—Sí. Acabo de hacerlo. Estoy preocupado por ti. Por tu salud. Me dijo que estás bien. Perfectamente.

—¿Te dijo eso?

—Sí. Mira, ¿no podemos conversar afuera, Harry? No puedo seguir susurrando como hasta ahora.

—Es demasiado tarde, Walter. Ya comenzó el Evangelio.

Como si quisieran enfatizar la aclaración de Kemble, sonó una campanilla y la feligresía se arrodilló. Brackett los imitó y se inclinó para acercarse a Kemble:

—También me dijo que se alegra de que ya puedas conducir.

—¿Quién?

—El doctor.

Kemble lo miró y enseguida desvió la vista.

—No debió decirte semejante cosa.

—¿Por qué no? ¿Acaso no es la verdad?

—Sí...

—¿Entonces?

—Deseaba sorprenderte, Walter.

Ahora, la feligresía estaba de pie. Kemble y Brackett los imitaron y después se sentaron.

—¿Harry? —dijo Brackett—, ¿por qué no me dijiste que estabas curado?

—Ya te lo dije, deseaba sorprenderte.

—¿Es ese el único motivo?

—No...

—Cuéntame.

—Pensé que si te lo decía no volverías a visitarme.

—¿Qué quieres decir?

—A todos vienen a visitarlos aquí. Me agrada que tú vengas a verme. Siempre lo espero.

—Pero, Harry... si puedes conducir, bien podrías visitarme tú a mí.

—No, Walter. Actualmente aquella es tu oficina. Yo quería que tú te sintieras capacitado... que condujeras las cosas a tu manera. ¿No logras comprenderme, Walter? Deseaba comprobar cómo te arreglabas tú solo. Sin mí. Sin mi respaldo. Porque ahora eres tú solo. Y no me has fallado.

—¿Fallarte? —dijo Brackett elevando la voz. Miró desafiante alrededor y volvió a susurrar—. Te mentí, Harry, todo el tiempo; todas esas historias. Mentí.

—No te oigo, Walter. Mis oídos están cerrados. Hoy es domingo, Walter. Domingo.

Brackett se echó hacia atrás y observó el rostro de su socio. Vio sus ojos, la línea de la boca (La fotografía de la pared se colocó en el marco. Las manos que trataban de descorchar una botella de champaña. El viejo sentimentaloides). El anuncio brillante. El teléfono sin polvo. Las copias de *Black Mask* bien archivadas. El absurdo pájaro de Malta.

—Dije que te mentí, Harry. Los clientes. Podría contarlos con los dedos de un mitón.

—*Kyrie eleison*. ¿Sabes lo que significan estas palabras?

—Harry... ¿tú también me mentiste? ¿Además de lo del coche?

—¿Mentirte?

—Ayer. ¿Dónde estuviste ayer?

—Ayer te vi a ti.

—¿Y después?

Kemble, súbitamente, se sintió muy mal, permaneciendo de perfil.

—¿Qué quieres que diga, Walter?

—El médico me dijo que no estuviste aquí en todo el día.

Brackett comenzaba a transpirar, pese al frío de la iglesia. Quiso aislarse de cuanto sucedía, pretendió ser un mero observador. Una mosca en la pared. Pero vio que Kemble volvía lentamente la cabeza y lo miraba; oyó que decía:

—Si el doctor te dijo que estuve afuera, entonces debí salir. ¿Qué otra cosa quieres que te diga, Walter?

Brackett miró a Kemble, directamente a los ojos, entonces dijo:

—Nada, Harry. Nada.

Se puso de pie.

—Adiós, Harry.

—¿Volverás a visitarme, verdad, Walter?

Brackett no le respondió, se alejó del banco camino a la puerta, sin preocuparse de mirar atrás. No caminó en puntas de pie ni trató de hacer silencio. Por el contrario, pese a que la Misa continuaba y que todos, excepto Kemble, permanecían de pie, Brackett abrió la puerta y la cerró con un golpe seco. Hasta que llegó a unos veinte metros, parecía que el ruido de la puerta al cerrarse seguía detrás de él, pero a esa altura, otra cosa acaparó su atención. Perfectamente colocado entre su Buick y la cabaña más cercana, se encontraba un Ford sedán que ya le era familiar. Su conductor no se escondía ya más, sino que esperaba apoyado contra el capot del auto y encendía un cigarrillo. Era Simmons.

—¿Por qué diablos me ha estado siguiendo? —gritó Brackett; sin tener en cuenta las miradas de médicos, enfermeras, enfermos y jugadores de póquer. Su frustración se había convertido en ira y no tenía prisa por disiparla.

—Creí que no lo había advertido —respondió Simmons con tranquilidad, guardando el paquete de cigarrillos en su bolsillo.

—Por supuesto que me di cuenta desde el principio. Fue usted anoche, ¿verdad?

—Créame, Brackett, no debe encolerizarse. Yo solo deseaba protegerlo.

—Váyase al diablo —respondió Brackett y se dirigió al Buick. Al hacerlo vio el coche policial que estaba estacionado al otro lado de los portones con el motor en marcha, esperando. Brackett se detuvo; entonces dijo con tranquilidad:

—Presumo que aquel no está allí para ayudarme.

Simmons no respondió, simplemente se cruzó de brazos.

—Bien —dijo Brackett, mirando hacia la iglesia—, es todo suyo. Incluso tienen a un sacerdote por testigo.

Entró en el coche y cerró de un portazo mientras el detective se le acercaba:

—Brackett...

—Aléjese de mí, teniente, salvo que desee arrestarme a mí también.

Simmons negó con la cabeza, se separó y observó cómo el Buick se movía rápido pasando entre los portones, salía a la calle casi rozando el coche policial y se alejaba. Pasado un momento, Simmons caminó lentamente hasta el Ford, apoyó las manos en el techo y dijo:

—Correcto. Vamos a buscarlo.

Y entró en el coche.

CATORCE

CUANDO Sidney Horowitz llegó a la habitación situada encima de lo del «Gordito», dos horas más tarde, encontró a Brackett sentado en una silla, rompiendo metódicamente fichas y hojas de papel y echándolas al piso. Se detuvo ante la puerta y lo observó, advirtiéndole que los cajones estaban fuera de su lugar y que el canasto de papeles estaba lleno hasta el borde. Había descolgado el teléfono y las fotografías ya no estaban en su lugar sino que miraban al armario.

Horowitz no habló por unos instantes, aunque sabía que Brackett tenía conciencia de su presencia en la habitación; después se acercó a la ventana y miró hacia abajo, al coche policial.

—Simmons te llamó, entonces —dijo Horowitz finalmente.

No obtuvo respuesta.

—Walter... no debes tomar las cosas en forma tan personal. ¿Cómo podías saberlo?

—Vete, Sidney.

Horowitz no se movió.

—Bueno —dijo—, está todo terminado.

Brackett lo miró disgustado:

—¿Es todo cuanto tienes que decir?

Brackett revolvió entre los papeles hasta que encontró una botella, la destapó, descubrió que estaba vacía, la arrojó al otro lado de la habitación y observó cómo se estrellaba contra la pared.

—Walter —dijo Horowitz, súbitamente preocupado—. El error fue *nuestro*, no tuyo. Debimos comenzar por la chica y así hubiéramos salvado, por lo menos, una vida.

—Sidney... ¡Vete al diablo!

Horowitz dudó.

—Lo siento —dijo y comenzó a retirarse hacia la puerta—. Lo siento... No he tenido mucho tacto...

—Espera un momento —dijo Brackett y se volvió—. Yo también deseo disculparme.

—No necesitas hacerlo conmigo, Walter.

—Dije que quería disculparme contigo y deseo disculparme contigo —la voz de Brackett era amenazadora. Horowitz lo miró con suficiencia.

—Quiero decirte que lo lamento —continuó Brackett—. Por lo que pensé de ti. Estoy arrepentido.

—Walter, no necesitas explicarme, te entiendo.

—No, no entiendes. No. Maldito si puedes entenderlo. Nadie podría...

Ya Brackett había descubierto otra botella entre las ropas de la cama y estaba llenando un vaso.

—Maldito si no...

—¿Te molesta si te acompaño, Walter? —dijo Horowitz, vaciando un vaso para cepillos de dientes.

Brackett se encogió de hombros:

—¿Por qué estás angustiado?

—Bien... creo que nunca llegaré a teniente. Tenlo por seguro.

Brackett se inclinó un poco, parpadeó y miró a Horowitz.

—¿Por qué no?

—Bueno, debí seguir la pista, en el corralón, ¿recuerdas? Esa era mi obligación.

Brackett lo observó detenidamente, después se dejó caer en una silla.

—Entonces yo lo hice por ti. Qué enredo. Pero el resultado es el mismo.

—Pudieron matarte.

—Tonterías. ¿Es eso lo que acostumbran decir?

—Walter, no comprendo por qué.

—¿Qué haces con mi vaso de dientes? Déjalo en su lugar.

—Pensé que podía tomar un trago para acompañarte.

—No quiero que lo hagas. Tampoco deseo tu simpatía. Ni tu detestable sopa de patatas y puerros.

—Mira. Walter —gritó Horowitz, deja de autocompadecerte.

—¿Dónde lo arrestaron? —preguntó Brackett ¿En la iglesia o en el patio? ¿Sentado en su silla baja, leyendo las revistas de historietas?

—¿Qué?

—Mirando la pradera. Leyendo sus revistas. Sentado en el patio.

—No estaba en el patio, Walter.

—Bueno, en la iglesia, entonces. Ponte de pie, siéntate.

—Tampoco estaba en la iglesia. ¿No te telefoneó Simmons? Estaba en su escritorio.

—Harry no tenía escritorio.

—¿Quién habla de Harry? —dijo Horowitz azorado—. Te estoy hablando de Robert Plomer.

Brackett levantó la vista y miró desorientado a través del cuarto.

—¿Quién?

—Plomer. Robert Plomer. ¿De quién diablos crees que estoy hablando?

Brackett abrió la boca e intentó ponerse de pie, volcó un poco de *whisky* y volvió a sentarse.

—¿Robert Plomer?

—Walter, creí que Simmons te había llamado... ¿No lo sabías? El asesino fue Plomer. Confesó.

Brackett tragó saliva, su mente era un caos tratando de asimilar lo sucedido. ¿Plomer? Pero claro. Plomer. Billy Kent había dicho que estaba del lado de la ley. Con sus detectives privados y sus amantes. Plomer. No Harry. El maldito Robert Plomer.

—¿No me tomas el pelo, verdad, Sidney?

—Cristo, no. Walter, creí que lo sabías. Pensé que el motivo por el cual te dabas por vencido era porque Simmons te había telefoneado. Quería mandarte al diablo por no haberle dicho que habías visto a Plomer ayer.

—Fue un acuerdo de caballeros.

Entonces Brackett comenzó a reír.

—¿Plomer? ¿Qué me dices? Bebe. Sidney. Sírrete doble. Plomer Jesucristo. ¡El Distinguido Abogado!

—¿Qué le ves de divertido? —preguntó Horowitz.

—¡Plomer!

—Ya te lo dije.

—Sí. Tenía que ser él. Todo concuerda. Por eso Loomis reconoció mi tarjeta en la morgue. Porque la había visto anteriormente. Seguramente robó la ficha para entregársela a Plomer, porque Plomer sabía que la chica había estado acá. ¡Qué astuto! Robert Pacific Avenue Plomer, ¡quién lo hubiera pensado!

Brackett hizo una mueca y se sirvió otro trago. Se heló su sonrisa.

—Yo debí hacerlo —dijo cuando la realidad se hizo paso en su cerebro—. ¡Yo! Eso es.

Brackett miró por la ventana a la calle: vio a varios chiquillos sentados en el Buick. Apretó la frente contra el marco de madera y cerró los ojos. Pensaba

en Kemble.

—¿Quieres otro trago, Walter?

—No...

—Simmons cree que, probablemente, no intentaba asesinar a la chica —dijo Horowitz—. Pero lo hizo y después todo se encadenó. Era un esquizoide. Su esposa nos lo ha confirmado Lo mismo que su informe médico. La esposa sospechaba que tenía algún *affaire* pero, bueno... ya lo sabes. Tenía un mayor conocimiento de la ciudad que nosotros. Incluso se valía de detectives privados. Contactos. ¿Quién sabe qué es lo que hace de las personas lo que son?

—¿Por qué hablas siempre en pasado? —preguntó Brackett.

—Se suicidó. Por eso lo encontramos. En cierto modo, esa fue su confesión. Nos vio llegar, y se encerró en su escritorio. Cuando conseguimos entrar ya estaba muerto. No dejó ninguna nota pero hallamos varias instantáneas de la jovencita.

—Me mintió al respecto —dijo Brackett—. Bueno, mintió en todo. Y le permití irse. El gran detective Jesús ¿Tú complicaste todo esto, verdad, Walter Brackett?

Se alejó de la ventana y miró el desorden que lo rodeaba Consciente del estado de ánimo de Brackett. Horowitz comenzó a recoger parte de los papeles.

—Déjalo Sidnev —dijo—, no cambiarás las cosas.

—No puedes culparte por lo de Harry. Nosotros también sospechamos de él.

—Pero como dijo Simmons les pagan para hacerlo A mí no.

Brackett se encaminó a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Horowitz.

—A ver a Harry. Tal vez pueda hacer algo bien hecho Si no es demasiado tarde.

Brackett abrió la puerta y se detuvo:

—¿Descubrieron quién era Mary Malewski? ¿La chica?

—No.

—¿No tienen ni idea?

—Ni la más mínima —dijo Horowitz—. Simplemente la hermana de alguien.

Brackett llegó a Autumn Glades a media tarde Las praderas estaban desiertas, pero se debía seguramente, según supuso Brackett, a que los habitantes estaban descansando. Dormirían la siesta. Seguramente que

Kemble haría lo mismo, pues el patio estaba desierto y la puerta de la cabaña cerrada.

Brackett golpeó en uno de los paneles de la ventana, no le respondieron y entró.

—¿Harry? —dijo cautelosamente, y miró alrededor. En la media luz que iluminaba la cabaña, la habitación parecía muy ordenada, casi como si estuviera deshabitada. Los almohadones de las sillas estaban tensos, los ceniceros limpios y una pila de libros prolijamente ordenada sobre una mesa, como esperando que los empaquetaran.

No hubo respuesta y Brackett abrió rápidamente otra puerta. Llevaba a un dormitorio en el que había una cama sin tender, con las frazadas apiladas al pie. Brackett se dio vuelta y estaba a punto de salir cuando vio a Kemble. Estaba de espaldas, sentado inmóvil en un sillón. Solo le veía la coronilla y la mano derecha sosteniendo un cigarrillo.

Kemble seguía sin moverse, quieto en la semipenumbra. Brackett llegó al sillón y lo miró. Los ojos de su socio estaban cerrados como si durmiera. Brackett siguió observándolo, después se inclinó cuidadosamente para quitarle el cigarrillo de las manos. Cuando le tomó el cigarrillo levantó la vista. Sus ojos lo miraban bien abiertos.

—Walter —dijo con voz llorosa—, llévame a casa. No quiero permanecer más en este lugar.

La risa era casi escandalosa cuando Brackett conducía el Buick hacia San Francisco. Era una risa, de alivio, de que el fin de semana había finalmente acabado, de que todo volvía a la normalidad. El futuro de ambos hombres cambiaría y, en un sentido, sus responsabilidades estarían invertidas. Kemble viviría encima de la fiambrería, incluso abriría la oficina otra vez (*Pero solo en forma limitada. Walter Uno debe ser consciente de sus limitaciones*) mientras que Brackett quizá regresara a Inglaterra.

—He hecho un balance de mi vida. Harry. Es algo que siempre me aconsejaste hacer.

—¿Te dije eso, Walter?

—Sí, lo hiciste, Harry, infinidad de veces.

Brackett sonrió. Extrañaría San Francisco, bien lo sabía. Pero no podía permanecer allí por más tiempo, era demasiado viejo ya. Los últimos dos días se lo habían demostrado, y aunque nunca le agradó vivir en una pesadilla (y sería una constante pesadilla), viajara adonde viajare, agradecía que la experiencia vivida le diera la humildad suficiente para reconocer sus propios valores y condiciones. Lamentaba que no hubiera sucedido quince años atrás,

cuando Dorothy vivía; pero eso ya pertenecía al pasado. Cincuenta y tres años, después de todo, no significaban el fin del mundo. Si se cuidaba.

—Enciende la radio, Walter —dijo Kemble—, me agrada la radio. La escucho todo el tiempo.

—No puedo esperar para ver la expresión de Liebermann cuando entres —dijo Brackett eligiendo un programa local. La música dulce de los domingos—. Ha mantenido tu habitación igual que como la dejaste.

—¿Lo ha hecho, eh? ¿Sigue anotando los mensajes en papel cíe envolver?

—¿Esos que no se pueden leer?

—Sí. Esos mismos.

Brackett rio e hizo sonar el claxon, solo por el placel de hacerlo. Ya se dirigían hacia el sur por la carretera principal que conducía a la ciudad.

—Vendré a visitarte, Harry. Cuando esté en la ciudad.

—¿No lo harás todos los sábados?

—No —gruñó Brackett—. ¡Todos, no!

De pronto, Brackett lanzó un alarido, frenó y dijo:

—Pero, maldito sea.

—¿Qué sucede? —preguntó Kemble.

—Maldito sea.

Kemble observó cómo Brackett abría la puerta y salía corriendo por la acera hasta un estacionamiento. Le oyó gritar, después lo perdió de vista por un momento hasta que lo vio regresar sosteniendo algo en sus brazos. Al acercarse al coche, Kemble advirtió que sujetaba a un perro labrador bastante temperamental.

—¿Qué demonios piensas hacer con esto. Walter?

—Es el perro de Mrs. Markstein —respondió Brackett mientras el labrador luchaba por escaparse.

—¿Qué?

—Mrs. Markstein, es su perro... oh, por favor, sujétalo por mí, Harry.

—¿Quién es Mrs. Markstein?

—Limítate a sujetar bien a ese maldito perro. No puedo conducir y...

—Tal vez deba sentarme atrás con él. Lejos de ti.

—Sí. Correcto.

Kemble tomó el perro por el collar, lo miró con ojos ausentes y se instaló en el asiento trasero. Brackett ocupó su lugar delante del volante, miró hacia atrás e hizo una mueca.

—Le agradas.

—Gracias —respondió Kemble sin entusiasmo—. Ahora ya puedes decirme quién es Mrs. Markstein.

—Una cliente.

—Creía que te habías retirado, Walter.

—Lo hice.

Brackett puso el coche en marcha y viajaron en silencio hasta que se aproximaron a la Bahía. Los edificios blancos y familiares de la ciudad, se cortaban contra el horizonte. La radio cambió la música por un resumen de noticias, dando verdadera importancia al asesinato y al suicidio de Plomer. Transmitieron una corta entrevista con el comisionado de policía, quien fue debidamente considerado y pasó todos los méritos a Simmons y Johanssen y su «inmediata y generosa dedicación para defender la ley y el orden». Brackett se sintió momentáneamente humillado. Entonces miró al perro que se había instalado en el regazo de Kemble y sonrió al pensar en la cara que pondría Mrs. Markstein cuando le diera las buenas noticias. Dijo en voz bien alta:

—Sabes, creo que dejaré el perro de paso. Queda cerca de Macy's. Tal vez podamos obtener un par de dólares.

En el asiento trasero, exactamente detrás de Brackett. Kemble contemplaba las vigas toscas del Golden Gato y asintió:

—Por mí no hay inconveniente, Walter —dijo—, pero no dobles por Union Square. Tú sabes cuánto odio esas palmeras, Baby.

Las nuevas noticias fueron reemplazadas por un *jingle* sobre galletitas, pero Brackett no lo oyó. No oyó nada, excepto las palabras de Kemble. Casi dijo: *¿Qué malditas palmeras?*, pero se abstuvo de hacerlo.

Tuvo plena conciencia de las frenadas en cadena que se produjeron detrás de sí cuando detuvo el Buick en el centro del carril y apagó el motor. También tuvo conciencia de que Kemble le sonreía por el espejo retrovisor, con una expresión de orgullo casi paternal como si Brackett acabara de graduarse con todos los honores. Un hombre en mangas de camisa, golpeando la puerta del coche, le preguntó qué diablos hacía, estacionando su auto en medio del Golden Gate, y que si no continuaba la marcha, llamaría a la policía. Brackett levantó lentamente la cabeza, miró al hombre y le dijo tranquilamente:

—¿Por qué no lo hace?

Cuando el hombre se alejó, después de lanzar un juramento, Brackett se volvió, y sin mirar a Kemble, se apoyó en el asiento, recogió el perro y salió del coche. Al cerrar la puerta escuchó que Kemble le decía:

—¿Seguirás visitándome. Walter? ¿Cómo lo ha hecho siempre?

Brackett se detuvo a mirar a Kemble durante un buen rato. Después negó con la cabeza.

FIN



DEREK WILLIAM MARIO MARLOWE (Perivale, Middlesex, Inglaterra, 1938 - Los Ángeles, EE. UU., 1996), fue un dramaturgo, novelista, guionista y pintor inglés. Derek Marlowe nació en Perivale y vivió allí y en Greenford cuando era niño. Su padre era Frederick William Marlowe (electricista) y su madre Helene Alexandroupolos. Recibió educación temprana en Cardinal Vaughan Memorial School en Holland Park.

En 1959, Marlowe fue al Queen Mary College de la Universidad de Londres para estudiar literatura inglesa. Marlowe llama al tiempo que pasó allí los años más infelices de su vida. Nunca terminó su carrera: Alex Hamilton afirma que fue expulsado por «sátira y villanías afines». Marlowe escribió y editó un artículo para la revista universitaria, una parodia de la novela de JD Salinger *El guardián entre el centeno* que reflejaba lo que Marlowe llamó «el aburrimiento de los seminarios universitarios». Sin embargo, la universidad tenía un teatro particularmente bueno (el antiguo Palacio del Pueblo en Mile End Road) y Marlowe se convirtió en parte de un grupo de teatro allí. En 1960, el grupo universitario formó una compañía de teatro semiprofesional, el *60 Theatre Group*, y llevó la producción de la obra *Summer and Smoke* de Tennessee Williams al Festival Fringe de Edimburgo, con Marlowe en el papel principal junto a Audrey «Dickie» Gaskell.

En la universidad, Marlowe fue contemporáneo del poeta Lee Harwood, y después de irse compartió piso con sus colegas escritores Tom Stoppard y Piers Paul Read.

Marlowe también pintó. Una obra de 1962 titulada *A Slight Misfit* presentaba fragmentos de un retrato de la actriz Marilyn Monroe que Marlowe había pintado y luego destrozado. Luego «pegó las piezas en un revoltijo de recortes de periódicos y revistas». Marlowe le dijo a la revista *Life* que creó este *collage* porque «solo quería obtener esta cara inadaptada... sobre un fondo de prensa».

Se casó con Susan Rose «Suki» Phipps, hijastra de Sir Fitzroy Maclean, en 1968; juntos tuvieron un hijo, Ben, para agregar a los dos hijos y dos hijas de Suki de un matrimonio anterior. Se divorció en 1985 y en 1989 se mudó a Los Ángeles, donde escribió varios guiones para televisión, incluidos los galardonados *Two Mrs. Grenvilles*, *Abduction of Innocence* y un episodio de *Murder, She Wrote*.

Mientras trabajaba allí, desarrolló leucemia y murió de una hemorragia cerebral después de un trasplante de hígado. Fue incinerado en California, pero sus cenizas fueron traídas a Inglaterra por su hermana, Alda. En el momento de su muerte planeaba regresar a Inglaterra y completar una décima novela, *Blanco y negro*.

En 1960 adaptó una historia, *Los siete ahorcados* de Leonid Andreyev, para el teatro. El *60 Theatre Group* produjo la obra por primera vez en el Festival Fringe de Edimburgo en 1961, y luego la llevó a un festival de teatro estudiantil en Zadar, Croacia (entonces Yugoslavia). Se produjo en Londres como *El espantapájaros* en 1964 y ganó el premio Foyle. En 1962, Marlowe adaptó el libro de Maxim Gorki *The Lower Depths* para los escenarios londinenses.

Marlowe también escribió nueve novelas y un fragmento de una décima. Alex Hamilton cree que «la noción del hombre exitoso que pierde el rumbo es la preocupación clave en los libros de Marlowe». Publicó su primera novela *A Dandy in Aspic* en 1966. La idea del libro comenzó cuando viajó a Berlín con una beca de la Fundación Ford para asistir a un «coloquio sobre escritura creativa» con Günter Grass y Uwe Johnson. Marlowe escribió los libros en cuatro semanas mientras trabajaba como empleado en National Benzole y luchaba con una obra de teatro que había estado intentando escribir.

Según una entrevista de 1976, Marlowe creía que su novela de 1969 *A Single Summer With LB: The Summer of 1816* era la mejor. En 1979, el actor Robert Powell dijo que tenía la intención de producir y protagonizar una adaptación de la novela; Powell interpretaría a Lord Byron.

Marlowe regresó al mundo del espionaje en su novela *Echoes of Celandine* de 1970, que posteriormente se filmó como *The Disappearance*, protagonizada por Donald Sutherland.

La novela de Marlowe de 1972 *¿Recuerdas Inglaterra?* es una obra semiautobiográfica.

Marlowe murió antes de que pudiera terminar *Blanco y Negro*. Un fragmento aparece en una antología publicada por Nicholas Royle. Su primer trabajo para la pantalla fue como coautor con Larry Kramer de un semidocumental sobre el swing de Londres llamado *Reflections on Love* (1966) que presentaba a algunos de los Beatles. Por esta época, Marlowe y Joe Massot, que había dirigido *Reflections of Love*, colaboraron en una historia para un proyecto cinematográfico llamado *The Mercenary*. Este se convirtió en la película *Universal Soldier* de 1971.

En 1968 escribió el guion de su propia novela *A Dandy in Aspic*, dirigida por Anthony Mann y protagonizada por Laurence Harvey como el agente doble al que se le ordena asesinar a su propio *alter ego*. Marlowe sintió que Harvey estaba mal elegido e hizo un trabajo terrible al terminar la película después de que el director Mann muriera durante la producción.

Escribió cuatro episodios de la serie de televisión de la BBC *The Search for the Nile* en 1971, que posteriormente le valió un Emmy y un premio al «Mejor guion documental británico» del Writers' Guild of Great Britain. Debido a una novela en la que estaba trabajando Marlowe, Michael Hastings escribió los dos episodios restantes.

Otros guiones incluyen *Jamaica Inn*, *Nancy Astor*, *A Married Man*, *The Two Mrs Grenvilles* y *Grass Roots*. Su último trabajo fue un episodio de largometraje de *Murder, She Wrote* producido póstumamente en 1997.